

28 10 (bis)

LOS HIJOS
DEL
BULEVAR

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR CH. PAUL DE KOCK.

Traducida

POR D. MANUEL GARCÍA GONZALEZ.

ILUSTRADA CON UNA LÁMINA GRABADA EN ACERO.

Queque ipse miserrima vidit.

VIRGILIO.



MADRID

CARLOS BAILLY-BAILLIERE

LIBRERO DE CÁMARA DE S. M., DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,
DEL CONGRESO DE LOS SEÑORES DIPUTADOS Y DE LA ACADEMIA DE
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

— Plaza del Principe Don Alfonso, núm. 8. —

PARIS,
J. B. Bailliere é hijo.

LONDRES,
H. Bailliere.

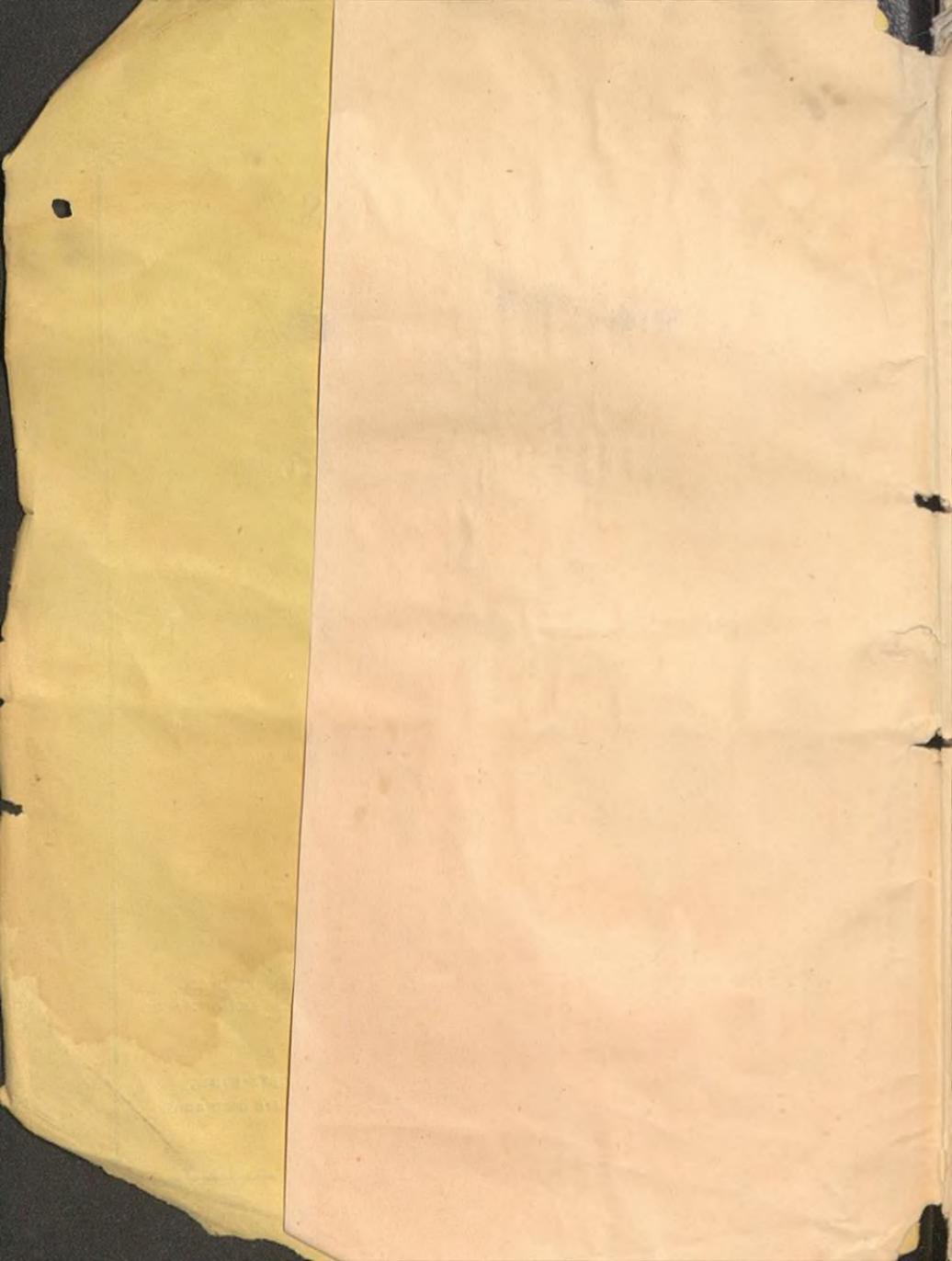
NUOVA-YORK,
Bailliere hermanos.

1865.

9. 116

Sept 1877

B 7 25



L47-1131

LOS HIJOS
DEL
BULEVAR.

88-3^a

LOS TIPOS

BULLEVAR

~~~~~  
Madrid, 1865.— Imp. de Bailly-Bailliere.





LOS HIJOS DEL BULEVAR

Carlos Dally Baillere Editor Madrid.

LOS HIJOS  
DEL  
BULEVAR

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR CH. PAUL DE KOCK.

Traducida

POR D. MANUEL GARCÍA GONZALEZ.

ILUSTRADA CON UNA LÁMINA grabada EN ACERO.

Queque ipse miserrima vidit.

VIRGILIO.



MADRID

CARLOS BAILLY-BAILLIERE

LIBRERO DE CÁMARA DE SS. MM., DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL,  
DEL CONGRESO DE LOS SEÑORES DIPUTADOS Y DE LA ACADEMIA DE  
JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

- Plaza del Principe Don Alfonso, núm. 8. -

PARIS,  
J. B. Baillière é hijo.

LONDRES,  
H. Baillière.

NUOVA-YORK,  
Baillière hermanos.

1865.

FOR 1870

# BULLFINCH

FOR THE YEAR OF 1870



1870

Published by J. W. ...  
1870

# LOS HIJOS

DEL

# BULEVAR.

---

## I.

### EL BULEVAR DEL TEMPLE EN 1800.

Por el título del capítulo presente deben VV. conocer el año en que estamos. El bulevar del Temple, en el ángulo del arrabal de este nombre, tiene ya su café, que hace esquina, y ofrece no pocas mesas á los parroquianos hasta la casa Foulon. Este inmenso edificio, que coge parte del bulevar y la calle Basse, y cuyas ventanas se hallan siempre cerradas, contrasta por su aspecto triste y sombrío con la alegría que reina en el resto del bulevar. Pero el antiguo registrador general de Hacienda *Foulon* se permitió, en 1789, en el tiempo de la escasez, una palabra que mas adelante le costó la vida; y aun parece que el terrible fin del amo de esta casa se lee en sus muros ennegrecidos por el tiempo.

Despues de la casa Foulon ven VV. un teatrillo que apenas puede sostenerse; así es que casi siempre está cerrado. Por ahora está abierto sin embargo, y lleva el nombre de: *Teatro de recreo cómico*. Allí se representa un poco de todo, y se ensayan todos los géneros; por desgracia hacen tambien su ensayo autores que generalmente no saben aun escribir. No hay que confundir el teatro del Recreo con el que unos sesenta años despues debia ver los triunfos de la famosa bailarina *Rigolboche*. El teatro del Recreo que existia entonces junto á la casa Foulon fué devorado por el fuego el año mil setecientos ochenta y siete; pero en seguida volvieron á reedificar la sala, que era larga, estrecha y muy incómoda. Mas adelante pusieron una estufa en el patio, lo que acabó de darle el aspecto de una portería.

Pasado este teatro se encuentran mil curiosidades; se ejecutan juegos de manos en una barraca de lienzo.

Despues un café, luego el teatro del Ambigú-Cómico.

Luego otro café; cada teatro tiene por necesidad el suyo. Este es el café de la Alegría, y el teatro que lleva este nombre viene despues.

En otro tiempo era el teatro de *Nicolet*.

Pero Nicolet ha muerto, y Ribié ha tomado la

direccion de este teatro, al que dió el título de teatro de Emulacion. Ribié, que debia un dia hacer en él su fortuna, abandonó su teatro á *Cofin-Rosny*, y este le devolvió su título de Teatro de la Alegría, que no ha vuelto á abandonar.

Despues de la Alegría viene ademas otro café, ó mas bien, una taberna, donde van á refrescar los pilluelos de la época.

Por lo demás, los cafés estaban entonces tan lejos de parecerse á los de ahora, que los que hoy los vieran los tomarian por figones cuando más.

Ahora viene el espectáculo de figuras de cera de *M. Curtius*. Aquí es donde unos mismos personajes acostumbran cambiar de papel y los desempeñan todos con el mismo éxito. *M. Curtius* emplea para esto un método muy sencillo: tal es el de poner otros vestidos á sus maniquís de cera.

Probablemente está persuadido de que todo el mérito de un hombre consiste en la belleza de su traje, y de ningun modo en la expresion de su rostro. Muchas personas hay que piensan como él.

Despues de las figuras de cera viene un pastelero. Este recibe tantas visitas como su vecino, y lo que se encuentra en su casa es mas fresco que en casa de *M. Curtius*.

Ya hemos llegado al teatro *sin pretensiones*, que se llamaba antes Teatro de los *Sócios*.

Allí se representaban piezas de todos los teatros de Paris, como se hace ahora en extramuros.

Un tal Prevost es su director; trabaja mucho para conseguir algo; es al mismo tiempo autor, actor, administrador, apuntador, ensayador, pintor é interventor. Hasta creo que de vez en cuando se ponía á la puerta de su teatro, y ejercía el oficio de revendedor.

Despues del teatro *sin pretensiones* hallarán ustedes algunas tiendas, algunos cafés ahumados y oscuros, el fondista *Baucelin*, que era el Bonvalet de la época, y donde se comia muy bien á precios algo mas moderados que en casa de un vecino de en frente, el *Cuadrante azul*.

Ahora ya pueden VV. tener una idea de lo que era en mil ochocientos el bulevar del Temple.

Si me preguntan VV. lo que habia al otro lado del bulevar, les diré que se componia simplemente de casas; pero ni habia teatros, ni barracas, ni curiosidades. Sin embargo, á la entrada de la esquina de la calle del Temple se hallaba el Jardin de Pafos, donde se bailaba y se daban fiestas, y mas adelante este jardin, que no estaba aun abierto para el público, debia transformarse en café con el nombre de *Jardin turco*.



## II.

### LAS TRES VENDEDORAS.

En mil ochocientos uno, entre las vendedoras de naranjas ó de manzanas que habia en el bulevar, delante de los teatros pequeños, notábase una lindísima jóven, de diez y seis á diez y siete años, cuyos hermosos ojos azules, ora dulces, ora severos, tenían, hasta en su misma severidad, algo que cautivaba, que seducía á todos los que iban á comprar á su puesto de frutas.

Además, uníase á estos ojos el brillo, la frescura, una boca pequeña y bien formada, una frente elevada, cabellos castaños que caian en largos bucles ó tirabuzones hasta sus mejillas. Añadan VV. á esto un talle delicado, un pié de niña, una pierna bien formada, y comprenderán que la señorita Florentina, —tal es el nombre de la jóven vendedora, — no debia dejar de tener adoradores.

Los aficionados al teatro no dejaban, cuando salian en los entreactos, de ir á rondar cerca de la linda vendedora; delante de su puesto habia siempre gran afluencia, y al mismo tiempo que el par-

roquiiano compraba una naranja dirigia á la vendedora algunas frases galantes. Algunos iban mas lejos; le proponian ir á cenar á casa de Bancelin, ó á comer al Cuadrante azul, en un gabinete particular.

Pero Florentina desdeñaba todas estas proposiciones; reíase en las barbas de los galanteadores y los mandaba á paseo; y si algunos, mas atrevidos, mas emprendedores, osaban pedirla un beso ó cogerla el talle, la linda vendedora tenia la mano lista, el gesto vivo, y las mejillas del atrevido recibian acto continuo el merecido que ponía fin á sus empresas.

Así, poco á poco, habia ido cimentándose la reputacion de Florentina; desde el arrabal del Temple hasta la calle de Angulema, se la citaba como un modelo de cordura. Y los seductores del bulevar, sabiendo que no habia nada que esperar de ella, habian cesado de atacarla.

No sucedia lo mismo con una rubita de faz bastante ajada, de remangada nariz, y de ojos vivarachos y traviosos, que tenia su puesto al lado del de Florentina, y que estaba muy lejos de gozar de la misma reputacion que su vecina.

La señorita Turlure, al mismo tiempo que vendia pastelillos de manzana y palillos de azúcar, gustaba mucho de reir, y no se ofendia de ningun

modo de los requiebros, algo atrevidos las mas veces, que le dirigian sus parroquianos.

Pero á los que sobre todo idolatraba la señorita Turlure era á los comediantes; para ella, todo lo que pertenecia al teatro la encantaba; adoraba las funciones de espectáculo; cuando se representaba alguna pieza que tenia gran éxito en el Ambigú-Cómico ó en el teatro de Emulacion (nombre que tenia entonces la Alegría), la vendedora de azúcar decia á uno de sus adoradores:

—Présteme V. un momento su contraseña; iré á ver una ó dos escenas, nada mas que una ó dos, y le ofrezco devolvérsela en seguida.

—¿Pero vais á dejar abandonado el puesto?

—Mi vecina cuidará de él... Además, durante los actos no se vende mucho, y para el entreacto ya estaré de vuelta.

Esto diciendo, la señorita Turlure hacia un gesto tan lindo, sonreia con tanta gracia, que raramente encontraba quien le resistiera, y podia ir á ver un acto, ó medio; pero aun cuando no viese mas que una escena se consideraba feliz, y ya tenia para contar largo tiempo lo que la habia entusiasmado.

Casi siempre era á Florentina á quien Turlure daba parte de sus impresiones. Porque al otro lado de su puesto al aire libre tenia por vecina á una vendedora de alajú, fea, flaca y seca, mala, y sobre

todo muy envidiosa al ver que los compradores y los paseantes jamás se dirigen á ella para decirle tonterías. La señora Roufflard, — que así se llamaba, — cada vez que se la presentaba ocasion, no dejaba de decir alguna impertinencia á Turlure, y hasta de burlarse de lo que ella llamaba los grandes aires de Florentina. Pero las dos jóvenes no se cuidaban de responderle; porque sabian que esas vendedoras de calle no tienen generalmente su lengua en su bolsillo.

Ahora bien; en este momento la pieza en boga en el teatro de la Emulacion es el *Casamiento de Nanon*, continuacion de *La señora Angot*. El papel de la célebre verdulera lo desempeña *Corsse*, que no es aun director del Ambigú. La Turlure está impaciente, porque no ha visto todavía la nueva produccion. Pero el mozo de una botillería, que hace tiempo la enamora, viene á proponerle su contraseña de patio, donde lo mismo se admite á las mujeres que á los hombres. Turlure coge la contraseña, se arregla su cofia y su pañuelo, y deja sus trabajos, diciendo al que acaba de hacerle este regalo:

— ¡Oh! qué bueno es V., Boursiquet; yo le amaré cuando tenga tiempo... Voy corriendo al teatro; hágame V. el favor de tener cuidado con mis pastelillos de manzana y mis palillos de azú-

car... Venda V., si puede, y no sea tirano respecto á la pastelería... Mis pastelillos son de anteayer... Dé V. gusto á los parroquianos; yo vuelvo tan pronto como concluya la pieza.

La señorita Turlure entra en el teatro de Emulacion, y el jóven á quien ha llamado Boursiquet se queda delante del puesto, dudando si se quedará allí ó no; pero al fin el deseo de agradar á la rubita triunfa de las pocas ganas que tiene de vender pasteles, y se sienta resueltamente en la silla que ocupa de continuo la señorita Turlure.

Entonces la Roufflard, la vendedora de alajú y de vasos de agua de limon, no deja de exclamar:

— ¡Vaya! vaya! esta sí que es buena!... mi vecina se ha vuelto de otro sexo!... gracias!... no, pues lo que es los pasteles... están de baja... quién ha de venir á comprarle á ese majadero!... bien! ahora se pone á comerse el género... y á chupar el azúcar... Apuesto á que la vuelve á poner á la venta... ¡no lo dije!... ¡Véte á cuidar tu agua de limon, aprendiz de dos al cuarto!... andas echándole el ojo á la chica... pero has llegado tarde!... hay muchas moscas que acuden á la miel, y tú solo la olerás por tu contraseña...

El tal Boursiquet es un moceton de veintidos años, de larga nariz, ojos á flor de cara, peio rubio y manos anchas como paletas de lavandera; no

es guapo, pero en cambio es bajo y rechoncho; sus hombros cuadrados, sus miembros, musculosos y sus enormes pantorrillas anuncian un muchacho robusto.

En vez de enfadarse por lo que le dice la vendedora de alajú, se contenta con reirse y comerse un pastelillo, respondiendo:

— ¡Y bien! ¿por qué no he de vender yo lo mismo que cualquier otro?... No es difícil estar al frente de un puesto como este... Después de todo la mercancía no se quedará aquí... ¡si no la vendo, me la comeré!...

— ¡Vaya un tonto! que por amor y por agradar á esa mona de Turlure, se va á dar una indigestion de pasteles!... majadero!...

— A V. ¿qué le importa?... si me gusta la pastelería...

— ¡Llama á eso pastelería!... pasteles rancios con ciruelas mas rancias aun, que hace ocho dias están ahí puestos á enfriar!

— ¡Pero ve V. qué mala es la Roufflard! dice el moceton volviéndose á Florentina.

— ¡No la escuche V. y no la conteste! dice la naranjera... siempre está de mal humor, es su genio!... no lo mudará.

— ¡Bonito genio tiene!... ¡Qué diferencia de usted, señorita Florentina, que es tan buena, y de

la señorita Turlure, tan alegre!... ¡Oh! Dios!... la señorita Turlure!... esa sí que es una mujer por quien yo me dejaria asar si me lo mandase... aquí entre nosotros... ¿crée V., señorita Florentina, que Turlure me ame?...

— ¡Oh! en cuanto á eso... no puedo decírselo, señor Boursiquet!... Esas son cosas de que no se puede responder de las demás, porque muchas veces no puede uno hacerlo de sí misma...

— ¡Oh! señorita Florentina, V. siempre puede responder de sí misma!... Todo el mundo conoce su cordura y su virtud... Su corazon de V. está libre... eso demasiado lo saben esos señoritos que van á mi tienda. Yo los oigo, que al mismo tiempo que toman una botella de cerveza, se dicen unos á otros: «¡No hay medio de conseguir cosa alguna de la encantadora Florentina; á nadie escucha!... yo le he propuesto llevarle á comer á una de las fondas principales!... yo la he ofrecido llevarla al Tívoli el dia que haya grandes fiestas, iluminacion y pantomima pirotécnica de *Rugiere!*... Pues bien, se ha negado... decididamente es una virtud que no quiere humanizarse...» Eso es lo que dicen de V., señorita Florentina, y tienen razon, porque es la verdad... Por lo mismo hay derecho á ser orgullosa, cuando se tiene una reputacion como la de V.

Aquella á quien se dirige este cumplido no responde, se contenta con bajar tristemente sus ojos al suelo y vuelve á dejar caer la cabeza sobre el pecho.

Boursiquet continúa :

— En cuanto á la señorita Turlure, ¡ ah ! lo que es esa, no tiene una reputacion como la de V... al contrario... es muy diferente... le gusta reir... es coqueta... y le agrada que la enamoren... que le cuenten chascarrillos... algo verdes.. y no por ello se enfada... pero todo eso no impide que tenga corazon... además, yo amo á la señorita Turlure tal como es... me parece que soy dueño de mis acciones... lo único que no me gusta es su pasion por los actores... ¡ Oh ! los actores !... cuando ve que se acerca uno á su puesto... se pone colorada como un tomate, despues se pone pálida... en fin, pasa por todos los colores del prisma... Si yo supiera que para agradarla era preciso absolutamente ser del teatro... pues bien, yo entraria en él... sí, seria capaz de ello... lo único que me detiene es la clase de papeles que yo podria desempeñar mejor.

La vendedora de alajú rie á carcajadas diciendo:

— ¡ Ah ! eso seria digno de ver... yo daria de buena gana una pieza de doce sueldos por ver representar á ese... Seria cosa de ver al señor Boursiquet haciendo papeles de galan jóven... en lugar

del señor *Cazot*, que es tan guapo y tan elegante... Por de pronto se pondrian caras las patatas en el bulevar... no habria bastantes para tirárselas á V., hijo mio...

— ¡Señora Roufflard, me haré actor si me da la gana! Además, no será á V. seguramente á quien pida consejo, sino á la señorita Florentina, que sabrá aconsejarme.

Pero aquella de quien hablaba el mozo de la botillería parecia tomar muy poca parte en la discusion que tenia lugar. Estaba pensativa, hasta triste, y si sus miradas se separaban de las naranjas, era para dirigir las á derecha é izquierda del bulevar, donde parecian buscar á alguno que sentia en el alma no encontrar.

### III.

#### EL DESCONOCIDO.

El regreso de Turlure ha puesto fin á la conversacion de Boursiquet y de la señora Roufflard.

La rubita corre á su puesto, vuelve á sentarse en su silla, que su reemplazante ya ha dejado y le da un pedacito de carton, diciéndole:

—Aquí teneis la contrasena, señor Boursiquet, muchas gracias por vuestra amabilidad... ¿Se ha vendido poco?...

—¡Sí, lo que se ha comido! murmura la Roufflard.

—Señorita, aquí teneis el precio de dos pasteles y de un palillo de azúcar, que me he ofrecido en vuestra ausencia.

—¡Oh! no valia la pena de pagarlos... entre nosotros, está á vuestra disposicion.

—Señorita, yo no me hago nunca regalar por las mujeres; eso no está en mi naturaleza.

—Como querais, estais en vuestro derecho.

—¿Os habeis divertido en el teatro?

—Como siempre. Pero idos á vuestro café, señor Boursiquet. Idos, que pueden necesitaros.

— ¡Oh! señorita, todavía no soy camarero.

— Razon de mas para que tengais mas celo; si os ausentais con frecuencia, nunca llegareis á ese estado.

— He hablado con vos tan poco...

— Otra vez hablaréis más... Si fueseis otro, regalariais la contraseña á un camarada...

— Vamos, voy á obedeceros, señorita Turlure...

El galanteador del pelo rubio se aleja, y Turlure exclama:

— En fin, ya se fué... ¡qué trabajo cuesta que se vaya! ¡Parece que se pega con cola!...

— Puesto que no te agrada, ¿por qué le escuchas? dice Florentina.

— Yo no le escucho... es decir... yo no puedo impedir á ese muchacho que me quiera... me trae entradas para el teatro, y las aprovecho... ¿dónde está el mal? Pero amarle... ¡quía! Querida mia, el señor *Blondin* está muy chistoso en el papel de Nicolás... hace reir á todo el mundo... Creo que me ha visto desde la escena, y se ha sonreido.

— ¿Estás tambien enamorada de ese?...

— ¡Oh! no, el que me cautiva... el que se ha apoderado de mi corazon es el señor *Révalard*... ¡Ah! qué buen mozo! es un moreno con unos ojos negros... que hasta allí!... ¡Qué bien está en los

jefes de bandidos!... Me ha dicho que le iban á dar un gran papel en un melodrama que va á dar el Ambigú-Cómico.

— ¿Luego hablas con él?

— ¡Por qué no! es uno de mis parroquianos... ¡Ah! tambien me gusta el señor *Tautin*! ¡Ese sí que es un buen mozo... y qué de conquistas hace!... Todas las mujeres se vuelven locas por él... ¿No te parece buen mozo?

— Yo no le conozco.

— ¡Por supuesto! hace dos noches te compró naranjas.

— Es posible... pero no paré en él la atencion.

— ¡No parar la atencion en un actor!... ¡Jesús! yo reparo en todos! ¡Cáspita! qué frio hace esta noche!... ¡La primavera de mil ochocientos uno está muy atrasada!...

En este momento la linda naranjera reparó en un jóven que llegaba lentamente por el bulevar y se paraba delante de las tiendas.

Era un hombre de veinticinco á veintiseis años, alto, delgado, y con aire bastante distinguido. Su aspecto era fino y espiritual; sus ojos negros tenian mucho fuego, aunque sombreados por espesas cejas; su nariz era algo aguileña, su boca estrecha, sus labios delgados y su tez algo pálida. Era un jóven guapo, y tenia sobre todo mu-

cha expresion en su fisonomía. Sabia , segun las circunstancias , tomar un aire agradable ó severo , sombrío ó cómico, y entonces se cambiaba de tal modo que costaba trabajo conocerle.

Este personaje llevaba una especie de levita azul adornada de una esclavina pequeña que caia hasta la mitad de su espalda , de modo que hacia resaltar su elegancia. Tenia un pantalon gris *colant* , y botas de campana. Sus cabellos negros no estaban empolvados , y sin embargo llevaba coleta ; el pelo trenzado en cadenetas y á los lados. En fin , cubria su cabeza un sombrero de tres picos , echado á un lado picarescamente.

En esta época se llevaban aun sombreros de tres picos ; por lo demás , cada cual se adornaba como queria. Unos conservaban el polvo en los cabellos , otros ya no se lo ponian. Llevábase coleta , ó el pelo remangado con un peine. Algunos trenzas , otros las suprimian ; sombreros redondos de forma en extremo alta ó en extremo baja. Pero el peinado á lo Tito no se habia adoptado aun por los hombres generalmente.

Florentina no perdía de vista á este jóven , su rostro se habia animado , una viva emocion se mostraba en toda su persona , y sus ojos seguian los menores movimientos del que parecia complacerse en pasear por el bulevar. Sin embargo , el paseante ,

sin objeto al parecer, se acerca á la linda naranjera. Una vez ante su puesto, se para, mira la apetitosa fruta, toma una naranja, luego otra, y parece escoger y buscar las mejores. Pero al mismo tiempo que ajusta en voz alta lo que parece que quiere comprar, mezcla su diálogo con la linda naranjera con palabras dichas en voz bastante baja para que solo sean oídas por ella, y Florentina hace otro tanto por su parte.

— Veamos esa mercancía... necesito naranjas... Y bien, Florentina, ¿lo habeis pensado bien? me concedereis esa cita que hace tiempo os pido?...

— Ved, caballero, y escoged... ¡Ah! creéis que hace mucho tiempo... y apenas hace un mes que os conozco... que me habláis...

— Esta me parece muy madura... ¿Se necesita tanto tiempo para amarse?... Yo os adoro desde que os vieron mis ojos...

— ¡Ah! eso se dice... pero luego se engaña tal vez... ¡Ah! mirad, señor; esta tiene la cáscara muy fina... respondo de ella...

— ¿Por qué quereis que os engañe? Si no os amara, ¿quién me obligaba á decíroslo?...

— Sí, me amais ahora, es posible; pero eso no es más que un capricho, y si yo fuera bastante débil para creerlos, para escucharos... me olvidariais muy pronto...

— ¡Olvidaros, nunca!... sois demasiado bonita para que os olviden...

— Todos los hombres dicen eso cuando están enamorados... pero no les impide ser infieles...

— A vos jamás... por favor, Florentina, id á esa cita que os suplico me concedais hace tanto tiempo... Además, ¿qué teneis que temer?... en el bulevar... cerca de la calle de Menilmontant... estareis en vuestro barrio, puesto que vivís en la calle de las Hijas del Calvario.

— ¡Oh! bien sé que no estaré lejos de mi casa... pero esos bulevares están muy desiertos á las once de la noche.

— ¿Teneis miedo conmigo?...

— Pero, en fin, yo no sé quién sois... no me habeis dicho sino cosas vagas... ¡Siempre que venís á hablarme traeis tanta prisa!...

— Es que no quiero comprometeros.

Sin embargo, se ve que hace algun tiempo el jóven y la naranjera olvidaban ocuparse en voz alta de la venta de las naranjas para continuar la conversacion que les interesaba mucho más.

Pero el entreacto ha llegado, y la gente empieza á salir del Ambigú-Cómico; algunos jóvenes se llegan á comprar naranjas á Florentina, que preferiria mejor no vender su mercancía á verse interrumpida en su conversacion con su enamorado;

pero es preciso que conteste á los parroquianos que se llegan á ella, y el bello jóven del sombrero de tres picos se aleja de las naranjas para dejar á Florentina que venda su género.

En fin, los importunos han partido, y la manera seca con que la linda naranjera ha contestado á algunos que querian divertirse con ella les ha quitado las ganas de continuar.

El jóven del leviton ha vuelto tan pronto como han dejado todos á Florentina, y esta vez, sin ocuparse de las naranjas, continúa la entrevista en voz baja:

— Ya veis, hermosa jóven, cuán difícil es hablaros aquí y expresaros todo el amor que os profeso. Por eso no debeis negarme esa cita, en la que al menos podremos hablar con toda libertad, sin vernos interrumpidos á cada instante.

— Una cita tan á deshora...

— Puesto que antes no estais libre...

— Cuando una jóven concede una cita... los hombres creen en seguida... que va á concederles todo... yo no soy mas que una pobre naranjera... soy huérfana... ya no tengo madre que me proteja... la he perdido hace dos años... pero quiero permanecer honrada... mi madre me lo recomendó mucho; me dijo: «Es tu única riqueza, hija mia; pero es un tesoro... mientras la conserves, serás es-

timada, hasta considerada, y tu comercio prosperará. Quiero seguir los consejos de mi madre... no quiero un amante, quiero un marido. Pero vos me pareceis demasiado lechuguino para que vayais á casaros con una naranjera... Vamos á ver... caballero, qué estado es el vuestro... ante todo no me habeis dicho vuestro nombre...

—Perdonad... os he dicho que me llamaba... Francisco.

—¡Ah! sí, es verdad... Francisco... pero ese no es mas que el nombre de bautismo...

—Por ahora no puedo deciros más... Soy hijo, en efecto, de padres ricos... y que ocupaban un puesto bastante elevado... pero bien sabeis que la revolucion todo lo ha nivelado, destruido... y lo que ahora menos se mira es el nacimiento... el origen de las personas...

—Sin duda... ¿así, pues, os casareis con una pobre vendedora al aire libre como yo?... no os sonrojareis de llamarme vuestra mujer?...

—¡Yo sonrojarme de vos!... no temais nunca eso. Además, vos, Florentina, no sois una vendedora como las demás. Hablais bien, sabeis leer, escribir; en fin, habeis recibido alguna educacion.

—¡Ya lo creo! mi pobre madre me queria tanto, que todo su afan era que no fuese yo tan tonta

como otras... se desvivía por mí... pero no por eso dejo de ser una naranjera.

—Decid que sois una jóven encantadora á quien amaré toda la vida.

—¿Y vuestro padre?...

—Ha muerto.

—¿Vuestra madre?

—Me quiere demasiado para oponerse á mi dicha.

—¡Ah! si yo pudiera creerlos... es singular lo que siento á vuestro lado... yo que me burlaba siempre de las palabras de amor que me dirigian... el primer dia que me hablasteis me sentí conmovida, turbada... tuve miedo... me parecia que debia huir de vos... y á pesar mio sentia cierto placer en oiros, en escucharos.

—Es que debiaias amarme, Florentina, es que una secreta simpatía nos atraia al uno hácia el otro...

—¡Calle! es muy posible... porque cuando yo me decia : No escucharé más á ese señor... es demasiado petrimetre para mí... á pesar de esto, tan pronto como os veia, ¡oh! deseaba oiros... ¿Sabeis que es como si me hubierais hechizado?...

—¡Ah! qué feliz seria yo si fuese así!... Ya veis, Florentina, que no podeis negarme esa cita que os pido hace tanto tiempo... y que es preciso...

En este momento una especie de mendigo vestido de blusa, con gorra, y de cuyas facciones solo se ve la parte inferior, pasa junto al jóven que dice llamarse Francisco; el hombre de la blusa se inclina hácia él, acerca su cara á su oido, le dice rápidamente y en voz baja algunas palabras, y después se aleja en seguida.

Pero nuestro enamorado ha palidecido, su fisonomía ha cambiado súbitamente de expresion y se apresura á decir á Florentina :

— Adios... adios... es preciso que os deje... pronto volveré á veros...

— ¡Cómo! ¿os vais ya?... responde la linda vendedora, sorprendida de sus palabras. ¿Qué prisa tenéis?... y esta noche... á qué hora?...

Pero el jóven no la escucha. Ya se ha alejado, y desaparecido entre los paseantes. Florentina se queda sobrecogida, sin comprender la brusca partida del que parecia tan feliz en hablarla.

— ¡Ese hombre... tan mal vestido... y que ha pasado junto á él... se ha detenido y le ha dicho algunas palabras en voz baja!... dice para sí la jóven vendedora. Esas palabras han conmovido vivamente á Francisco... ha partido... me ha dejado en seguida... ¿De quién, pues, tenia miedo de ser visto?... De una mujer tal vez... sí... debe ser de una mujer... de una querida sin duda... ¡Ah! es

preciso que me explique por qué se ha alejado de mí tan pronto!... y en el momento en que yo iba á concederle esa cita que me pedía con tanta instancia!... ¡Oh! pero él volverá... es imposible que no vuelva en seguida.

—Y bien, dice Turlure, tu parroquiano se ha ido, y creo que sin comprarte nada... se ha escapado como una bomba... ¿le ha dado algún cólico?

—¿Qué sé yo?... ¡Ah! creo que ha visto á un conocido suyo, á quien deseaba hablar...

—Entonces puede que sea alguno que le deba dinero, ¡porque ha echado á correr como alma que lleva el diablo!...

—¡Oh! él volverá!... dice á su vez la Roufflard con aire burlon. No es la primera vez que se le ve por aquí á ese mequetrefe!... yo bien le he conocido... siempre está dos horas regateando naranjas... pero creo que no es eso lo que quiere comprar...

—¿Y qué es lo que creéis que quiere comprar? exclama Florentina levantando la frente con orgullo. ¿Creéis que yo tenga otra cosa que vender?

—Que vender ó que dar... no se sabe... ¡se comercia tanto en este bulevar!... ¿Acaso no se ve que ese lechuguino viene aquí para otra cosa que para comprar naranjas?

—Y aun cuando eso fuera... aun cuando ese jó-

ven me dijera galanterías, ¿no tengo derecho á escucharle si me da la gana?

—Sí; pero entonces no hay que darse aires de virtud salvaje...

—Calláos... se puede escuchar á cualquiera que es cortés, sin dejar por eso de ser honrada.

—Eres demasiado buena en responderle, Florentina; ¿hace nadie caso de lo que dice la Roufflard? ¡Lo que es ella puede dar consejos sobre la virtud!... ¿A dónde está el que dice que es su marido?... quién es?... Hasta ahora nadie le ha visto...

—Mi marido está en el ejército, se bate por su patria; eso vale mas que andar hecho un vago por el bulevar como un haragan...

—¡Ah! tu marido siempre está en el ejército!... desde que se está batiendo va á volver lo menos general!... ¡De todos modos, el señor que hablaba con Florentina es todo un buen mozo!... y muy bien puesto... y encopetado!...

—¡Oh! quién sabe! murmura la vendedora de alajú. ¡Hay tantos advenedizos ahora!... ¿quién sabe si será el jokey de algun emigrado que ha robado los vestidos á su amo?

Florentina no dice ya nada; no ha oido la última reflexion de la Roufflard, porque está absorpta en sus pensamientos. Sin embargo, de vez

en cuando mira á derecha é izquierda del bulevar; busca al que la ha dejado tan bruscamente, y que siempre espera volver á ver.

Pero la velada ha pasado, los teatros cierran sus puertas, las vendedoras se retiran, y Florentina se ve obligada á hacer ou o tanto sin que el jóven haya vuelto.

#### IV.

#### EL CABALLERO DE SAN LUIS.

Seis semanas han pasado sin que Florentina haya vuelto á ver á aquel que parecia tan enamorado de ella , y la suplicaba que le concediera una cita. Desde que le vió por primera vez , nunca habia estado mas de dos dias sin venir á hablarla de su amor ; una ausencia tan prolongada debe pues admirar á la linda vendedora.

Pero en una hermosa mañana de primavera, un caballero se acerca y se detiene ante el puesto de Florentina , diciéndola :

—¡Ya estoy de vuelta , y mi primer cuidado es venir á saludar á mi pequeña Florentina !

La jóven vendedora levanta la cabeza ; por la primera vez , hace mucho tiempo , brilla en sus ojos la alegría , al mismo tiempo que exclama :

—¡Señor de Germancey !... ¡ah !... qué contenta estoy de volver á veros !

El personaje á quien se dirigen estas palabras es un hombre de cuarenta años , pero que parece de mas edad , porque la desgracia y las penas le han envejecido antes de tiempo. Su estatura es

elevada, su aire noble y distinguido; porque bajo los vestidos mas sencillos se conoce fácilmente al caballero, así como bajo el oropel y el traje mas rico, siempre se descubre al hombre ordinario; el rostro de este señor es benévolo, sus facciones regulares, pero un ligero guiño de ojos parece anunciar debilidad en la vista; sus manos son finas y tan blancas como bien cuidadas; sus mejillas algo hundidas no impiden que su rostro tenga aun cierto encanto, y las arrugas que aparecen ya en su frente no le quitan nada de su nobleza.

Este caballero gasta aun polvos; lleva el pelo atado por detrás con una cinta negra, y debajo del brazo izquierdo un sombrero redondo, muy bajo de forma; viste un frac negro, que no es nuevo, pero cepillado perfectamente, y en el que brillan anchos botones de acero. Calzon de paño negro, y botas de campana que caen á mitad de la pantorrilla. Su ropa interior es muy blanca, y lleva chorreras y vuelos de encaje; pero de los bolsillos de su chaleco no sale cadena alguna de reloj, á pesar de que entonces habia muchos increíbles que llevaban dos con muchos dijes.

Pero el conde de Germancey no era un increíble.

Este caballero alarga su mano á la linda vendedora, que le da vivamente la suya, y estrecha largo tiempo esta mano con señaladas muestras

del afecto mas tierno, mientras Florentina le dice :

— ¡ Ah! mucho tiempo habeis estado sin venir á verme, caballero; ¡ eso no está bien!

— Pero, mi querida amiga, he estado fuera de Paris; á no ser por eso, ó á no haber estado enfermo, ¿ habria yo estado un solo dia sin venir á ver á mi querida niña?...

— ¡ Ah! ¿ habeis estado en el campo, señor? —

— Sí, en casa de uno de mis antiguos arrendadores, que hoy es mas rico que yo y que se acuerda de que he sido, no su señor, porque nunca he querido que me diese este nombre, sino su propietario... Mas de una vez me habia rogado... suplicado que fuera á pasar algun tiempo á una lindísima casa de campo que posee en el dia en Brie; negándome siempre, hubiera parecido que despreciaba á esa honrada familia, y por eso he permanecido con ellos cerca de tres meses.

— El campo os sienta muy bien, señor; estais mucho mejor que antes.

— No lo niego... además, con el tiempo se acostumbra uno á todo... hasta á verse arruinado... como lo estoy yo... Pero ya hemos hablado bastante de mí; y vos, hija mia, vamos á ver, ¿ continuais siempre contenta y feliz? ¿ Prosperais en vuestro comercio?

—Sí, señor; ¡oh! no tengo por qué quejarme; vendo mucho, estoy contenta...

—Pues bien, es extraño; pero no me pareceis tan alegre, ni con la mirada tan viva como antes de mi partida... Me hace hablaros así el interés, la amistad que os profeso; ¿no habeis estado enferma?

—No, señor, absolutamente.

—Entonces teneis alguna pena... alguna contrariedad...

Florentina vacila y responde balbuceando:

—No, señor, no, no tengo pena alguna.

El señor de Germancey baja la cabeza y continúa:

—¡Oh! yo sé lo que es eso, hija mia, y apostaría alguna cosa á que me ocultais algo. Si mis preguntas son indiscretas, dispensádmelas... y creed que si me permito dirigiros las, es porque os amo tanto como si fuera vuestro padre... porque juré á vuestra pobre madre moribunda velar por vos... protegeros... tanto como me fuese posible en la posicion que tenemos nosotros los *ex-nobles*, como se nos quiere llamar ahora.

—¡Oh! señor, no teneis excusa alguna que dar-me, podeis preguntar cuanto os plazca... sois tan bueno... un noble... un conde... porque, como mi madre decia, todas las revoluciones posibles no

pueden impedir que uno sea hijo de su padre!... sí, es mucha bondad de parte vuestra ocuparse de una jóven que ofrece su mercancía en el bulevar!

— ¡No es mas que justicia, gratitud, cuando la madre de esa jóven nos ha salvado la vida! ¡Pobre señora Bernard! nunca podré olvidar que á no haber sido por ella me habrían reconocido, detenido y guillotinado en seguida, porque en aquella época las cosas iban muy de prisa!... Yo era conde, mi familia habia emigrado... yo solo quise quedarme en Francia... Pero fuí denunciado... por todas partes dieron órden para prenderme, y una mañana... esto era en noventa y tres, salí huyendo del cuartito que habitaba, porque fuí prevenido por un aviso anónimo de que iban á prenderme... andaba errante á la casualidad por las calles de Paris... paso por delante del puesto de la señora Bernard... era frutera, y vendia carbon; delante de mí veo soldados, y oigo gritar detrás: « ¡Es preciso prenderle... es un *ex-noble*! le he conocido!... » Yo estaba perdido, entro en casa de vuestra madre... afortunadamente estaba sola. — ¡Quieren prenderme, la dije, soy el conde de Germancey, salvadme, ó voy á morir! » — Acto continuo, y sin responderme, toma un saco de carbon, me tizna con él el rostro, me pone una chaqueta, un sombrero de carbonero, coloca un saco

lleno de carbon en mis rodillas, y me hace sentar en su tienda. Entran, miran, preguntan á vuestra madre si ha visto al conde de Germancey, responde que no ha visto mas que á su abastecedor de carbon, y todos aquellos que querian prenderme se alejan sin sospechar que yo estaba delante de ellos. Pero no bastaba aun haberme preservado por un momento de la suerte que me esperaba; yo no podia salir á las calles de Paris, y además, no sabia á donde ir. Todos mis amigos antiguos habian partido, ó estaban proscritos como yo; vuestra madre me dijo: «En la trastienda tengo una especie de entresuelo donde meto mi carbon... nunca van á registrarlo, y además no sospechan de mí; ¿quereis permanecer oculto en él durante algun tiempo?... Yo os llevaré la comida... Será una mansion bien triste; pero cuando por la noche cierre mi tienda, podreis bajar á ella, y mi hija y yo os harémos compañía...»— Acepté, no tenia otro medio de escapar á las pesquisas... y durante seis semanas permanecí oculto en casa de la buena señora Bernard; durante ese tiempo, hija mia, os conocí, y pude apreciar la bondad de vuestro corazon; entonces solo teniais nueve años, pero ya poseiais la razon de una mujer. Conociais el peligro á que yo estaba expuesto, á los que vuestra madre se exponia al darme asilo;

pero ninguna indiscrecion era de temer, por parte vuestra, y mas de una vez, vuestra presencia de ánimo impidió que algunos parroquianos fueran á escoger su carbon á la habitacion donde yo estaba oculto. En fin, pude salir de Paris y refugiarme en el fondo de una aldea; despues llegó el 9 thermidor... y empezamos á respirar algo mas libremente; tan pronto como pude regresar á Paris sin peligro, mi primer cuidado fué ir á casa de la que me habia salvado la vida... ; Con qué placer la estreché en mis brazos! Y vuestra madre tambien se alegró de volver á verme... Pero yo no tenia recurso alguno... no sabia dónde comer... esperaba algun socorro de mi hermano que habia pasado á Inglaterra, pero ese socorro no llegaba... Pues bien, la señora Bernard, me obligó aun á que aceptase dinero, y me ofreció su mesa mientras yo hallaba otra cosa... ¿Créis, Florentina, que tales servicios pueden olvidarse?... Gracias al cielo mejoró mi suerte, recibí dinero de mi hermano... pude pagar á vuestra madre, pagar la deuda de dinero, sí... esa deuda se paga; pero la que contraje en el fondo de mi corazon, esa no podré pagarla jamás... y ahora me decís que soy bueno porque vengo á hablaros. Vos... ¡ah!... mi querida niña, si el destino me ha hecho nacer en una clase superior á la vuestra, sabed que la pri-

mera nobleza es la que tiene un corazón agradecido.

— Gracias al cielo, señor, ya podéis aparecer ahora en todas partes... los antiguos nobles no están ya proscritos.

— No, gracias al primer Cónsul, se le debe que haya llamado á los emigrados... que el comercio y las artes hayan recuperado su actividad... También se le deben magníficas victorias... Amo demasiado á mi país para ser insensible á ellas...

— ¿Y el hermano que teniais en Inglaterra?

— Ha muerto allí hace un año. Con lo poco que dejó, me he creado una corta renta que me basta para vivir... ¡ah! no es mi fortuna lo que siento!... ¿De qué me serviría ahora que he visto perecer á todos los que amaba?

— Vos no erais casado, señor; pero creo haber oído decir á mi madre que ibais á casaros con una persona á quien amabais, cuando los acontecimientos de la revolución os separaron de ella...

— Sí, sí, es cierto... tuve la dicha de agradar á la hija del marqués de Sauvigné... Honorina de Sauvigné tenía veinticuatro años; tan hermosa como buena, habia rehusado hasta entonces todos los partidos por no abandonar á su anciano padre. Pero yo tuve la dicha de agradarla, y mi promesa de no separarla de su padre habia allanado todos los

obstáculos, cuando vino la revolucion: el marqués de Sauvigné fué encarcelado, él, que no hacia mas que bien, como lo prueba el haber guardado á su servicio al hijo de un célebre bandido... ¿Vos habreis oido hablar de Cartouche, hija mia?

— ¡Oh! sí, señor; era un ladron que, segun dicen, hacia temblar á todo Paris... Pero me parece que hace mucho tiempo que murió.

— En efecto, recibió el castigo que merecian sus crímenes en el mes de noviembre del año 1721. Pero dejó un hijo aun de pecho. Por los años 1750 se presentó un hombre para entrar al servicio del marqués de Sauvigné, que era entonces un jóven de veinte años. Este hombre, que podia tener unos treinta años, se hallaba en la mas profunda miseria... Nadie queria tomarle á su servicio ni darle trabajo... ¿y por qué?... ¡porque se sabia que era hijo del célebre ladron Cartouche!... Esta circunstancia nó detuvo al marqués; se dijo con razon que es una injusticia muy grande querer hacer caer en los hijos el desprecio y la animadversion que inspiraba su padre. Tomó, pues, á su servicio al hijo de Cartouche, y — preciso es confesarlo — no tuvo motivos para alabarse de ello. El muchacho era perezoso, borracho y ladron; el marqués lo sabia, pero le perdonaba, y continuaba teniéndole á su lado, diciendo: «Si lo despido, nadie le quer-

rá, y se verá obligado á hacer lo que su padre; presto, pues, un servicio á la sociedad dejando que este bribon me robe solo á mí.» Dicese que un beneficio nunca se pierde; pero algunas veces mienten los proverbios... El hijo de Cartouche, ese mal servidor, se casó en el castillo de su amo y murió el año 1774, dejando un hijo de corta edad. Su madre habia muerto al darle á luz; pues bien, el señor de Sauvigné tuvo aun la bondad de hacer educar á este niño, y cuando llegó á la edad de siete ú ocho años, le tomó para que ayudara al jardinero del castillo, y despues hizo de él un jockey, y luego un ayuda de cámara...

— ¿Entonces ese era nieto de Cartouche?

— Sí, mi querida Florentina; ¡parece que el marqués estaba destinado á tener toda esa raza!... Pues bien, aquel muchacho, que habria debido profesar al marqués y á su familia la mas viva gratitud; aquel muchacho á quien el señor de Sauvigné hasta hizo dar alguna educacion... ¡ah! fué un miserable, un mónstruo! tal vez aun mas infame que su abuelo!...

— ¡Oh! Dios mio!... ¿pues qué hizo?... me parece que no nos referísteis eso nunca á mi madre ni á mí?...

— En el mes de noviembre del 92 prendieron al marqués. ¡Juzgad la desesperacion de la señorita

de Sauvigné!... se quedaba sola con algunos criados, que al menos lloraban con ella; uno solo... el jóven Cartouche... porque nunca le llamaré de otro modo, aunque en el castillo le llamaban Severino, aquel osó introducirse una noche en la habitacion de Honorina, y una vez allí tuvo la infamia de decirle: «¡Yo os amo! Nunca os lo habria dicho si la revolucion no lo hubiese trastornado todo; pero hoy ya no existen categorías, ni nombre, ni distancia; por eso es preciso que seais mi querida ó mi mujer; ¡escoged!»

Aterrada Honorina con estas palabras, intentó atraer á otros sentimientos al que miraba aun como á un niño, porque no tenia mas que diez y ocho años, y ella veinticuatro; pero á todos sus razonamientos respondió: «¡Yo os amo! quiero que seais mia!» Honorina le mandó quitarse de su presencia. El mónstruo quiso propasarse á los últimos ultrajes; pero ella era fuerte, valerosa, y arrojó al miserable á la puerta de su habitacion. Al otro dia habia dejado aquel la casa; pero dos dias despues, y por denuncia de este mónstruo, Honorina de Sauvigné era detenida y conducida á la *Force*.

—¡Oh! Dios mio! qué bribon era ese nieto de Cartouche!

—La señorita de Sauvigné halló medios para escribirme desde su prision y hacerme ver cuanto

acabo de deciros. ¡Ya juzgareis si juré exterminar al infame que, despues de haber intentado ultrajarla, la denunció cobardemente!... Pero entonces fué cuando tambien me denunciaron — sin duda el mismo hombre — y á no haber sido por vuestra madre, me hubiese visto perdido!...

— ¿Y qué fué de la pobre señorita de Sauvigné?

— Murió en el cadalso... como su padre, como tantas pobres víctimas que entonces no habian cometido otro crimen que ser de noble cuna y poseer algunas riquezas.

— ¡Ah! eso es horrible!... ¿Pero vos conocereis sin duda á ese mónstruo, autor de todas sus desgracias?... ¿No lo veiais con frecuencia en casa del marqués?...

— Lo ví algunas veces; pero ya comprendereis que entonces haria yo poco caso de un criado... A pesar de eso... si lo encuentro alguna vez... ¡oh! estoy seguro que lo reconoceré, y creo además que sentiria en el fondo de mi corazon algo que me habia de decir: ¡Es él!... es el infame!... es el denunciador de Honorina!... ¡Oh! sí, sí, le reconoceria!

El señor de Germancey pasa la mano por su frente como para apartar de sí recuerdos penosos, y al cabo de un momento vuelve á tomar la mano de Florentina, diciéndola:

— Hé aquí recuerdos bien tristes, hija mia; siempre os hablo de mí, cuando solo queria ocuparme de vos. Esto sucede con frecuencia; nuestras conversaciones son como nuestros proyectos, que nunca marchan tal como los habiamos arreglado de antemano. Ya os he dicho que os encontraba algo séria... los ojos menos alegres que antes de mi partida para la Brie... Tal vez habriais tenido alguna confidencia que hacerme... ¡pero puesto que no hay nada, no hablemos mas de ello!...

La linda vendedora da un profundo suspiro y responde sonrojándose:

— Sí, señor, sí... Demasiado habeis visto en mis ojos para que yo intente ocultároslo aun. Y además, ¿por qué he de disimular con vos, que solo podeis darme buenos consejos?... Sí, sí, tengo una cosa que me pesa aquí...

— En el corazon... ¿no es cierto, hija mia?

— ¡Oh! sí, mi corazon es el que está enfermo!

— Ya lo sabia yo; las jóvenes siempre sienten en el corazon su primera pena.

— Ya os referiré todo eso, señor, pero no ahora; una de estas noches, si os parece... tendré mas atrevimiento para hablaros de eso que de dia...

— Cuando querais, mi querida Florentina, estoy siempre pronto á recibir vuestras confidencias. Pero justamente veo á un antiguo amigo á quien

creía aun en el extranjero... Voy á hablarle. Hasta luego, hija mia, hasta luego.

El conde de Germancey se aleja, y Florentina vuelve á suspirar, diciéndose:

— ¡Bien ha adivinado que yo tenia algo!... Cuando se apodera de una ese maldito amor, parece que todo el mundo lo ve.

LOS HIJOS DEL AMOR.

—Te digo, Beaulard, que esta noche hacen la *Selva peligrosa* en el teatro del Ambigú-Cómico, del que ahora es director el señor Corsse, y que es preciso que yo vaya á verla, aun cuando no hubiese pan en casa, como suele decirse, ¡puesto que es un soberbio melodrama que va á hacer temblar á todo Paris!

—¿Cómo sabes que es soberbio cuando hasta esta noche no es la primera representacion?

—Es la primera en el teatro del Ambigú; pero la obra se ha hecho ya en el de la Cité. Allí tuvo un éxito magnífico... se representó mas de doscientas veces. Hoy la hacen en el Ambigú; ¡pero está muy bien repartida!.. Ante todo, Corsse hace el papel de Fresso; Tautin, el de capitán de ladrones; Vicherat, el de Colisan, y la señorita Leveque, el de la bella Camila.

—¡Calla! yo creía que la señorita Leveque estaba en el teatro de Emulacion.

—Sí, pero ha salido de él para entrar en el Am-

bigú-Cómico. Vamos á ver, Beaulard, tú debes tener tantas ganas como yo de ir á ver una pieza de la que se habla hace tanto tiempo... en la que hay una cueva y una banda de ladrones que hace temblar. Vendrás conmigo esta noche, ¿no es verdad?

—Yo bien quisiera... ¡pero no puedo!... Ya sabes, Moucheron, que estoy empleado en casa del señor Curtius; que yo soy el que desde las doce del dia hasta las once de la noche hago la explicacion de las figuras de cera.

—Yo creia que Curtius mismo era el que hacia la explicacion de sus figuras.

—Sí, algunas veces, pero es muy raro. Como tengo buena voz, me deja ahora ese trabajo...

—¿Y qué es lo que enseñais de bueno ahora?

—¡Ah! lo que llama mas gente ahora es la muerte del bravo general Kléber, que acaba de ser asesinado en Egipto, donde habia conseguido una gran victoria en la batalla de Heliópolis!...

—¿Y está parecido el general Kléber?

—¡Qué tonto eres! es el que representaba á La Fayette, al que le hemos puesto otro vestido.

—¿Y cuánto ganas por explicar todo eso?

—Veinte sueldos al dia.

—¿Y la comida?

—¡Oh! no, la comida no... pero en cambio

tengo permiso para comer lo que quiero!... esto le es indiferente.

— ¡No es poco!... pero supongo que no comerás gallina todos los dias.

— ¡Oh! no... Además, de mis veinte sueldos doy doce á mi madre, á quien mantengo, y que generalmente tiene poco trabajo... La costura no deja mucho, y además casi siempre está la pobre enferma. Pero yo me quedo con ocho sueldos para mí, y eso me basta para mis tres comidas.

— ¡Haces tres comidas con ocho sueldos!... diablo!... no padecerás indigestiones!

— Sin embargo, me basta. Por la mañana, un sueldo de pan y otro de leche; al medio dia dos sueldos de pan y dos de patatas; y para cenar, dos sueldos de torta bien caliente.

— ¿Y no bebes nunca vino?

— ¿Para qué?

— ¡Cáspita! para regalarte!

— ¡Oh! no es cosa que me agrada, no lo he bebido mas que una vez, y no me gustó; ¡verdad es que estaba tan ágrio!... como vinagre.

— ¡Si te hicieron beber vinagre, no seria para que le tomaras el gusto!

— Si yo quisiera, podria beberlo algunas veces, cuando los que van á ver las figuras dan alguna propina al chico que les hace la explicacion... su-

cede pocas veces, pero al fin siempre cae algo...  
¡Un día me dió un señor diez sueldos para mí!...  
esos son mis provechillos!...

—Y bien, ¿qué haces con ellos?

—¡Calle! vaya una pregunta! se los llevo á mi madre en seguida. Se pone muy contenta, me abraza, y yo me pongo contento tambien,

—¡Pobre Beaulard! eres un buen muchacho!... ¿Qué edad tienes?

—Catorce años menos seis meses.

—¿Por qué no dices desde luego trece años y medio, tonto?

—Al contrario, digo mas bien quince años, porque para obtener la plaza que tengo en casa de Curtius, se me supone de mas edad.

—¡Gracias! una plaza en que es preciso estar gritando todo el día: «¡Aquí verán VV. á Júpiter, á su señora esposa y á su augusta familia!...» No quisiera yo tu empleo. No soy mas que mozo de cuerda; algunas veces no gano nada en todo el día, es cierto; pero tambien hay otros en que tengo buenas propinas, y en los que gano hasta un escudo de seis libras!... ¡Oh! entonces me regalo!... ¡Viva la alegría!... me bebo una bottella de vino, y cómo buenos pedazos de salchicha!...

—Y bien, ¿y tu madre?

— ¡Mi madre!... no la tengo.

— No tienes madre... ¿cómo es eso?...

— Escucha. Ya ves, tengo una hermana, que me lleva cuatro años... Como muy pronto tendré diez y siete, ella tendrá muy pronto veintiuno; pues bien, mi hermana y yo parece que somos lo que llaman... hijos del amor.

— ¡Ah! sí, hijos sobrenaturales!

— Al contrario, hijos naturales. Nos llevaron á casa de una aldeana, en Vincennes, á la que le pagaban nuestra manutencion. Allí estuvimos mucho tiempo... Mi hermana tenia nueve años y yo cinco, cuando un dia nos dijo la aldeana: «Hijos míos, hace mas de nueve meses que no recibo un sueldo para vosotros... Lo siento, os quiero mucho; pero me veo obligada á ponerlos á la puerta. ¡Tengo ya cuatro hijos, lo cual es demasiado, con un marido borracho! y no puedo tenerlos gratis. Ídos á Paris, y tratad de ganaros allí la vida... María es muy linda... (María es mi hermana) se lleva cantando todo el dia como un ruiseñor; no tiene mas que ponerse á cantar para ganar buenos sueldos; en Paris son generosos, y os darán muchos... Yo os he enseñado á leer, porque así se me habia mandado, y podrá serviros. Tomad, aquí teneis veinticuatro sueldos y un paquetito donde van vuestros vestidos. Tomadlo todo y partid.

Mi hermana, que ya era razonable, dijo á la aldeana :

— «¿Pero no teneis noticia alguna que darnos respecto á nuestros padres, ó á los que cuidaban de nosotros?»

La aldeana respondió :

— «Hija mia, he hecho escribir en un papel y certificar por el señor cura el modo como me habeis sido confiados. Tú, primero, María, por una dama elegante y bella, que me dió venticinco luisas, diciéndome : «Esto es por un año; cuidad esa niña, tiene diez y ocho meses; llamadla María. Vendrán á verla.» Al cabo de un año volvieron. Esta vez solo me dejaron veinte luisas con las mismas recomendaciones. Pero al año siguiente la dama me trajo otro niño que tenia tres semanas todo lo más, y me dijo : «Llamareis á este niño Víctor; es hermano de María. Se duplicará su pension.» Muy bien; esto duró tres años y medio. Pero hace nueve meses ha pasado la época en que me traian vuestra pension, y nadie ha vuelto; ya no puedo teneros por mas tiempo. Pero en vuestro paquete hallareis el documento certificado por el señor cura, y que prueba cuanto acabo de deciros.

— » ¿Y el nombre de esa bella dama, que era sin duda nuestra madre? dijo María.

— » Nunca lo he sabido, hija mia; cuando la

pregunté, me respondió que era inútil que yo lo supiese. Tenia buenos modales, magnificas sortijas, y solo venia á Vincennes en un carruaje... que dejaba á la entrada de la aldea, y que despues iba á buscar. Pero un dia... aquel en que me trajo su niño, parecia tan débil y que sufría tanto, que dejó olvidado en mi casa un frasquito muy lindo que á cada instante llevaba á su nariz... creo que en el tapon de ese frasquito hay como una cifra grabada...

— »¿Y ese frasquito, dijo mi hermana, supongo que estará en nuestro paquete?

— »¡ Ah! no, hija mia; ese frasquito tiene un tapon dorado, está tallado como una piedra fina, debe valer cuarenta libras lo menos, y lo guardo para desquitarme un poco de todo el dinero que vuestra madre me debe.

— »Pero, señora, exclamó mi hermana, ese frasquito es nuestro, y desde luego puede ayudarnos para encontrar á nuestros padres, nuestra familia: ¡ es el único título que podemos presentar, y quereis privarnos de él!

— »Hija mia, lo siento, pero es preciso que yo me desquite en alguna cosa... Estoy segura que por esa alhaja me darán cuarenta libras.

— »Pues bien, señora, no la vendais, respondió María, y os juro que antes de un año reuniré esa

suma, y os la traeré para rescatar ese frasquito.»

La aldeana lo prometió, y mi hermana y yo partimos con nuestro paquetito debajo del brazo.

—Pero esa aldeana hizo muy mal en quedarse con el frasquito que os pertenecía, puesto que era de vuestra madre.

—¡Ah! ya ves, Beaulard, la gente del campo solo conoce el dinero; son cien veces mas interesados que la gente de la ciudad!...

—¿Cómo os habeis, pues, manejado para vivir tú y tu hermana?

—Mi hermana cantaba delante de las fondas y cafés. Cantaba muy bien, y aunque yo era muy pequeño, iba pidiendo por todo el corro, tan bien ó mejor que ahora. Alargaba mi gorro de lana, pidiendo alguna cosa para la pequeña que cantaba, y casi todo el mundo me daba. ¡El primer día ganamos cinco libras y diez sueldos! Mi hermanita brincaba de alegría, diciendo:

—Ya ves, Víctor, muy pronto podremos rescatar el frasquito de nuestra madre.

—Dí, puesto que tu nombre es Víctor, ¿por qué te llaman Moucheron?

—Es un sobrenombre que me han puesto. En fin, mi hermana y yo llegamos á Paris. Una buena mujer que nos vió en el bulevar donde mi hermana cantaba, vino á hablar con nosotros, y nos

ofreció casa y comida diciéndonos: «De lo que ganeis me dareis lo que podais.» Ya comprenderás que no deseábamos otra cosa. Todos los días salía yo con María, que no dejaba de cantar; hacíamos buenas colectas. Tan buenas, que al cabo de cinco meses que estábamos en París, mi hermana había reunido las cuarenta libras, corría á llevarlas á Vincennes, y volvía con el precioso frasquito.

—¿Luego lo tienes tú?

—No, yo no lo tengo, mi hermana. Como es mayor, á ella le toca guardarlo. De este modo pasamos cuatro años; como mi hermana no dejaba de ganar, me hizo ir á la escuela... así es que sé leer... ¿y tú, Beauiard?

—No... conozco un poco las letras, y nada más.

—¡Pero hé aquí que un día, á fuerza de cantar, coge mi hermana una ronquera! Eso nos puso en una situación embarazosa; pero yo tenía ya nueve años, y no era tonto; así, pues, dije: «¡Basta de escuela, es preciso ganar dinero; voy á hacerme mozo de cordel!...» María no quería de ningún modo; pero yo no la escuché... y á mi vez gané dinero. Mi hermana recobró algo la voz, pero no la gustaba cantar en las calles. Entró de doncella en una casa muy rica, cuya familia se la llevó á Rouen, á donde fué á establecerse. Yo tenía enton-

ces trece años, y María cerca de diez y siete. Al partir me dijo: — « Me llevo el frasquito; tú eres muy pequeño, y lo perderías. Además, cuando haya reunido dinero volveré á Paris. Pero no sabemos donde está nuestra familia, y si está de Dios que la encontremos, lo mismo la descubriré en Normandía que aquí. » Y mi hermana partió recomendándome que me portase bien.

— ¿Y tú, volvió á Paris despues?

— ¡ Oh! no, ya me lo hubiera hecho saber!... quiero decir, me habria escrito que estaba enferma. Pero no me extraña verla llegar un dia de estos, porque en su última carta me decia: « Espero volver á verte muy pronto; quiero regresar á Paris, porque me fastidió en Rouen. »

— ¿Y tú, continúas yendo á Vincennes á ver á los que te han criado?

— No, ya no voy. ¿ Para qué? La pobre Duchemain murió, así como su marido. ¿ A qué quieres que yo vaya? Los hijos de mi nodriza no conocen ni han visto nunca á la dama que nos llevó, y no podrian darnos ninguna noticia. Además, ya ves, Beaulard, cuando los padres ponen así á sus hijos lejos de sí, y no van nunca á abrazarlos, es porque tienen intencion de abandonarlos el mejor dia; pero yo he tomado mi partido.

— ¡Oh! yo tendría mucha pena si no tuviese á mi madre!

— ¡Pero, imbécil, eso es muy distinto! tú conoces á tu madre, ella te ama, ha tenido cuidado de tí, no te ha rechazado nunca!... y tú debes amarla, esto es muy sencillo... ¿comprendes?

— ¡Oh! aunque ella me rechazara, la querria de todos modos!

— Vamos, tú no me entiendes. Con que ¿vienes á ver la *Selva peligrosa*? Te convidó... te pago la localidad... ayer he tenido un buen día... puedo gastar algunos sueldos!... yo no tengo necesidad de economizar...

— Gracias, Moucheron, gracias, gracias; pero si yo faltase, se enfadaria el señor Curtius, perderia mi plaza... y ¡no quiero exponerme á eso!

— ¿Quieres, pues, pasar tu vida con las figuras de cera? diciendo: «Aquí verán VV. á Júpiter y su esposa!» — ¡Házte mozo de cuerda como yo, y ganarás mucho más!

— Sí, los días en que se gana; pero hay otros en los que no se gana nada; tú mismo me lo has dicho; y esos días ¿qué haré yo para llevar á mi madre doce sueldos? Prefiero tenerlos seguros.

— Como quieras.

— Mañana me contarás la *Selva peligrosa*, y eso me causará tanto placer...

— ¡Ah! veo á un parroquiano que me busca... hasta mañana.

— Hasta mañana, Moucheron.

Los dos amigos se separan. Juan Beaulard, el rubillo delgado, frágil y palurdo, se vuelve á desempeñar su empleo en casa de Curtius, blandiendo al aire la varita que le sirve para designar las figuras que enseña.

Y Víctor, mozo fornido de diez y siete años, cuyos ojos tienen cierta seguridad muy parecida al orgullo, va á ponerse en su puesto de costumbre, en la esquina del bulevar y del arrabal del Temple.

## VI.

### EL CABALLERO DE MERILLAC.

Al dejar á Florentina, el conde de Germancey habia ido á reunirse con un caballero que pasaba entonces por delante del teatro del Recreo, mas arriba del payaso Rousseau.

El personaje á quien el señor de Germancey se ha reunido es hombre de unos cinco ó seis años menos que él; alto, bien formado, de apuesta figura, lleva la frente alta, y al andar se inclina ligeramente hácia su cadera izquierda; sus facciones son nobles y caracterizadas, sus ojos tienen todo el brillo de la juventud; pero su aire orgulloso se ve atemperado con una expresion de alegría, de buen humor, que parece predominar en el carácter de este personaje, si bien se traduce en él cierto fondo de burla y de ironía.

Este señor lleva un leviton azul tan largo, que baja hasta sus talones, y que lleva abotonado herméticamente hasta el cuello, no dejando ver mas que una corbata negra y un cuello muy blanco. Lleva el pelo empolvado, alzado por detrás con un peine, y en su cabeza un sombrero ancho redondo

y de grandes bordes. Gasta botas vueltas, y un bonito baston.

—No vayais tan de prisa, caballero de Merillac. ¡Se desea hablaros!

Aquel á quien se dirigen estas palabras se detiene, hace una pirueta sobre sí mismo, y hallándose entonces ante el conde de Germancey, exclama :

— ¡Dios me perdone!... no me engaño!... es el querido Germancey!... ¡Ah! qué feliz encuentro! ¡Me disponia á buscaros por todo Paris y apenas llevo os encuentro!... ¡Abrazémonos ante todo!...

— ¡Oh! con mucho gusto! responde el conde echándose en brazos del caballero.

Y los dos amigos se abrazan cordialmente. Después de los primeros momentos de expansion, consagrados al placer de volver á verse, empiezan las preguntas :

— ¡Querido conde!... qué dicha la de volverse á ver!...

— Sí, sobre todo cuando se ha pasado por tantas pruebas, cuando se ha temblado por los dias de aquellos de quienes se habia uno separado.

— No habeis debido temblar por los míos, puesto que yo habia emigrado... Me hallaba al abrigo de vuestros acusadores públicos; pero no lo estaba al de

la desgracia, de las necesidades y hasta de la miseria!...

— ¡Pobre caballero!...

— Sí á fé mia, partí con cien luises en mi bolsillo, creyendo que hallaría á mi tío en Alemania... por desgracia habia tomado otro camino, y las cartas que me escribió para hacerme conocer el sitio de su retiro no llegaron á mí. Ya conoceis mi modo de vivir; ¡en muy poco tiempo me comí los cien luises que componian toda mi fortuna!

— ¿Qué hicisteis entonces para vivir?

— ¡Eh! pardiez! como tantos otros, aproveché los pocos conocimientos que poseia... por desgracia eran tan cortos!... ¡Ignorante en pintura... muy poco músico... mal calculador... escribiendo como un gato!... Debo confesar que siempre me ocupé mas de los placeres que del estudio... ¡Ah! si se pudieran preveer los acontecimientos, se tomarian precauciones!... Sin embargo, creo que mas vale no leer el porvenir... Convid, querido conde, en que veriamos en él desgracias demasiado terribles...

— En efecto, ¡seria una ciencia enfadosa! Pero continuad.

— Pues bien, un dia que en una posada de una aldea de Alemania acababa de gastar mi último escudo, y me preguntaba á qué santo me encomen-

daria para salir de la embarazosa situacion en que me hallaba, reparé en un cuerno de caza que se hallaba colgado en la pared. Ya recordareis, querido conde, que siempre he sido gran cazador; que ese ejercicio era una pasion en mí; pero lo que tal vez no sabreis es que toco el cuerno de caza como el mismo San Huberto... hasta sé modular mis sonidos, y muchas veces me divertia en tocar composiciones mias. ;Héme aquí, pues, en mi desesperacion descolgando el cuerno que, segun creo, hacia mucho tiempo nadie habia tocado, y poniéndome á la ventana ejecuté una de mis tocatas mas bonitas, despues otra, luego otra... y con tal éxito que la gente habia empezado á reunirse delante de la posada, y me aplaudian desesperadamente!

Pronto viene hácia mí el posadero con su gorro de algodón en la mano, y despues de hacerme mil cumplidos felicitándome por lo bien que yo tocaba el cuerno de caza, me dice que una señora muy rica, que vivia en la casa inmediata, me rogaba que pasára á verla si en ello no tenia inconveniente.

Justamente no deseaba yo otra cosa que agradar á esta dama; fuí, pues, á su casa. Hallé á una mujer enorme, de cuarenta años, madre de dos señoritas de quince á diez y seis años, que eran tan corpulentas como su madre. En esta familia todas las damas tenian los gustos masculinos;

manejaban el fusil perfectamente. La gruesa alemana me preguntó si querria dar lecciones del cuerno de caza, á ella y á sus dos hijas, diciéndome que yo mismo fijase el precio de mis lecciones. No vacilé, era un buen recurso que la Providencia me enviaba. Héme aquí, pues, profesor de cuerno de caza para señoras; pero lo mas singular es que habiendo oido á mis discípulas casi todas las damas de la ciudad, y encantadas del modo enteramente nuevo con que hacian sonar el cuerno de caza, quisieron que yo les diese tambien lecciones. ¡Esto vino á ser una especie de furor! ¡Todas las damas tenian su cuerno, se ponian en sus ventanas, y aquello se convertia entonces en un hurra general, en una infernal gritería, en la que cada una de mis discípulas queria triunfar de su rival!

—En efecto, ¡habria en la ciudad un ruido espantoso!...

—¡Justamente! en fin, la cosa llegó hasta el extremo que el burgomaestre se vió obligado á prohibir el cuerno de caza. Las damas se sublevaron. Se las concedió permiso para tocarlo desde las doce de la noche hasta las seis de la mañana, porque se creia que entonces preferirian dormir á aprovecharse del permiso; pero á las doce empezó á oirse el sonido del cuerno en todos los barrios de la ciudad; parecia una caza en las calles, tanto

mas, cuanto que los perros, poco acostumbrados á este ruido nocturno, unian á él sus ladridos, lo cual completaba la ilusion. ¡Yo me reia como un loco en mi cama, contentísimo con el talento que desplegaban mis discípulas!... Pero á las seis de la mañana entró un alguacil en mi cuarto, significándome con mucha cortesía que saliese aquel mismo dia de la ciudad, porque ponía á todos los habitantes del género masculino en peligro de volverse sordos. Así lo llevé á efecto voluntariamente. Me habia hecho pagar muy caras mis lecciones, habia reunido dinero, y me fuí á Inglaterra, donde volví á hallar á mi tio y buenos amigos.

— Pero vos, mi querido conde, vos que habeis permanecido en Francia durante esa terrible época, ¡cuántos peligros habreis debido correr!

— ¡En efecto!... es un milagro que esté aun vivo!

— ¿Por qué no hicisteis como nosotros?

— ¡Yo! expatriarme!... ¡oh! no... y además, el marqués de Sauvigné y su hija estaban en Paris... ¿podia yo acaso dejarlos?... ¿Habeis sabido su muerte?...

— Sí... hemos tenido esas desconsoladoras noticias...

— ¿Habeis sabido que el miserable Severino, despues de haber osado hablar de amor á su seño-

rita, la denunció para vengarse de su desprecio?

— Sí; ¡oh! he sabido todo eso por vuestro hermano á quien se lo escribisteis. ¡Qué miserable Severino! un bribon á quien el marqués mantenía por caridad! ¿Creo que se decia que era uno de los descendientes del famoso Cartouche?

— Cierto. El tal Severino es su nieto.

— ¡Bien digno es de su abuelo!

— Algunas veces ibais á casa del señor de Sauvigné; ¿visteis á ese Severino?

— A fé mia, tal vez le ví, pero sin parar en él la atencion... como que era un criado... Si me hubieran dicho entonces que descendia del famoso Cartouche, ¡oh! entonces lo habria mirado con curiosidad; pero el señor de Sauvigné no lo decia...

— ¡Por bondad!... por lástima á ese muchacho de que se hizo cargo, y qué tan bien debia agradecer sus beneficics!

— ¿Y qué ha sido de ese miserable?

— Lo ignoro... pero si alguna vez le encuentro... ¡Ah! ya supondreis que mi mayor deseo es el de castigar al mónstruo que llevó á Honorina al suplicio!

— ¡Oh! os creo, y si necesitais de mí en esta circunstancia... me consideraré muy dichoso ayudándoos á castigar á ese bribon!

— Gracias, caballero; pero de todo eso hace

ocho años... ese hombre ha muerto tal vez... Basta que nos ocupemos de esos acontecimientos horribles... ¿Decidme, Merillac, durante vuestra estancia en Inglaterra visteis á mi hermano?

— Sí; en verdad. ¡Oh! no se fastidiaba; llevaba una vida alegre... si es que en Inglaterra puede divertirse uno... ¡Ah! mi querido conde, no hay país como Francia para gozar!... ¡Si supieseis con qué placer me paseo en el bulevar aunque haga frío!... pero cuando uno está contento no se siente el frío!... Yo buscaba á nuestro *Nicolet*, á nuestro *Audinot*.

— ¡Ah! se han trasformado! ahora es el teatro de la Gaité y el del Ambigú-Cómico; el melodrama ha reemplazado á los Grandes Bailarines del rey y las Marionetas!

— ¡El melodrama!... ¿qué es eso?... creo que no conocíamos esa palabra?...

— La palabra es bastante exacta, puesto que esas piezas son dramas mezclados con música y pantomima; también hay en ellos bailes, combates, mucho espectáculo, y eso hace furor.

— Muy bien; iré á ver los melodramas... Pero volvamos á vuestro hermano. Yo fui muchas veces su compañero de placeres, porque ya sabéis que gasto humor... Vuestro hermano tuvo muchas aventuras galantes...

— Sí, sí... lo sé...

— Pero no fué afortunado en todas; hace un año tuvo un duelo con un rival... por una vendedora de la Cité, que en verdad no valia la pena; recibió una estocada en el costado, que al principio creyeron poco peligrosa... y la cual, sin embargo, le fué fatal... ; porque á las seis semanas... murió!

— Supe esa triste noticia, que estaba muy lejos de esperarme, porque mi hermano pasaba de los cincuenta... y ceia que se habia vuelto razonable.

— Mi querido Germancey, para los calaveras no hay edad... ¿qué quereis?... Cuando el corazon es siempre jóven... ; se ama á las mujeres en todas las edades!

— Es cierto; pero no se les prueba del mismo modo.

— Pero antes de morir, vuestro hermano me mandó llamar y me dió un pliego cerrado, rogándome que os lo entregase cuando regresara á Francia, y sobre todo que no lo entregara á nadie mas que á vos mismo. El modo con que me recomendó esta carta, me prueba que daba mucha importancia á esta misión. Tengo, pues, un gran placer en haber cumplido tan pronto como he llegado á Paris la última voluntad de vuestro difunto hermano.

Al concluir estas palabras, el caballero de Merillac desabotona su leviton azul, busca en un bolsillo del costado, y saca de él una carta cuidadosamente sellada, que entrega al señor de Germancey.

—Aquí teneis la carta que vuestro hermano me entregó para vos. Dejaré que la leais, y entre tanto voy á continuar renovando los conocimientos en mi querido Paris... Si quereis, conde, nos volveremos á ver para comer juntos...

—Con mucho gusto...

—¿A dónde podrémos vernos?... Indicadme un sitio que yo conozca todavía... ¿Podrémos vernos en el Palacio Real?

—Sí; ha cambiado de nombre muchas veces; pero su fisonomía siempre es la misma.

—Pues bien, allí estaré á las cuatro, delante de las gradas.

—Muy bien, iré á buscaros.

El señor de Merillac se aleja; el conde, que ha permanecido con su carta en la mano, se dirige á un café poco concurrido por la mañana, y allí se sienta en una mesa, y empieza á leer la misiva de su hermano. Pero á medida que va leyendo, su frente se oscurece, y cuando termina la lectura, apoya su cabeza en una de sus manos, diciendo para sí :

— ¡Hé aquí una cosa que estaba lejos de esperar-me!... difícil comision es la que mi hermano me encarga... y que tal vez me será imposible desempeñar!...

## VII.

### PRIMERA REPRESENTACION DEL HOMBRE DE LAS TRES CARAS.

Aquella noche se daba en el teatro del Ambigú-Cómico la primera representacion de un melodrama, del que hacia muchos dias se venia hablando con grandes elogios; era de un jóven llamado *Guilbert Pixérécourt*, destinado á tener un gran éxito en el bulevar del Temple. Se titulaba *El Hombre de las tres caras*, y excitaba en alto grado la curiosidad. Así es que desde las cinco de la tarde asediaba las puertas del teatro un gentío inmenso.

Entre los que se hallaban allí para tomar localidades subalternas, estaba el jóven Moucheron. Habia llegado de los primeros al despacho, y allí, con un chorizo en una mano y un pedazo de pan en la otra, comia con apetito hablando al mismo tiempo con los que tenia á su lado, y apostrofando de vez en cuando á los paseantes.

El jóven Beaulard, el que enseñaba las figuras de cera, pasa por delante de aquel gentío, y oye en seguida que Boucheron le llama.

— ¡Eh! Beaulard! escucha!... acércate á la ba-  
laustrada!... te dejarán acercar, ya verán que  
no vienes á quitar el puesto á nadie con tu va-  
rita!

— ¡Calle! ¿qué haces ahí, Moucheron?

— ¿Qué hago?... ¡Habrás bestia! ¿No ves que he  
tomado número para coger buen sitio, y ver el  
melodrama nuevo... *El Hombre de las tres caras?*  
¡Es un título que promete!...

— Si fuese el hombre de doce caras, dice un  
zagalon que está detrás de este, prometeria más...  
¡eh! eh! eh!...

— ¿Y bien, qué? parece que os reis, eh?...  
supongo que no vendreis á ver la obra para bur-  
laros?... Si creéis que no es buena, ¿por qué venís?  
por qué tomáis puesto, donde ocupáis tanto sitio  
con vuestra barriga?

— ¡Vamos, paz, señores! dice un gendarme,  
al primero que grite lo hago salir!

— ¿Por qué se burla de la pieza?... ¡Aquí está  
ocupando el sitio de tres! ¡Vaya una gracia! Cuan-  
do uno es tan gordo... no viene á ocupar sitio,  
que perjudica á los demás. Dí, tú, Beaulard....  
házmelo un favor.

— ¿Cuál?

— Yo me ahogo de sed... hace una hora que  
como sin beber, y el salchichon es muy seco. Ve

á buscarme un vaso de agua de coco... y te lo agradeceré.

—¿De un liard (1) ó dos?

—¡Un vaso grande, animal! ¿No oyes que te he dicho que me ahogo?

El jóven Beaulard va á desempeñar su encargo, y pronto vuelve junto á la balaustrada con un vendedor de agua de coco, que despacha en seguida muchos vasos.

Un hombrecillo que va corriendo por la calle se acerca á los que han tomado puesto, y dice á Moucheron:

—¿Quieres venderme tu sitio? te doy cinco sueldos.

—¡Vender mi sitio!... yo!... vender mi sitio!... aunque me diera V. un escudo no se lo cedia! un drama en que trabajan *Tautin*, *Corsse*, *Revalard*, *Joigny*, *Dumont* y la señorita *Levéque*! y que es del autor del *Feregrino blanco*, de *Celina* ó *El Hijo del misterio*!... ¡No hay cuidado que yo ceda mi puesto!... ni por un escudo de seis libras!... ¡Ah! bueno! ahora empiezan á empujar! si serán tontos! de qué sirve que empujen si por eso no hemos de entrar mas pronto, puesto que no se ha abierto el despacho!

(1) Moneda de cobre equivalente á un ochavo. (*N. del T.*)

Mientras pasa esto á la puerta del teatro del Ambigú, dos señores llegan asidos del brazo por el bulevar San Martin, y van derechos al puesto de naranjas de la linda Florentina.

Son el señor de Germancey y su amigo el caballero de Merillac. Estos señores se paran delante de la jóven, y el conde dice á su amigo :

— Aquí teneis la persona de quien os he hablado, caballero: ¡á su pobre madre debo la vida!... os he contado todo lo que hizo por mí. Juzgad si me interesaré por esta querida niña, que con esa figura encantadora tiene ya la bondad y la virtud de su madre.

El señor de Merillac saluda graciosamente á Florentina, que está toda confusa, y exclama :

— ¡Vive Dios! quién no se ha de interesar por una jóven tan encantadora!... Sin embargo, no debe hacernos olvidar el café antes de entrar en el teatro... porque ya sabreis, señorita, que mi querido Germancey me lleva esta noche á ver una de esas piezas que hacen reir y llorar á la vez...

— ¿Van estos señores al Ambigú á ver el estreno del *Hombre de las tres caras*?

— ¡ Ah ! ¿es un estreno?... Me alegro... las primeras representaciones tienen mas atractivo...

— Merillac, ¿quereis ir á esperarme al café de

en frente? Voy á hablar un momento con esta amiga , despues iré á buscaros.

— ¡ Muy bien ! os espero.

El señor de Merillac se va al café, y el conde, que se ha quedado con Florentina, la mira sonriendo, y murmura:

— Vamos, parece que se ha calmado un poco la pena del otro día... los amores van adelante... ¡ Amad, hija mia! amad! es propio de vuestra edad !... pero tratad de saber dónde poneis vuestros sentimientos, y de no entregar vuestro corazón , tan jóven y tan puro, á quien sea indigno de semejante tesoro.

Florentina alarga su mano al señor de Germancey, y al mismo tiempo que se sonroja, murmura:

— Sí, señor , sí, lo habeis adivinado... he entregado mi corazón... tal vez he hecho mal... pero no he podido defenderme.

— El amor no razona, hija mia, sobre todo á vuestra edad... si razonara, no seria amor.

— Pero no tengo aun ninguna falta que echarme en cara... Amo... y correspondo al que me ha inspirado este sentimiento... eso es todo.

— Hasta ahora no veo en ello ningun mal. ¿ Pero hace mucho que amais ?

— No, señor... durante un mes le vi casi todos los dias... ese tiempo bastó para que le amase...

venia por la mañana y por la tarde... ¡ me hablaba... con tanta ternura!... sus ojos brillaban con tanto fuego!... que me conmoví muy pronto al escucharle!...

—En fin os agradó. Todo está en esa palabra. Pero habeis dicho que venia... ¿pues qué, no viene ya?

—¡ Ay! no, señor!... hace dos meses que no le veo, y no os ocultaré que estoy desconsolada!

—¿Tuvisteis con él alguna querrella?... Eso sucede con frecuencia entre los enamorados; pero despues se hacen las paces, que ofrecen mil encantos.

—No, señor, no tuvimos el menor disgusto... él me rogaba... que volviera á hablar con él... despues de la venta... y nada más.

—Tal vez estará enfermo... ¿os habeis informado?... ¿Sin duda sabeis su nombre, las señas e su casa, lo que hace?...

Florentina baja la vista respondiendo:

—Sé que se llama Francisco... y nada más.

—¡Cómo! ese jóven!... ¿Porque naturalmente será un jóven?

—Sí, señor, tendrá cuando más veinticinco años.

—Y bien, ¿no os ha dicho ese jóven en qué se ocupaba?... su profesion, su posicion en el mundo?

—No, todavía no... sin duda iba á decirmelo la última vez que le ví, porque le pregunté respecto á eso; pero se le acercó un hombre, que le dijo algunas palabras al oído, y entonces Francisco me dejó precipitadamente diciéndome: «Volveré á veros muy pronto...» ¡Pronto, y hace de esto cerca de tres meses!... ¿Qué quiere decir esto?... ¿Qué le habrá sucedido?... ¡Ah! tengo una pena!...

El conde se queda pensativo, y despues de un momento de silencio, murmura:

—¡No me gusta ese misterio!... Cuando se tienen buenas intenciones, se procede con franqueza...

—Creéis que me ha engañado, ¿no es cierto, señor? que no me ama... que ya me ha olvidado?

—No os ha engañado, puesto que nada os ha dicho... no es probable que os haya olvidado, porque no habeis cedido aun á sus deseos... los hombres olvidan despues, pero no antes; sabedlo, mi querida niña; algun asunto urgente... un viaje, una enfermedad... todo eso puede tenerle lejos de vos, pero estoy seguro de que le volvereis á ver. Entonces, creedme, tratad de saber lo que es... en qué se ocupa... Si le concedeis vuestro amor, ¡qué menos ha de concederos que una confianza!

—Sí, señor, ¡oh! preguntaré á Francisco... sa-

bré si es una mujer la que le acechaba la otra tarde y que fué causa de su repentina partida!

— ¡ Ah! ¿ es eso todo lo que quereis saber?...

— ¿ No es muy natural , señor ? Ah! yo quisiera que vieseis á ese jóven... teneis experiencia... y yo soy muy sencilla , creo lo que me dicen ; pero estoy segura de que en seguida veriais si Francisco es digno de mi amor .

— Tambien yo me alegraria conocerle . Pero eso es muy fácil : le decis un dia que vuelva al siguiente... señalándole hora , y me avisais...

— Sí , señor , sí... ¡ si vuelvo á verle!

Y la linda vendedora exhala un hondo suspiro .

— ¡ Le vereis! continúa el conde , aunque tal vez fuera mejor para vos que no volviese más!... Porque un jóven que se rodea de tanto misterio... ¡ Oh! no me gusta eso ! Pero Merillac me espera en el café... ¡ Hasta la vista , mi querida Florentina , hasta la vista !

La sala del teatro del Ambigú-Cómico estaba enteramente llena á las siete de la noche . Esta sala tenia entonces alrededor del patio una galeria , que contenia tres filas de banquetas ; esta galeria no estaba por detrás cerrada del todo ; solo lo estaba por una separacion á la altura de los bancos del patio , de modo que cuando ya en esta no habia sitio , los espectadores se quedaban en el corredor ,

detrás de la galería, desde donde se veía medianamente, sobre todo los que tenían los primeros puestos. También había aficionados que preferían este sitio á cualquier otro, porque con frecuencia, en la última banqueta de la galería había damas, muy lindas por cierto, y los que se quedaban de pié detras de ellas en el corredor, las veían con mucha comodidad, y aun podían hacer conocimiento.

El conde de Germancey y el caballero de Merillac permanecieron en el café bastante tiempo, y no hallaron en la sala ningún sitio donde sentarse. Se contentaron, pues, con quedarse de pié detras de la galería, y aun así, los sitios donde podían apoyarse en la separación, estaban todos tomados, y ya empezaba á formarse otra fila de espectadores de pié. Sin embargo, el señor de Germancey había conseguido ponerse delante, y á su amigo junto á él, pero el señor de Merillac acababa de ver mas lejos, muy cerca de la escena, á una jóven lindísima sentada en el último banco; detras de ella había un sitio todavía, y el caballero se apresuró á ocupar este sitio, diciendo:

—Siempre veré bastante bien la obra, y si no me gusta, tendré otra cosa que mirar.

El jóven Moucheron estaba en el paraíso, pero en delantera, á la izquierda de la escena, y desde allí, antes de que se empezase, no hacía mas que

charlar con sus camaradas, que se hallaban lejos de él. Pero en estos teatros pequeños reinaba entonces una gran libertad en los entreactos, y muchas veces los diálogos de los del paraíso divertían mucho á los espectadores de los palcos.

—¿Trabaja Raffile en la pieza? grita un individuo de blusa que se entretiene en comer manzanas.

—¡No, no trabaja!

—¡Ah! ¿no? ¡pues me voy!...

—¡Qué tonto es ese Juan! dice Moucheron; se va porque Raffile no trabaja!... ya... ya... te veo! si se va, no es por Raffile, sino para vender su contraseña... le habrán dado una entrada gratis y quiere coger cuartos... ¡bah!...

Sin embargo, la pieza nueva ha empezado; el primer acto marcha muy bien; el bandido *Abelino*, que solo es una imitacion de la obra inglesa el *Bandido de Venecia*, hace temblar á los espectadores, y transporta de admiracion á los del paraíso.

El señor de Merillac ha escuchado poco á *Abelino* y á la bella *Rosmunda*, porque ha mirado mucho á la linda vecina que está delante de él. Hasta ha empezado á entablar conversacion con ella, arriesgando algunas palabras sobre el temor que tenia de incomodarla, apoyando sus brazos en la separacion, á cuyas palabras se le responde de un modo

muy amable, asegurándole que de ningún modo le incomodaba, y que podía poner el brazo en la barrera; el caballero no deja de usar del permiso, aunque algunas veces su brazo y su mano tropiezan con los hombros de la dama; pero puesto que ella ha dicho que esto no la incomodaba, hasta habría sido una torpeza no continuar.

El señor de Merillac se hallaría, pues, muy bien en el sitio que ocupa si no se viese á cada instante oprimido y empujado por un hombre bastante mal vestido, que lleva una especie de gorra de nútria con visera, cuya visera la tiene echada sobre su frente, de modo que casi oculta sus ojos, lo cual, sin embargo, no impide ver que son vivos y sombríos, que su nariz es afilada y forma un ángulo agudo por la mitad, que su boca es enorme y desprovista de dientes, y, en fin, que su figura es siniestra, sus mejillas hundidas, y todo su conjunto muy poco á propósito para inspirar confianza.

El señor de Merillac ha dicho muchas veces á su incómodo vecino:

— ¡Señor mio, me estais incomodando!

Y este responde en tono humilde y respetuoso:

— ¡Oh! dispensadme, caballero; es porque quisiera ver algo más.

— Pero aun cuando me empujeis de ese modo

no por eso vereis más; tengo delante una barrera y no puedo adelantar un paso.

— ¡ Oh ! es justo !... dispensadme... pero queria ver á *Abelino* !

Si este hombre no hubiese contestado con tanta cortesía, el señor de Merillac lo habria ya rechazado bruscamente; pero la proximidad de la linda dama de la galería le hace tener paciencia.

El primer acto del *Hombre de las tres caras* termina con bravos y con aplausos... pero entonces todo el mundo quiere aprovechar el entreacto para respirar el aire: unos salen, y otros se levantan. Sin embargo, en el corredor del piso bajo no podia abandonarse el sitio so pena de perderlo, y el señor de Merillac no queria perder el suyo; esperaba que su vecino el de la gorra de nútria, que solo estaba en segunda fila, saliese al menos en el entreacto; pero este, por el contrario, no se mueve y trata de ponerse en primera fila.

En medio de este movimiento que reinaba en la sala, la hermosa dama se habia levantado, y para respirar con mas comodidad, habiase vuelto hácia el corredor; el caballero, que se hallaba entonces en frente de ella, no dejó de aprovechar la coyuntura para renovar la conversacion: era amable, galante, tenia talento, y esto es mas de lo que se necesita para hacerse escuchar.

De pronto, y cuando la conversacion estaba mas animada, el señor de Merillac hace un movimiento brusco, exclamando :

— ¡ Al ladron ! al ladron !... ¡ Ah ! miserable ! me has robado el reloj !... pero no te escaparás con él !

El ratero es el individuo tan feo y tan atento que, al ver á su vecino muy distraido hablando con una dama, habia creido el momento favorable para dar el golpe que meditaba hacia mucho tiempo. Pero un secreto presentimiento advirtió á Merillac que desconfiase de este hombre que tanto se obstinaba en permanecer junto á él ; al mismo tiempo que hablaba observaba sus movimientos, y cuando este, despues de haber escamoteado con mucha astucia el reloj, iba á desaparecer con él, se sintió cogido por una mano tan firme, tan ruda, que le fué imposible escaparse.

Los gritos ¡ al ladron ! han reunido en seguida mucha gente alrededor del robado ; pronto un agente de policia penetra por medio de la multitud ; el señor de Merillac le entrega su ratero, á quien tiene aun cogido del brazo, y le hace ver un reloj que el bribon se ha apresurado á soltar y que se ha roto al caer al suelo.

En vano el individuo de la nariz rota exclama :

— ¡ No he sido yo !... soy inocente !... yo no he

sido quien ha cogido el reloj!... el señor se engaña!...

El agente lo coge por el cuello, diciéndole:

— Siento mucho conoceros, buena alhaja; no es esta vuestra primera hazaña... ¡Vamos, adelante!... Caballero, ¿quereis venir á dar vuestra declaracion?...

— Dejad que recoja antes los pedazos de mi reloj...

— ¿Cómo, te haces robar? dice el señor de Germancey, que ha conseguido atravesar la muchedumbre para acercarse á su amigo.

— Sí, querido amigo. ¡Oh! yo siempre tengo aventuras; pero ven aquí y guárdame el sitio, que me interesa mucho conservar, y que te ruego me devuelvas luego que haya dejado en lugar seguro á este mozo que intentaba vaciarme los bolsillos pretextando ver mejor á *Abelino*.

Llévanse al ratero; el señor de Merillac va á declarar ante el comisario lo que ha pasado; despues se llevan los gendarmes al individuo arrestado. Pero este acontecimiento ha causado bastante alboroto; los espectadores del paraíso, que gustan mucho de ver ladrones en escena, han querido verlos tambien en la ciudad; Moucheron es uno de los primeros, y el aspirante á mozo de café, Bour-siquet, que sabe toda la historia, deja su café para

acudir corriendo á decir á Turlure y á Florentina :

— ¡ Señoritas ! acaban de coger á un ladron... en el Ambigú... durante la pieza que se ha estrenado !...

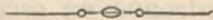
— ¿ Han robado al hombre de las tres caras ? exclama Turlure.

— No ; han robado un reloj á un caballero , pero ya han cogido al ladron... ¡ los gendarmes se lo llevan ! Mirad , por aquí va á pasar... ahora mismo vais á verle... ¡ Oh ! qué feo es !...

En efecto , dos gendarmes se adelantaban apartando á los curiosos , llevando entre ellos al ciudadano de la gorra de níttria , al que habian puesto esposas en las manos , y el cual iba andando tan tranquilamente como si fuera de paseo.

El grupo pasa muy cerca del puesto de Florentina , la que ve perfectamente al ladron y siente como un secreto estremecimiento , diciendo al mismo tiempo para sí :

— ¡ Es extraño ! se me figura que yo he visto ya á ese hombre en alguna parte !



VIII.

UN INCREIBLE.

El verano habia reemplazado á la primavera; en el bulevar del Temple habia mas transeuntes que nunca, y el Ambigú-Cómico, donde habia obtenido un éxito inmenso el *Hombre de las tres caras*, veíase todas las noches asaltado por el público que iba á tomar puesto con anticipacion delante de sus puertas, lo cual refluia en beneficio de las vendedoras, que de este modo tenian mas parroquianos. No era, pues, extraño que todas estuviesen de buen humor, excepto la mas linda; porque Florentina habia contado los dias, despues las semanas, luego los meses, y aquel que se habia apoderado de su corazon no habia vuelto.

Su vecina Turlure, que notaba su tristeza y adivinaba la causa, porque las mujeres tienen un talento especial para adivinar los secretos de amor, le dijo un dia :

—¿Y bien, Florentina, con que todo ha concluido?... ¡Ya no quieres reir... vas á tener siempre ese aire triste y sombrío que tan mal sienta á tu linda cara!... no eres razonable, hija mia, por-

que aquí entre nosotras, creo que los hombres no valen la pena de que suframos por ellos!

—¿Y quién te dice que estoy triste por un hombre? responde Florentina de mal humor.

—¡Oh! entre nosotras, hija mia, no debe haber tapujos... ya no viene ese lindo lechuguino que siempre escogía naranjas, y no te las compraba nunca... y sin embargo, parecía muy entusiasmado...

—Tal vez esté enfermo... quizá haya muerto...

—¡Oh! no!... no supongas eso... lo cierto es que los hombres son muy caprichosos... yo tampoco te he ocultado que me interesaba por el señor *Revalard*... mi gran actor... tiene cinco pies y seis pulgadas; pues bien, ayer estuvo hablando conmigo y me dijo que probablemente iba á dejar el *Ambigú-Cómico* para entrar en el teatro de la Puerta de San Martín, que va á abrirse con un drama de gran espectáculo... que se llama... ¡ah!... Dios mío, me ha dicho el nombre... *Bizarro*... sí... ¡ah! no, *Pizarro ó la Conquista del Perú*... que es del autor del *Hombre de las tres caras*, y dice que será soberbio!... Yo le dije: «No haceis bien en dejar nuestro bulevar,» y se echó á reír, y me respondió: «¡Ignorais que el teatro de la Puerta de San Martín es la antigua Opera! es una sala magnífica! el escenario es vasto, ancho, profundo...

allí se puede hacer mas efecto!» Yo entendí que como él es muy alto, necesita mas terreno para representar... pero con todo, ese teatro nuevo nos va á perjudicar mucho y á quitarnos parroquianos... ¡ah! Dios mio! con tal que no nos quite tambien al señor *Tautin!*...

Florentina habia puesto poca atencion á lo que la decia su vecina; tenia los ojos fijos en el suelo, y hallábase entregada enteramente á sus recuerdos; de pronto, Turlure se pone á toser de un modo significativo, y despues la grita:

—Pero alza la vista... mira... ¡ahí le tienes!...

Casi en el mismo instante parábase una persona delante de la linda vendedora, que da un grito... acaba de reconocer al que esperaba hacia tanto tiempo...

Y sin embargo, el jóven ha cambiado enteramente su traje; ahora va vestido de pies á cabeza de *increible*, gasta polvos y lleva recogidos sus cabellos con un peine; viste frac á la moda de la época, y en su cabeza el sombrero redondo, de forma alta y puntiaguda, casi tocando con los ojos, y rodeado de una gasa; en fin, se ha quitado del todo sus patillas, que anteriormente adornaban muy bien su rostro.

Pero la mirada de un amante no se engaña, y puesto que Turlure habia adivinado al personaje,

con mucha mas razon debia ser conocido en seguida por Florentina, que ha palidecido balbuceando :

— ¡Sois vos... Dios mio!... vos... en fin...

— ¡Sí, querida Florentina!... ¡ah! creed que el tiempo me ha parecido muy largo... muy triste, lejos de vos!...

— Haber estado tanto tiempo... ¡Dios mio! hace mas de cinco meses... yo no sabia qué creer... qué pensar... creí que os habiais muerto!... Despues decia entre mí : ¡No, no ha muerto, pero me ha olvidado!...

— ¡Olvidaros... jamás! No ha pasado un dia, un momento sin que haya dejado de pensar en vos!...

— ¡Con que sois vos!... no puedo creerlo aun... temo estar bajo la impresion de un sueño...

— No, no; soy yo... ¡es vuestro Francisco, que vuelve á vos mas enamorado que nunca!...

— ¡Ah! qué placer se siente en oir hablar á la persona á quien se ama... sobre todo cuando hace tanto tiempo que no se ha oido su voz...

— Y yo me considero muy feliz al volver á veros... siempre tan linda... ¡ah! cien veces más aun!...

— Me parece que habeis cambiado algo en vuestro modo de peinaros y en vuestro vestido... ¡oh! pero todos los cambios posibles no me hubiesen impedido conoceros!

El jóven no finge hacer caso de esta última frase, y se vuelve para mirar tras él.

—¿Buscáis acaso á alguno?... temeis tal vez que me vean hablar con vos? murmura la jóven mirando tambien á todos lados con celosas miradas.

—No, no; temer yo que me vean hablar con vos... ¡oh! no creais eso!...

—Pero en fin, la última vez que os ví, ¿por qué me dejasteis tan bruscamente, sin responder siquiera á lo que yo os preguntaba?... y qué causa ha tenido esta ausencia tan larga... cuál ha sido?... ¡Ah! yo quiero saberlo, caballero; quiero conocer los motivos que os han tenido tanto tiempo lejos de mí... un hombre se acercó á vos... os habló al oído... ¿qué pudo deciros para que me dejaseis tan bruscamente?

El jóven toma un aire grave, y responde:

—Aquel hombre... aquel mandadero... fué enviado por un amigo mio para decirme que... mi madre estaba muy enferma, y que si queria verla necesitaba irme en seguida...

—Vuestra madre... ¡Oh! Dios mio!... pobre jóven!

—Ya debeis suponer que no vacilé... Esa noticia fué para mí un rayo... ya fuisteis testigo del efecto que en mí produjo...

—Sí... y yo que os acusaba... ¡Ah! qué mal hice!... vuestra madre!... se trataba de vuestra madre!... y... ¿no estaba en París?

—No, se hallaba en el mediodía de la Francia... cerca de Aviñon...

—¿Y os fuísteis al momento?...

—Sí, en seguida... encontré á mi madre muy débil y que sufría mucho... sin embargo, mi presencia pareció reanimarla, y durante algun tiempo me lisonjéé de conservarla aun; pero hace un mes... la perdí...

—¡Ha muerto!... ¡Ah! pobre jóven!...

—En seguida tuve que poner en órden mis asuntos... quise vender inmediatamente la propiedad que poseia mi madre, á fin de no tener que volver mas á un país que me recordaba un acontecimiento tan doloroso... todo esto me detuvo mucho mas tiempo del que yo hubiera querido... y... ya lo sabeis ahora todo.

Florentina, cuyos ojos están llenos de lágrimas, tiende su mano al jóven, diciéndole:

—A mí me toca pedir os perdon, porque os he acusado de caprichoso, de indiferente, cuando fbais á cumplir con los deberes de un buen hijo al lado de vuestra madre... ¡Ah! hice mal en acusaros... todo debe dejarse, olvidarse, para acudir al lado de una madre con objeto de cuidarla... Aun-

que me hubierais olvidado por ella, no os tendria mala voluntad...

— Pero bien sabiais, Florentina, que es imposible olvidaros... y que necesitaba este amor para venir aquí... A no haber sido así...

— ¡Cómo! ¿os hubierais quedado en ese país donde habeis sufrido tanto?...

Francisco vacila un momento, y luego responde:

— No quiero decir que me habria quedado allí... pero hubiera emprendido un viaje...

— ¡Dios mio!... ahora que pienso en ello, ha sido una fortuna que no os haya sucedido nada!...

— ¡Cómo!... ¿qué quereis decir?

— ¿No habeis estado en el mediodía?

— Sí, sin duda... en las cercanías de Aviñon.

— ¡Es que se asegura que anda por allí en este momento la famosa banda de ladrones que llaman los *Incendiaros*, y que van mandados por el terrible *Schinderhanne!*...

El jóven increíble frunce las cejas, sus facciones toman otra expresion, y murmura en tono bastante brusco:

— ¡Ah!... sabeis... ¿quién os ha dicho todo eso?

— ¡Toma! todo el mundo refiere aquí mil historias sobre los incendiarios mandados por ese *Schinderhanne*; ¡es cosa que hace temblar, estremecer!... Parece que esos miserables, no contentos

con robar, con matar por donde pasan, hacen sufrir martirios inauditos á los desgraciados á quienes quieren despojar! les ponen los piés al fuego para obligarles á decir dónde tienen oculto su dinero!... y los pobres que sufren esa tortura, no tienen muchas veces nada que declarar!...

— ¡Basta!... basta!... ¿Acaso debe darse fé á todas las necesidades que ois contar?

Florentina se calla, muy sorprendida del modo con que su novio acaba de responderle y del cambio singular que ha habido en su fisonomía y hasta en su voz; pero casi en seguida recobra este su aire amable, su voz mas dulce, y fija en ella miradas llenas de fuego, murmurando:

— ¡Querida Florentina!... ¿vamos á estar juntos para ocuparnos en esos cuentos de porteras? no tenemos cosas mas tiernas que decirnos?...

— ¡Oh! sin duda... pero ¿por qué estais hoy tan elegante?... Eso me priva en cierto modo de hablaros... yo os queria mas con vuestro vestido de otro tiempo...

— Y bien, si os agradaba más, me lo volveré á poner... por lo demás, me gusta bastante variar de traje... ensayando diferentes vestidos.

— ¡No veo en ello ningun mal... con tal que vuestro corazon no cambie como cambiáis de traje!

— Nunca, nunca, querida Florentina; pero ¡Dios

mio!... esa gente que nos rodea... que nos mira... esto es insoportable... no puede uno tomaros las manos, estrecharlas tiernamente en las mías... no puede uno permitirse la caricia mas inocente... y sin embargo, despues de haber estado tanto tiempo sin vernos, ¿no es muy natural sentir la necesidad de dilatar su corazon lejos de las miradas celosas?... ¡El temor que siento aquí es un verdadero suplicio!... ¡Ah! Florentina... si me amaseis como yo os amo, no me negariais esa cita que os pido hace tanto tiempo...

La jóven baja los ojos, se sonroja y murmura:

—¡Dios mio!... si tanto placer teneis en ello... no lo encuentro tan difícil... no quiero apenaros... y que dudeis de mi corazon...

—Consentís... ¡ah! soy el mas feliz de los hombres... esta noche á las once y media... en el bulevar que da frente á vuestra calle...

—Pues bien... sí.

—¡Ah! gracias!... gracias mil veces!... Ahora os dejo... me voy por temor que cambieis de resolucion...

—No... no... puesto que os prometo...

—Hasta la noche, querida Florentina, hasta la noche.

El jóven ha desaparecido, Florentina le busca aun con la vista diciendo para sí: ¡Teme que me

vuelva atrás de mi promesa!... ¡ah! es que no adivina cuánto le amo!... cuán feliz soy en haberle vuelto á ver!...

Y la fisonomía de la linda naranjera se ha transformado; la tristeza ha desaparecido reemplazándola una dulce sonrisa; sus ojos no se fijan ya en el suelo, y vuelve la cabeza hácia la vecina, que le dice:

—Vamos, ya veo que has hecho las paces, has cambiado de pronto como la decoracion de una comedia de mágia, de la que vi un poco en el teatro del Recreo Cómico... allá abajo, junto á la fonda Foulon... pero quieren dar comedias de mágia, y nunca han podido hacer bajar al diablo por escotillon!... siempre se ve obligado á salir por los bastidores!... ¡Decididamente, aquel no es un teatro... y luego aquella estufa en medio de la sala!... ¡bah! se parece mas bien al chiribitil de mi portero... ¡La otra noche habia allí un espectador que queria asar manzanas en ella!...

—¿Le conociste en seguida, Turlure?

—¿A quién? al espectador que queria asar las manzanas?

—No... ¡ya sabes de quién quiero hablar!

—¡Ah! sí! de tu lechuguino... tu increíble! porque ahora viene vestido de increíble... lo conocí en sus ojos que son como pistolas!... ¡Y te ha

dicho por qué ha estado tanto tiempo sin venir á hablarte?

— ¡Ya lo creo!... el pobre muchacho ha perdido á su madre!...

— ¡Ah! ¿no vivía en Paris?...

— No; la buena señora vivía muy lejos... en el mediodía...

— Mucho tiempo ha estado entonces para morir... ¡después de todo tal vez te habrá dicho alguna mentira!...

— ¡Ah! ¿Por qué supones eso?... no has visto que traía gasa en el sombrero?

— ¡Gasa!... como es tan difícil ponerse una gasa!... En fin... puede que sea cierto... soy una tonta en decirte esas cosas... yo, que estoy tan contenta de volver á verte alegre, feliz... ¡Anda! anda!... ahí viene corriendo Boursiquet... ¿qué me querrá ese necio?

El aspirante á mozo de café presenta á la señorita Turlure una contraseña, diciéndole:

— Un caballero acaba de regalarme esta contraseña del teatro de la Alegría... id pronto á ver un acto del melodrama nuevo... parece que hay muy poca gente, y, sin embargo, dicen que es magnífico... *Elisa ó el Triunfo de las mujeres*, desempeñado por la señorita *Julia Parizet*... ¡Esa sí que es buena actriz!... y qué mujer tan bien formada!...

ella es la que creó la *niña húsar* en el teatro de la Cité... parece que el traje de hombre la sentaba tan bien que no querían que volviese á vestir el de mujer...

—¿Qué hombres son los que trabajan en el drama? Eso me interesa mas que las mujeres...

—Trabajan Cazot, Saint-Aubin, Riviere y Marty... este último es un jóven enteramente nuevo en el teatro; pero dicen que adelantará, porque tiene mucha pasion por su arte...

—Bien, voy á ver un acto; ¿pero quién tendrá cuidado de mi puesto?

—¡Pardiez! señorita, ya sabeis que aquí estoy yo para reemplazaros, siempre que sea de vuestro agrado...

—Corriente... en ese caso quedáos ahí, amigo Boursiquet. Por lo demás, no tendreis mucho que hacer; esta noche nadie quiere mi mercancía... pero no importa... quedáos al cuidado de ella...

—Id tranquila, señorita, no me muevo de aquí... Me considero tan feliz cuando me siento en lugar vuestro, en vuestra silla... ¡hasta me dan dolores de vientre!...

—¡Pues me gusta! exclama la vendedora de alajú; ¡eso solo nos faltaba!

Turlure se ha arreglado su gorra coquetamente y corre hácia el teatro de la Alegría.

Florentina no advierte nada de lo que pasa á su alrededor; la noche le parece larga; algunas veces teme haber hecho mal concediendo la cita; pero el amor triunfa muy pronto de sus aprensiones: todos los goces que ofrecen un peligro que correr, ¿no son los que seducen más?

En fin, los espectáculos han concluido. Los vendedores se han retirado, y solo quedan los puestos de tortas y pastelillos rellenos de manzanas, que continúan vigilados por Boursiquet. El pobre muchacho no se atreve á dejar su plaza; pero murmura á cada instante:

— ¡Esto ya pasa de castaño oscuro! el espectáculo ha concluido, y la señorita Turlure no vuelve... ¿qué es lo que puede hacer sola en la sala?... ¡Probablemente estará hablando con algun hombre!...

Después de llevarse Florentina la mercancía á su casa, atraviesa la calzada y se encuentra en esos bulevares, — donde entonces no habia aun casas construidas, — y que estaban rodeados de zanjas amarillas.

En la época que pasan los acontecimientos que vamos refiriendo (en 1801), los bulevares, desde la calle de Menilmontant hasta la propiedad de Beaumarchais, estaban aun, por la parte del mediodía, adornados de grandes árboles, cuya som-

bra protegía á los paseantes y á las personas que iban á descansar en los bancos de piedra colocados de trecho en trecho. Durante el día este sitio era el paseo favorito de las criadas del barrio; pero por la tarde las parejas de enamorados sobre todo eran las que allí se citaban; porque cuando llegaba la noche reinaba gran oscuridad, y el sitio se quedaba muy solitario á lo largo de las zanjas amarillentas y bajo los árboles seculares que parecían protegerlos.

A las once y media dadas, el paseo se quedaba sombrío, desierto y hasta peligroso. Porque en esta época los bulevares apenas estaban alumbrados; no se conocía el gas, y los pocos faroles de trecho en trecho que aparecían en la calzada solo despedían una débil luz.

Florentina se adelanta sin temor por debajo de los árboles: nada hace desechar mejor el miedo que el amor; pero la linda jóven no anda mucho tiempo sin encontrar á una persona que se apodera en seguida de su brazo, que lo estrecha tiernamente bajo el suyo y lleva á sus labios la mano que le abandona.

—Sois vos... en fin, ya estoy á vuestro lado... puedo hablaros... sin que miradas indiscretas nos observen, sin que el primero que pasa pueda venir á interrumpirnos con el pretexto de compraros

alguna cosa... Florentina, ¿no participais de mi dicha?...

— ¡Oh! sin duda... y sin embargo, tal vez he hecho mal en concederos esta cita...

— Cuando se ama bien, ¿no debe sacrificarse todo al objeto de su amor?...

— Todo... menos el honor... la reputacion...

— ¡Oh! esas son palabras!... una pasion verdadera cede desde luego al impulso de su corazon... ¿se razona acaso... cuando bien se ama?...

— ¡Ah! Francisco!... ¿qué decis?... me habeis dejado comprender que queriais casaros conmigo... ¡Si yo cediese á vuestros deseos, si consintiera en ser vuestra querida, ya no me querriais por mujer vuestra!

— ¡Oh! no creais eso... sí, sin duda sereis mi mujer... pero es preciso que cambien las circunstancias...

— ¿Cómo? no sois dueño de vos? Vuestra madre ha muerto... y me habeis dicho que hace mucho tiempo habiais perdido á vuestro padre...

— En efecto... soy dueño de mi persona... pero quiero hablar de mi posicion de fortuna... que no es todavía como yo desearia...

— ¡Oh! yo no soy interesada...

— No digo que lo seais, pero no quiero que mi mujer venda naranjas... ¡qué vergüenza!... es-

puesta sin cesar á todas las miradas... no, no, quiero que esté en su casa, en una linda habitacion amueblada con gusto...

—¿Acaso pido yo tantas cosas?...

—Venid á sentaros allí, en aquel banco... estaremos mejor para hablar...

Florentina se deja llevar á uno de los raros bancos de piedra que se hallaban en una de las alamedas del ancho bulevar; una vez allí, el enamorado jóven pasa un brazo alrededor de la cintura de la jóven, la cual se defiende bastante mal de las muestras de ternura que hacen latir deliciosamente su corazon.

—Pero en fin, ¿cuando creéis que podreis casaros conmigo? murmura por lo bajo Florentina, despues de un instante de silencio, durante el cual el ardoroso hálito del jóven ha colorado las mejillas de la que tiene enlazada.

—¡Oh!... espero que dentro de muy poco tiempo... tengo algunos créditos que cobrar...

—Pues bien, amigo mio, puesto que teneis intencion de retirarme de esa vida, tan agitada para mí, nos iremos á vivir al campo, si no os desagrada... ¡Ah! me gustaria tanto vivir en el campo!...

—Haré cuanto querais... quiero realizar vuestros menores deseos...

— ¡Oh! Dios mio!

— ¿Qué teneis?

— Por allí abajo acaban de pasar dos hombres... ¿no los habeis visto?

— Sí... en efecto...

— ¡Ah! Francisco, tengo miedo!.. este sitio está tan oscuro, tan desierto á estas horas...

— Verdad es que algunas veces ha habido aquí lances desagradables...

— Vámonos... no quiero estar aquí más...

Florentina ha tomado el brazo del jóven, y echan á andar, llevándose de la mano y cambiando tiernos suspiros. El camino no era largo, y pronto llegan á la calle de las Hijas del Calvario, ánte la alameda de la casa dónde vive Florentina. Esta tira del boton que abre la puerta, diciendo:

— Adios, amigo mio, ¿supongo que mañana volveré á veros?

— ¡Adios! cómo! adios ya! me despedís cuando apenas hemos hablado diez minutos! ¡Oh! no puedo consentir en dejaros ya... por favor, querida Florentina, dejadme que suba con vos... que podamos hablar aun algun tiempo... y tan pronto como me lo ordeneis partiré.

La jóven vacila y murmura:

— Recibiros... en mi cuarto... ¡Oh! no, me parece que eso no estaria bien.

—¿Por qué razon?... Eso no puede comprometeros... á estas horas... ¿quién lo ha de saber?... porque en vuestra casa no hay portero?

—No... pero...

—¿No soy vuestro mas sumiso esclavo?... Y despues de haber estado tanto tiempo sin vernos, ¿creéis que bastan los pocos minutos que acabamos de pasar juntos?... ¡Ah! si me despedis tan pronto, es porque no me amais!

—¿Que no le amo, dice!... pues bien... pero ¿me prometeis iros luego que yo os lo diga?

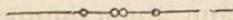
—Os lo prometo...

—¿Estareis media hora nada más!

—Estaré lo que querais...

—Pues bien, entonces venid...

Florentina entra en su casa con Francisco... y pasa la noche entera sin que el jóven haya salido de ella.



## IX.

### LA FAMILIA ROBERVAL.

No se habrá olvidado que en la primera representación de *El Hombre de las tres caras*, el caballero de Merillac empezaba á hablar con una señora muy bien parecida, cuando un ratero, robándole su reloj, interrumpió esta conversacion tan brutalmente.

Pero una vez cogido el ladron, el caballero volvió á su puesto, que le habia guardado su amigo el señor de Germancey. Este último, despues de haber instado en vano al señor de Merillac para que se pusiese á su lado, donde habria estado mucho mejor para ver, se sonrió mirando á la linda dama calocada en la última fila de la galería, y se alejó diciendo á su amigo:

— Siempre el mismo, ¡lo veo!...

— Sí, sí... al menos el mas tiempo posible...

— Vamos, buena suerte, ¡caballero!

Habiéndose alejado el señor de Germancey, Merillac no piensa mas que en reanudar la conversacion con la linda dama.

Es mujer de veintiseis á veintisiete años, rubia,

fresca , algo metida en carnes, y dejando ver medianamente un pecho y unos hombros que valian en efecto la pena de ser admirados. Su rostro, sin ser gran cosa en detalle, formaba, sin embargo, un conjunto muy grato; sus ojos azules no eran grandes, pero sí muy expresivos; en cambio, su boca era grande, pero bien adornada; sus dientes exactamente iguales y de una deslumbrante blancura; así, no necesito decir que esta dama reia con frecuencia; que á la menor palabra, que muchas veces no valia la pena, lanzaba una carcajada, de modo que os dejaba tiempo para que admiraseis las treinta y dos perlas que adornaban su boca. Cuando una dama se empeña en enseñar tanto lo que tiene bueno, hace concebir muchas esperanzas á los que suspiran por ella.

El caballero, que habia pasado gran parte de su vida estudiando á las mujeres, dijo para sí al ver que por una palabra, por casi nada hacia esta dama ostentacion de sus dientes :

— Creo que esta plaza es susceptible de ser atacada ; ó mucho me engaño, ó capitulará.

Por otra parte, el señor de Merillac se hallaba aun en edad de agradar : tenia cuarenta años y no los representaba; era buen mozo, de figura agradable, y además, tenia ese perfume de buena sociedad, esos modales que revelan en seguida al hom-

bre *comme il faut*, y en aquella época, despues de haber incensado á los *sans-culottes*, se empezaba á ver con gusto á los que llevaban con gracia un frac.

La conversacion se habia reanudado fácilmente; la linda dama no estaba sola; una especie de acompañante iba con ella, mujer de edad, pero que no se permitia mezclarse en la conversacion, y no hablaba sino cuando su ama la preguntaba: era una compañía poco molesta.

Al mismo tiempo que hablaba, la dama de los dientes bonitos dijo muchas veces:

— Con tal que mi marido venga á buscarme... ha dicho que vendria, ¿no es verdad, Margarita?

Margarita responde:

— Sí, señora; el señor dijo que vendria... ¡á no ser, sin embargo, que tenga que quedarse en Ville d'Avray, á donde iba esta tarde!

— ¿Pero qué ha de tener que hacer en el campo en ésta época?...

— La señora olvida que el amo está haciendo obra... que tiene allí los obreros...

— ¡Ah! es verdad!... pero hace ya tanto tiempo que tiene los obreros!... habrá hecho tal vez un castillo de nuestra casa... ¡Yo creo que no la he de conocer!...

Y esta última frase va acompañada de una car-

cajada. Durante este tiempo el caballero ha hecho estas reflexiones: Es una señora casada... muy bien... esas plazas no son tan inatacables, tanto mas, cuanto que el marido no me parece que debe ser muy celoso, puesto que deja que vaya su mujer al teatro sin él, y pasa una parte del tiempo en el campo sin ella.

Hechas estas reflexiones, el señor de Merillac no deja de decir á la dama que se consideraria muy feliz en servirla de caballero y acompañarla hasta su puerta, si su marido no va á buscarla; y la señora le da gracias, protestando que no quisiera abusar de la bondad de nadie; pero todo esto dicho de un modo que anunciaba positivamente que solo se rehusaba por fórmula.

Y como el marido no habia ido á buscar á su mujer á la conclusion del espectáculo, el señor de Merillac fué admitido por compañero de camino; procuró que la dama y su criada subieran en un carruaje; pero la linda vecina declaró que preferia ir á pié, porque hacia muy buen tiempo, y después de toda una noche pasada en una atmósfera de fuego y malsana sentia un gran placer en aspirar el aire libre de la calle.

Pusiéronse, pues, en camino, aceptando la dama el brazo de Merillac, yendo al lado de su ama la criada y guardando siempre un respetuoso silen-

cio. Pero el caballero, naturalmente hablador, y que además tiene interés en que le conozcan, no deja de decir á la dama lo que es, su nombre, su nacimiento, su posicion antes de la revolucion, y, por último, su emigracion y su regreso á Francia.

La linda dama parece muy halagada de llevar de acompañante á un jóven, un noble, un hombre del gran mundo, y cuyo nombre va precedido de una partícula. Se apresura á corresponder á su confianza, diciéndole :

—Yo, caballero, no soy mas que una simple plebeya, lo mismo que mi marido. He nacido en Rouen, hija de modestos comerciantes, bastante poco afortunados y á quienes no enriqueció la revolucion...

—Les doy mi enhorabuena, señora.

—En Rouen fué donde conocimos al señor Roberval... así se llama mi marido. Pidió mi mano á mis padres. Roberval era entonces simple dependiente de una casa de banco... pero yo no tenia derecho á esperar más. Nos casaron y permanecimos un año en Rouen. Pero mi marido era ambicioso, queria enriquecerse, y como supone que solo en Paris se puede hacer fortuna, nos venimos á establecér aquí... lo cual, por otra parte, era muy de mi gusto. El señor Roberval dejó su casa de banco, se lanzó á los negocios y fué en ellos

muy afortunado, segun parece, porque de algun tiempo á esta parte nuestra posicion ha cambiado enteramente. Somos ricos, ó al menos vivimos con holgura; así debo creerlo por el tren que llevamos; porque mi marido no quiere nunca que yo le pida la noticia mas pequeña sobre el estado de sus negocios... se contenta con responderme: «Tienes todo lo que quieres, ¿no es verdad? Pues bien; ¡adórnate, diviértete, recibe á mucha gente, invita á todas las personas que quieras y no te ocupes en lo demás!» ; A fé mia, caballero, he obedecido á mi marido! Recibo mucha gente, doy con frecuencia *soirées*, donde se juega á la *bouillote*, al *reversi*, los juegos mas de moda; muchas veces tambien se baila y se toca el piano; en fin, trato de divertirme todo lo mas posible, y en esto ya veis que no soy digna de que me censuren, puesto que no hago mas que seguir las órdenes de mi marido.

Esta última frase termina naturalmente con una carcajada. Pero como está oscuro y van por el bulevar, la señora de Roberval no deja expuestos sus dientes al aire tanto tiempo como en el teatro.

Como esta dama habia anunciado que tenia permiso para recibir á todas las personas que quisiera, el señor de Merillac la pide el favor de ir á ofrecerle sus homenajes, favor que se le concede en seguida sin vacilacion alguna, contestando la dama

que su marido se veria muy favorecido al recibir en su casa al caballero de Merillac.

De seguro que no era por conocer á Roberval por lo que el señor de Merillac deseaba ir á su casa; pero cualquier galan que quiere hacer la corte á la señora, ¿no debe procurar tambien ser bien recibido del marido? En todas las cosas de este mundo es muy raro tener los beneficios sin tener las cargas. Esta no es una de las menos pesadas que se encuentran en el mundo civilizado.

El señor de Merillac obtuvo, pues, sin dificultad permiso para galantear á esta linda dama, risueña y regordeta, á la que habia conquistado en el teatro del Ambigú-Cómico: debe suponerse que no dejó de aprovechar la ocasion, despues de haber tenido, sin embargo, el cuidado de preguntar á qué hora se hallaba en su casa el señor de Roberval, al que queria ser presentado. Pero esto solo era una táctica habitual de nuestro seductor, que siempre se informaba de la hora á que se hallaba el marido, á fin de saber las en que estaba ausente: durante estas últimas iba á ver á la señora.

Muchas visitas se han sucedido, y el caballero se ha arreglado de modo que jamás ha encontrado á Roberval en su casa; en cambio, ha sido muy bien recibido por la señora: ¿es afortunado en sus amores? Esto es lo que nadie podia saber; solo

se podia notar que á la dama de los dientes bonitos no le habia parecido mal que su nuevo conocido no fuese nunca sino en ausencia de su marido.

Pero al cabo de algun tiempo, la señora de Roberval reflexionó que podia ser imprudente guardar para ella sola el honor de recibir á un título, y que ya era tiempo de hacer partícipe de esta honra á su esposo; advirtió, pues, á este que en el teatro habia conocido á un *ci-devant*, así era como se designaba todavía á la antigua nobleza, y que este *ex-noble* habia aceptado la invitacion de ir á su tertulia.

El señor Roberval se mostraba siempre muy satisfecho de recibir mucha gente, y felicitó á su señora por esta invitacion. Ya veis que este señor era un marido muy cómodo; pero siempre los ha habido así, antes de la revolucion, durante la revolucion y despues de la revolucion.

El señor de Merillac se decidió, pues, á ir á casa de aquel á quien miraba como un *tratante*, nombre que se daba entonces á los ricos improvisados, y á ir cuando estaba seguro de que lo hallaria en su casa. El caballero, que gustaba de la sociedad, no sintió ver cómo aparecian los salones de Paris desde que habia dejado esta ciudad.

La reunion era siempre numerosa en casa del señor Roberval; habia una mezcla de todas las cla-

ses y todas las opiniones; el realista de pura raza contrastaba con el republicano; y los admiradores del primer Cónsul jugaban á las cartas con los partidarios del Directorio. Desde que el reinado del terror habia pasado, los franceses se mostraban ávidos de diversiones, de placeres, y la política veíase desterrada de las reuniones, lo que contribuía á que estas fuesen mas alegres. Verdad es que entre toda esta gente habia algunos ricos improvisados, quienes, al cambiar de traje, no habian podido cambiar de lenguaje, y adornaban sus discursos con frases mal sonantes; pero se hacia como que no se les oía, y si se reparaba en ello era para reirse, sin que su autor se diese por ofendido.

Los trajes eran tan variados como los personajes; allí se veian algunos fracs de seda del antiguo régimen, y muchos fracs nuevos de talle corto, y largos de faldones, adoptados por los lechuguinos ó increíbles de la época; despues la levita larga, recién llegada de Inglaterra, con las botas de campana; luego el pantalon ajustado y botas á la Souvaroff; despues el calzon antiguo y las medias de seda, que permitian á los hombres bien formados ostentar sus pantorrillas, lo que en un baile era realmente mucho mas elegante que esos horribles pantalones anchos, que en

nuestros dias bajan hasta el zapato ó las botinas.

— Los peinados eran tan variados como los vestidos; aun se llevaban polvos, coletas y alas de pichon; pero tambien se llevaba el peinado sin empolvar, con el pelo atado por detrás, ó levantado con un peine; en fin, veíanse ya algunas cabezas á lo *Tilo*.

El caballero tenia sobre todo mucha curiosidad de conocer al amo de la casa, y ve que se apresura á saludarle.

El señor Roberval es hombre de cuarenta años; de estatura mediana, rubio, delgado, pero bastante bien formado; su figura es simpática, y á primera vista debe agradaros, porque su aire es amable, su boca sonrie casi siempre; en cuanto á sus ojos, es bastante difícil juzgarlos bajo las gafas que lleva constantemente; todo lo que se puede adivinar es que son de un azul claro y muy salientes.

Sin embargo, observando con mas atencion á este señor, se ve que tiene la frente muy hundida, mientras su barba, por el contrario, avanza mucho, su nariz está perfectamente conformada para usar gafas, su boca es delgada, fina, y la sonrisa que dirige á sus interlocutores, siendo siempre exactamente la misma, puede suponerse que la amabilidad que afecta este señor es una costumbre que

ha tenido, y que no implica nada en sus verdaderos sentimientos; de una urbanidad casi obsequiosa con todo el mundo, el señor Roberval parece dotado de una vivacidad extrema; va y viene sin cesar, y no está un momento quieto; no habla dos minutos con uno sin mirar á cada instante á derecha é izquierda, y si nota que algunas personas hablan en voz baja, no deja de acercarse á ellas para conocer el objeto de su conversacion.

Tal es el señor Roberval, que ya ha adoptado el peinado á lo Tito: demuestra al señor de Merillac todo el placer que tiene en recibirle, y le ruega que le honre con sus visitas las mas veces que pueda y que mire aquella casa como suya. Despues termina su discurso alargando su mano al caballero, que no acostumbra dar tan pronto la suya á personas á quienes ve por primera vez, y casi siente repugnancia en estrechar la de este caballero; sin embargo, hay cosas á que es imposible negarse bajo pena de aparecer incivil, y además el caballero era deudor cuando menos de esta galantería al marido de la linda dama, con la que ya habia tenido muchas entrevistas; da, pues, su mano á Roberval, que la estrecha fuertemente en la suya, mirando al mismo tiempo á derecha é izquierda del salon.

Hecha la presentacion, Merillac se apresura á ir

á ofrecer sus homenajes al ama de la casa, que le dice al oído:

— Y bien, ¿habéis visto á mi marido?... os ha gustado?

— ¡Sí, en verdad! para marido me gusta bastante... pero, sin embargo, mucho menos que su mujer!

— Ha estado amable con vos, ¿no es verdad?

— ¡Muy amable!... ¡Ha llenado todos mis deseos! me ha estrechado la mano como si me conociera hace quince años!

— ¡Es su costumbre!

— ¡Oh! ya me lo figuraba... son efusiones que á nada comprometen.

— Os ha invitado á que vengais con frecuencia, ¿no es cierto?

— Sí. ¿Pero supongo que esa será tambien su costumbre con todo el mundo?

— ¡Oh! qué malo sois! creer que se os trata como á todo el mundo!... eso es muy mal hecho... Vamos á ver, ¿no os agrada mi marido?

— ¡Por supuesto! muy descontentadizo habia yo de ser...

— Señor de Merillac, ¿teneis un modo de decir las cosas que parece que os estais burlando aunque diijais un cumplido!

— ¡Bella dama! en este instante soy yo quien

podría llamaros mala por creerme capaz de burlarme de personas de quienes no he recibido sino favores!

— Perdonad, he hecho mal... me chanceaba...  
¿Qué os ha parecido nuestra sociedad?

— ¡Muy numerosa!

— ¡Oh! no lo habeis visto todo! aun tiene que venir más!

— ¡Veo que recibís mucha!

— Cuanta mas gente tenemos, mas contento está mi marido. ¿Os han parecido guapas esas damas?

— Aquí no hay para mí mas que una guapa, y ya sabeis cuál es.

— ¡Cuidado! voy á volver á creer que os estais burlando. ¡Ay! Dios mio! ahí viene la señora Ragoulot... tengo que ir á recibirla... su marido es millonario, segun se dice... ya comprendeis que merece consideraciones... y luego es una señora muy distinguida... ¿es una ex-noble, una baronesa que se ha casado con el señor Ragoulot!...

— Efectivamente... y en verdad que esa señora es muy bella... Sí, la conozco... la he visto en sociedad, es hija del baron de Hautefutaie.

— ¡Justamente!

— Id, mi querida señora, á ejercer vuestras funciones de ama de casa; yo voy á saludar á vuestros numerosos convidados... despues iré á

ofrecer mis respetos á la señorita de Hauteputaie... no, quiero decir, de la señora de Ragoulot.

El caballero pasea por las dos piezas donde circulaban los tertulianos : una de ellas estaba ocupada con dos mesas de *reversi* y una de *bouillote*; en esta última se jugaba bastante fuerte; entre todos un caballero muy encendido de color, con el cuello metido en una inmensa corbata, y cuya fisonomía comun respiraba ese orgullo de los necios que creen que todo les está permitido porque son ricos. Este señor daba grandes risotadas á cada mano que ganaba, y no dejaba de gritar : « ¡ *Lez he ganado todo zu dinero !* ¡ *Tengo una zuerte inzolente !* »

Merillac no puede menos de sonreír al oír el lenguaje de este caballero ; algunas personas hacen lo mismo que él, pero los otros jugadores no paran en ello la atención ; parecen acostumbrados á la *jerga* con que este caballero esmalta su conversacion.

Roberval, que continúa yendo y viniendo por los salones, como si tuviera azogue en los piés, se acerca á Merillac y le dice :

- ¿ No jugais, caballero ?
- Ahora mismo jugaré una partida de *reversi*.
- ¿ No os gusta la *bouillote* ?
- No me gusta mucho. En Inglaterra jugábamos al *whist*... juego excelente.

— No lo conozco. ¡Ah! ¿habeis estado en Inglaterra?

— He pasado allí muchos años.

El señor Roberval parece reflexionar, se rasca la frente, frunce los labios y luego responde:

— Debeis tener allí muchos conocimientos.

— ¡Oh! seguramente; yo era recibido en las primeras casas de Londres.

— Pienso dar una vuelta por Inglaterra lo mas pronto posible; entonces me tomaré la libertad de pedir os algunas cartas de introduccion... de recomendacion...

— Con mucho gusto, caballero.

Roberval se escurre hácia otro lado, y el caballero dice para sí:

— El buen señor no se anda con cumplidos; es la primera vez que me ve, y ya me pide cartas de recomendacion... ¿Acaso conozco yo á este señor?... sé lo que hace?... No me gusta su voz de falsete... cualquiera diria que es una voz fingida; verdad es que su mujer es muy guapa, muy amable; pero esto no es una razon para que yo recomiende á su marido á la alta sociedad de Londres... Le he dicho que no me gustaba la bouillote... al contrario, ¡la adoro, qué diablos!... pero mi bolsa no me permite entregarme á esos excesos... ¡Vaya V. á alternar con ese buey que siempre gana y que á

cada instante está diciendo que tiene una *vena inzolente*! ¡Ah! qué razon tiene el proverbio que dice: «¡El agua va siempre al rio!» y el juego, la fortuna no favorece nunca sino á los que no la necesitan... ¡al fin, la fortuna es mujer, y como tal se porta!... Pero la señorita de Hautefutaie, tan orgullosa en otro tiempo con su nacimiento... haberse casado con un advenedizo... no vuelvo en mí del asombro...

El caballero acababa de detenerse junto á una mesa de juego. Dos señores, que no jugaban, hablaban á algunos pasos de él, y bastante alto para que pudiese oír toda la conversacion; en una reunion donde no se conoce á nadie, lo mejor que hay que hacer es escuchar lo que se dice, y además Merillac era naturalmente curioso; por otra parte, pronunciábase con bastante frecuencia el nombre del amo de la casa, y esta era buena ocasion para él de saber algunas noticias acerca de este caballero que queria ser recomendado; presta, pues, atencion al diálogo siguiente :

— Sí, preciso es que haga buenos negocios para llevar el tren de casa que ahora le veo...

— ¡Probablemente será un agiotista; hará negocios por alto!

— Mi querido señor Rigoulot, sabeis tan bien y mejor que yo, que para andar en agios se nece-

sita ante todo tener alguna cosa... yo he conocido á Roberval en Rouen, era un dependiente... no tenia un sueldo...

—Pero puesto que ha venido á Paris, será porque probablemente habrá reunido algo...

—No, puesto que pensaba volver á ocuparse aquí en su primer oficio, que dejó en Rouen, no sé por qué, pues tenia mucho talento...

—¿Qué hacia?...

—¡Era grabador!

—¡Grabador! yo no lo sabia!... pero ha hecho muy bien en dejarlo; ¿acaso se hace fortuna grabando?...

—¡Algunas veces!

—¡Oh! ahora no. Los negocios, mi querido amigo, los negocios, eso es lo único para hacer fortuna... y si no, aquí estoy yo, he comprado algunos bienes nacionales... he vuelto á vender despues... he ganado en todo eso... y aquí me tenéis millonario, amigo mio!...

—¡Ah! pero vos, señor Rigoulot, teniais algo para empezar...

—Yo... no mucho á fé mia... pero jugué á la ruleta, tuve suerte... y una vez en vena la cosa marcha por sí sola...

—¡Calle! puede que Roberval haya hecho tambien fortuna jugando á la ruleta!...

— Por lo demás, parece que tiene negocios en Italia, me ha pedido una carta de recomendación para Turin, de donde acaba de llegar...

— Sí, viaja con frecuencia...

En este momento, el jugador de *bouillote* ve al otro extremo de la pieza al señor Rigoulot, y se pone á gritarle con voz estentórea:

— ¡Eh! Rigoulot! eh! aristócrata!... ven á echar con *nozotros* un par de *manoz* de *bouillote*... yo *estoy de vena*, acabo de *dezplumar* á Duroquoy, ven á dejar aquí tus escudos de seis libras á la vaca... tú que tienes muchos... da *unoz pocoz á tuz amigoz*...

El millonario no es insensible á esta adulación, y se dirige hácia la mesa de juego, diciendo:

— ¡Vamos, preciso es hacer todo lo que quiere este Mouchenez!... ¡ah! ¿tú estás en vena? pues bien, vamos á bajarte un poco el orgullo, á fin de que no charles tanto!

— *Ezo bien puede zer... tu erez* un hombre sólido!... pero ya ves, yo teago una *zuerte* deshecha, y contra la *zuerte* no hay que luchar.

El señor de Merillac se aleja de la *bouillote*, porque las frases del señor Mouchenez le desgarran los oídos. Pasa á otro salón, pensando en lo que acaba de oír respecto al amo de la casa, lo cual

le quita las ganas de recomendar á dicho señor.

Merillac hablaba con la señora de Roberval, cuando el caballero de la extraña pronunciaci3n se acerca á ellos exclamando :

— ¡Y bien, aquí me *teneiz!*... me han *dezplumado* á mi vez!... ¡Me han robado!... me lo han cogido todo!...

— ¡Ladrones!... ¿á dónde?... á dónde hay ladrones? exclama el amo de la casa que acaba de pasar, y se ha detenido al oír pronunciar estas palabras.

— ¡Ahora los hay en todas partes!... responde Merillac, no se oye hablar de otra cosa que de gentes detenidas...

— ¡Ah! en los bosques!... en los bosques!...

— ¡Pues me gusta lo que dice Roberval!... en los bosques... si creeria que los ladrones habian de venir á atacarnos á nuestras casas!...

— No, pero yo creia que hablabais de los incendiarios... por ahora están en el Mediodía, con su jefe el famoso *Schinderhane*.

— Ladrones, incendiarios... todos esos no son mas que *chuanes*, y no otra cosa!...

— ¡*Chuanes!* exclama Merillac con el acento de la cólera; y ¿con qué derecho acusais á los chuanes de ladrones?

— ¡Con qué derecho! calle!... ¿se necesita

acaso derecho para decir eso?... ¡Lo digo... porque todo el mundo lo dice!...

—No, señor, todo el mundo no puede tener esa opinión; los chuanes eran partidarios de la causa real, hacían una guerra política, y si combatían en los bosques y detrás de las malezas, era porque su corto número no les permitía organizarse en tropas arregladas; pero nunca atacaron al ciudadano pacífico...

—Después de todo *ezo puede zer*, y mas vale así...

Y el señor Mouchenez se aleja murmurando:

—¡Apuesto á que el que ha dicho eso ha sido uno de ellos!...

El señor Roberval estaba aun al lado del caballero cuando uno de sus convidados se acerca á él diciéndole:

—Tomad, mi querido amigo; me habiais pedido una carta de recomendacion para Bélgica; aquí teneis una para una de las casas de comercio mas principales...

—¡Ah! gracias! gracias! se apresura á responder el amo de la casa, que parece, sin embargo, contrariado de que se la hayan traído delante del señor de Merillac, y se aleja con su nuevo interlocutor.

En cuanto al caballero, sale de casa del señor Roberval, diciendo para sí:

— ¡Vaya una reunion extraña! vaya una gente rara!... y sobre todo vaya un amo de casa!... pero ese señor abusa demasiado de las cartas de recomendacion!... ¿qué será?...

## CONFIDENCIA MAL RECIBIDA.

Cuando una mujer ha cometido una falta, cuando ha concedido todo á su amante, los papeles cambian: el que suplicaba, promete; la que rehusaba, pide.

Una vez que habia pasado Francisco la noche en casa de Florentina, esta no tenia ya motivo alguno para negarse á recibirle en su casa; al contrario, ahora era ella la que le esperaba, la que lo deseaba, la que se entristecia cuando no iba. Porque desde que podia ver en su casa á la linda naranjera, el jóven no iba á hablarla sino muy rara vez al bulevar; cuando aquella se quejaba de esto, cuando preguntaba á su amante por qué no iba ya á hablar un poco con ella durante el dia ó por la noche, no dejaba de responderla que obraba así por interés á su reputacion y para que no se adivinase la intimidad que existia entre ellos.

Florentina le respondia:

—¿Qué me importa ahora lo que piensen de mí? Yo os lo he sacrificado todo, amigo mio, y con tal

de que no dejeis de amarme, lo demás me es indiferente.

— Y yo no quiero que nadie piense mal de vos, respondía el jóven. Quiero que se os respete, que os crean honrada; porque si se supiera que teneis un amante, otros mil intentarían suplantarme y tratarían de agradaros; porque en amor, por regla general, se dice que solo el primer paso es el que cuesta, y que una vez dado este, los otros se dan muy fácilmente.

Sin embargo, había una persona ante la cual se hubiera sonrojado de su debilidad la linda naranjera, una persona á la que no se atrevía ya á mirar como en otro tiempo, porque temía que leyera su falta en sus ojos. Cuando el señor de Germancey iba á hablar con la que siempre llamaba su hija, Florentina se sentía sonrojar, se volvía tímida, se sobrecogía, no usaba ya con él de aquella franqueza y alegría de otro tiempo. Evitaba con cuidado hablar de sus amores, y cuando el señor de Germancey la dirigía algunas preguntas respecto á esto, respondía vagamente y se apresuraba á cambiar de conversacion.

Pero el señor de Germancey tenía demasiado tacto, demasiado conocimiento del corazon humano para no haber leído en seguida en el de la jóven. Al ver que Florentina no quería ó no se atrevía ya

á concederle toda su confianza, era demasiado discreto para querer arrancarle un secreto fácil de adivinar. Habia, pues, dejado poco á poco de preguntarla en qué estado se hallaban sus amores, é iba con menos frecuencia á hablar con Florentina, no porque la profesara menos amistad, sino porque se duda de la que no nos manifiesta ya entera confianza.

— ¡Pobre niña! decia entre sí el señor de Germancey luego que vió retratadas en la frente de la jóven la pena y la tristeza. ¡Alguna cosa me dice que ha colocado mal sus afecciones!... Prometí á su madre que velaria por ella... este juramento que hice á la señora Bernard no lo he cumplido, dejando que Florentina se abandone á una pasion que puede ser su desgracia... Si al menos yo conociera al que ella ama... si yo le hubiese visto... ¡ah! le habria obligado de grado ó por fuerza á que me hablase con franqueza.

Estas reflexiones se agolpaban con tanta frecuencia al ánimo del señor Germancey que un dia va á buscar á la que se las sugiere, y al verla con el aire mas abatido que de costumbre, la dice:

— Mi querida niña, tal vez vais á encontrarme indiscreto... pero observo que no teneis ya vuestra alegría, vuestra serenidad de otro tiempo, y hasta vuestra salud parece que se ha resentido de ese

cambio de vuestro humor... ¡Oh! perdonadme si os digo todo esto... he vacilado mucho tiempo... porque he visto que ya no poseo vuestra confianza... Esto no es quejarme... la confianza no se impone... se inspira... pero yo creeria faltar al juramento que hice á vuestra buena madre, si no procurase que fuerais feliz.

Florentina no ha podido oír estas palabras sin que su frente se cubra de un vivo carmin... baja la vista balbuceando :

— Os aseguro, señor, que no tengo pena... ninguna pena que confiaros...

— ¡Es decir, que ya no quereis confiármelas!... que ya no me mirais como vuestro mejor amigo!...

— ¡Oh! señor!... no creais eso!... vos tan bueno, tan indulgente para mí!...

— ¡Vamos á ver, mi querida Florentina, dejémonos de todos estos inútiles rodeos! Voy á hablaros con toda franqueza... vos amais á alguno... me lo habeis confesado... y ¡á vuestra edad, el amor es la vida; es la dicha ó las lágrimas! Pues bien, hace muchos meses debiais haberme hablado del que ha sabido hacerse dueño de vuestro corazón... ¿Por qué no lo habeis hecho?... os ha abandonado?... os ha hecho traicion?... os ha sido infiel? ó es que le separa de vos algún acontecimiento?... Convenid que vuestro silencio respecto á esto

no es natural, y que debo admirarme con mucha razon.

— Sí... sí... teneis mucha razon, señor, murmura Florentina avergonzada y confusa á la vez. Yo habria debido deciros... ¿pero que os habria dicho de nuevo?... Amo á Francisco... y no tengo razon alguna para dudar de la sinceridad de su amor...

Una ligera expresion de descontento se deja ver en la fisonomía del conde, que continúa despues de un momento:

—¿Entonces continuais viendo á ese jóven?

—Sí, señor.

— Nunca le veo aquí á vuestro lado cuando paseo por estos bulevares...

— Es que... cuando Francisco viene á hablarme... es casi de noche... algo tarde...

— Mi querida Florentina, no creais que lo que me guia es vana curiosidad... os habia rogado que me enseñaseis al que amais... si deseo conocer á ese jóven, es porque quiero asegurarme de si es digno de vuestro amor... Me respondereis que es algo tarde para hacer esta prueba, y que os será casi imposible dejar de amarle... Por mi parte os diré que siempre es bueno saber á quién se confía su dicha... y que, por otra parte, mis consejos, mis cuerdos avisos, no pueden ser mal recibidos de

aquel á quien amais... si sus intenciones son en efecto honradas.

— ¡Oh! teneis razon, señor, sí, vuestros consejos siempre deben ser buenos... perdonadme si de algun tiempo á esta parte los he olvidado... si no he dicho á Francisco que mi protector, mi respetable amigo, deseaba verle...

—Os perdono, querida niña; pero si no os contraría que yo conozca á ese... Francisco...

— ¡Al contrario, señor, tendré mucho gusto en ello!...

— Pues bien... hoy es lunes... el sábado próximo, á las ocho de la noche, vendré á dar un paseo por el bulevar y á saludaros... ¿supongo que de aquí á ese dia vereis á vuestro enamorado?

— ¡Oh! así lo espero, señor!

—Entonces rogadle que venga tambien el sábado á la hora que os he indicado; de este modo podré ver á ese jóven. ¿Qué decis á esto?... os conviene?

—Sí, señor, ¡oh! no deseo otra cosa... así vereis á Francisco, y me direis qué opinais de él!

—Espero, hija mia, que no tendré nada malo que deciros... Así, pues, está convenido... hasta el sábado... á eso de las ocho...

—Sí, señor... hasta el sábado.

El señor de Germancey se ha alejado. Florentina

desea realmente que su protector pueda ver á su amante, y decirle la opinion que forma de él. La pobre jóven no tiene ya entera confianza en aquel que ha elegido su corazon, porque la conducta de su amante no es con ella la misma.

Los primeros dias, ó mas bien, las primeras noches que han seguido á aquella en que se lo concedió todo, su amante le ha demostrado el amor mas ardiente, la pasion mas viva; durante un mes entero no ha dejado de ir á verla una vez siquiera.

Pero al cabo de algunos meses, calmóse su ardiente fuego. En las visitas que recibia Florentina pasan frecuentes intervalos; su amante no dejaba de darle razones que motivasen este cambio en su conducta; despues el carácter del jóven era tan extraño, tan fantástico, tan caprichoso, que Florentina, á pesar de su amor, se habia alarmado mas de una vez. En efecto, tan pronto aparecia de un humor alegre, que se burlaba de todo y no concebía obstáculo alguno á sus deseos; pero con mas frecuencia mostrábase sombrío, inquieto, silencioso; en fin, el amante de la jóven permanecía á veces á su lado horas enteras sumido en sus reflexiones. Cuando Florentina, sorprendida de la desigualdad de su carácter, le preguntaba qué era lo que podia preocuparle así, la respondia Francisco

bastante bruscamente que esto no le importaba á nadie mas que á él.

Florentina veia llegar á su amante á eso de las doce de la noche, ora bajo un traje, ora bajo otro; era muy raro que dos veces fuese á su casa vestido del mismo modo, y algunas veces el cambio era tan grande, no solo en el vestir, sino en el peinado, el arreglo del cabello, su color y la expresion de la fisonomía, que la jóven quedaba llena de estupor, indecisa, dudando si debia abrir su puerta al que se presentaba.

Nunca estaba Francisco mas contento que cuando su querida no le conocia; y cuando le preguntaba la causa por qué se cambiaba así, hasta el punto de ponerse desconocido, se contentaba con reirse, respondiendo :

— Esto me divierte; quiero probarte que no solo los actores son los que saben cambiar su fisonomía.

En los primeros tiempos de su intimidad, Francisco llevó á su querida un bolsillo lleno de oro, diciéndole :

— ¡ Toma esto y cómprate lo que quieras, bien vestidos, encajes ó alhajas! ¡ Quiero que puedas satisfacer tus menores deseos! quiero que no te prives de nada!...

Pero Florentina se negó á admitir el dinero, respondiendo á su amante :

— Me he entregado á vos por amor... guardad vuestro oro... Cuando yo sea vuestra mujer... y entonces solamente, aceptaré todo lo que me deis, porque entonces vuestra fortuna será la mia, y todo será comun entre nosotros... Hasta entonces no quiero nada... nada mas que vuestro amor... si teneis interés en verme elegante, adornada como esas señoras que frecuentan el gran mundo, pues bien, amigo mio, apresurad el dia de nuestra union, porque ese dia trataré de aparecer tan bella como lo deseais.

Francisco no habia vacilado, y al mismo tiempo que no hacia mas que responder con vaguedad á lo que Florentina le decia relativo á su union, para lo que siempre hallaba algunos obstáculos que hacian aplazar el momento, se volvió á guardar su oro en el bolsillo; pero dos dias despues colocaba en el dedo de su amante una sortija magnífica, en la que, en fondo de esmalte, formaban una lindísima corona diamantes casados con rubíes, y como la jóven pretendia que esta alhaja era demasiado hermosa para ella, exclamó:

— No hay nada demasiado hermoso para la mujer á quien yo amo, y espero que no rehusareis esto, que es una prenda de amor.

Florentina comprendió que insistiendo en rehusar habria ofendido á su amante; aceptó, pues, la

sortija; pero como conocia que tan rica alhaja habria parecido ridicula en el dedo de una naranjera, nunca la llevaba cuando se ponía á despachar en el puesto, y esperaba á ponérsela en el momento en que abandonaba el bulevar y su amante acostumbraba ir á verla á su casa.

Despues de su conversacion con el señor de Germancey, Florentina se decide á hacerle conocer al hombre á quien ha entregado su dicha: la conducta, el carácter de su amante son cada dia mas extraños; los obstáculos que halla sin cesar para que su union se lleve á efecto empiezan á inquietarla.

Pero lo que atormenta sobre todo á Florentina es que las visitas de Francisco se vuelven cada vez mas raras, y, lo que no habia sucedido aun, han pasado cinco dias sin que ella le haya visto cuando el señor de Germancey le indicó la cita para verse con él.

— ¿Vendrá Francisco esta noche? dice para sí Florentina luego que el conde la ha dejado; ¿podré decirle que venga aquí el sábado?... Aun no le he hablado del señor de Germancey... Cuando Francisco está á mi lado, me es imposible pensar en otra cosa que en mi amor... ese hombre ejerce en mí un imperio extraordinario... ¡le amo!... y, sin embargo, algunas veces me parece que lo que me inspira es terror!

La linda vendedora desea que concluya la tarde para volverse á su casa y esperar allí á su amante.

Pero en vano está en vela Florentina hasta las tres de la mañana con la esperanza de verle llegar. Pasa la noche, y Francisco no parece. La imaginacion de la jóven crea en seguida mil accidentes, mil desgracias que pueden haber ocurrido á su amante; lo que aumenta su pena es que no sabe á dónde dirigirse, á dónde ir para obtener algunas noticias acerca de aquel; siempre se ha negado á decirle dónde vive bajo pretexto de que no se consideraba en su casa sino cuando iba á verla, y que para darle las señas de su habitacion queria esperar á tener una digna de recibirla.

En fin, á la siguiente noche, á eso de las dos de la mañana, llama Francisco á la puerta de Florentina: va vestido con blusa, pantalon con botines y gorra.

— ¡En fin, sois vos! exclama Florentina al ver á su amante en sus brazos. ¡Ay! amigo mio, qué inquieta estaba!... hace siete dias que no os he visto!...

— Sí... lo sé ..

— Sin duda habeis estado enfermo...

— Sí... un poco...

— Ya veis que haceis muy mal en no querer decirme dónde vivis... con una palabra que me hu-

bierais dicho habria corrido á vuestro lado... os hubiera cuidado, velado... ¿Acaso no hubiese sido mas grato para vos que tener que recurrir á extraños?

Una amarga sonrisa se dibuja en los labios del jóven, que responde:

—No pensemos ya en eso... estoy curado...

—¿Pero no os apenaba estar tanto tiempo sin verme?

—Sí... sí... ¡pero ahora ya os veo!...

—Si yo hubiera sabido las señas de vuestra habitacion no habriamos estado tanto tiempo separados... Así es que quiero que esta noche misma me lo digais...

El jóven golpea el suelo con impaciencia exclamando:

—¡Cuando á las mujeres se las pone algo en la cabeza, ni el diablo, ni todo el infierno consiguen hacer que desistan!... ¡No hay mulas mas testarudas!...

Florentina se queda desconcertada, y se calla; despues, atribuyendo el mal humor de su amante á su enfermedad, se apresura á servirle la cena, diciéndole al mismo tiempo:

—Perdonadme, amigo mio; he hecho mal, puesto que os he disgustado... ¿Vais á tomar algo?

—Sí... si me acompañais.

— ¡Oh! sí; ahora soy feliz... me figuraba que ya no me amabais, Francisco.

— Así son todas las mujeres... en seguida se figuran que ya no se las ama... ¡Como si un hombre no pudiera tener otras cosas en qué pensar mas que en el amor!...

El amante de Florentina se ha sentado delante de una mesa en la que hay una modesta, pero suficiente cena; el jóven come poco, pero en cambio bebe mucho. La jóven, que procura intentar devolverle su buen humor, le dice sonriendo:

— ¡Qué traje tan extraño traéis esta noche, amigo mio!... vos que veniais tan elegante la última vez! ¿Hoy os habeis querido disfrazar de carretero?

— Y bien, ¿por qué no? ya os he dicho que me gustaba variar... ¿os desagrada acaso verme vestido así?

— ¡Oh! amigo mio, de cualquier modo que vengais... ¿qué me importa á mí?... ¡No soy de esas mujeres que se dejan seducir por la buena ropa!... Sin embargo, confieso que me gustaria mucho que vinieseis vestido de otro modo cuando yo os presente... á uno que desea mucho conoceros...

La frente del jóven se oscurece, dirige á su querida una mirada singular, y murmura:

—¿Cómo?... qué quereis decir?... ¿Quereis presentarme á alguien?... ¡No os comprendo!...

—Voy á explicarme mejor. Desde que os conozco no os he hablado aun de un caballero muy respetable, muy elegante, que me profesa mucha amistad... y que juró á mi madre moribunda que siempre velaria por mí... Muchas veces he estado á punto de hablaros de mi protector... pero cuando estoy á vues'tro lado, no sé cómo se compone... que todo lo olvido para no hablaros mas que de mi amor!...

—En fin, á ese caballero... á ese protector... del que hoy me hablais por primera vez... ¿le habeis confiado que amábais á alguno?

—Sin duda... era preciso... además, ya lo habia adivinado... ¡y despues no tengo motivo alguno para mentir!

Francisco se levanta, empieza á dar paseos por el cuarto, exclamando con aire de mal humor:

—¡Qué habladoras son las mujeres! ir á contar sus asuntos á todo el mundo... ¡Os declaro, amiga mia, que no me gustan los protectores, que no creo en ellos!... ¡Un hombre no protege nunca á una jóven bonita sin un objeto secreto!... demasiado se sabe lo que esto quiere decir!...

—¡Ah! Francisco!... haceis mal en hablar así!... ese caballero jamás me ha demostrado otro

afecto que el que un padre tendría á su hija!...

— ¡Entonces, ese hombre tan respetable, tan grave... sin duda tuvo relaciones muy íntimas con vuestra madre!... y hé aquí por qué...

Florentina alza la frente; su mirada expresa la indignacion, y exclama con voz temblando de ira:

— ¡Caballero! no insulteis á mi madre! no lo sufriré!... ó si no, jamás se volverá á abrir para vos esa puerta!...

El jóven se queda sorprendido; examina la fisonomía, las miradas llenas de fuego de Florentina, parece admirarlas, y luego responde:

— ¡Calle!... calle!... estais así soberbia!... habeis tenido un movimiento magnífico!... Vamos, no nos enfademos, querida mia; no diré una palabra acerca de vuestra madre... ¿pero qué diablos me hablais de ese señor... al que la prometió protegeros... con motivo de no sé qué?...

— Iba á explicároslo cuando me habeis interrumpido. ¡Ese caballero bien podia haber prometido á mi madre velar por mí, porque ella le salvó la vida!

— Vuestra madre salvó la vida á ese hombre... ¿y en qué circunstancia?

— En la época del Terror, en noventa y tres; ese caballero, que es noble, fué denunciado como sospechoso, estaba proscrito, y un dia fué cono-

cido en la calle; iban ya á prenderle, cuando se le ocurrió la feliz idea de entrar en la tienda de mi madre... le disfrazó de carbonero, y durante algun tiempo le tuvo oculto en un granero, hasta que pudo salir de Paris sin peligro alguno... Ya debeis suponer que esa clase de servicios nunca se olvidan...

Francisco ha escuchado á su amante con atencion; á medida que iba hablando, su frente se volvia mas sombría, y cuando ha concluido, murmura:

—¿Y el nombre de ese caballero?... no me habeis dicho su nombre?...

— Se llama el conde de Germancey.

La fisonomía del jóven se vuelve livida. Baja sus miradas al suelo y pasa una mano por su frente, repitiendo:

—¡El conde de Germancey... salvado por vuestra madre!... ¡Singular casualidad!...

—¡Ah! es un hombre que ha sufrido grandes desgracias!... Si supierais, amigo mio, todo lo que le ha sucedido... ¡oh! estoy segura que os interesaria... y voy á referíroslo...

—¡No! no! es inútil!... exclama Francisco andando por el cuarto á pasos agitados... Esas historias de la Revolucion son todas iguales... he oido muchas... os dispenso de que me la conteis...

—Pero no tendreis inconveniente en que yo os

presente al conde... ¿no es verdad, amigo mio?...

— ¡Yo! ser presentado al conde de Germancey!... responde el jóven dejando aparecer en sus labios una sonrisa feroz... ¿Y para qué?... con qué título?... necesito yo acaso de vuestro conde?... Escuchad, Florentina, no solo no quiero ver á ese caballero, sino que quiero, exijo que dejéis de trataros con él!...

— Dejar de ver á mi protector... ¿qué estais diciendo? y por qué causa me haceis esa prohibicion?

— Os repito que no me gustan los protectores, que no creo en el desinterés de un hombre que quiere vigilar, proteger á una mujer bonita... en fin, que no quiero que tengais otro protector que yo... me parece que esto debe bastaros... por consiguiente, elegid entre ese hombre y yo.. Si continuais viéndole... hablándole... no volveréis á verme más!...

— ¡Oh! Dios mio! ¿pero qué os ha hecho ese caballero?... Parece que le odiais, y, sin embargo, no le conocéis... si le conocieseis, amigo mio, estoy persuadida... de que desechariais vuestras injustas prevenciones...

— Basta, os digo... el conde y yo no debemos volver á vernos juntos jamás, y en adelante no le direis ni una palabra acerca de mí... ¡No me gustan las charlatanas, os lo advierto!

Al decir el jóven estas palabras se lanza hácia la puerta.

— ¡Cómo!... ¿os vais? exclama Florentina.

— Sí, tengo que hacer esta noche.

— ¡Que hacer á estas horas!

— A todas horas hay que hacer...

— ¿Y cuándo volveréis?

— No lo sé... lo mas pronto que pueda...

— ¡Despues de siete dias de ausencia... dejarme así!...

— Acordaos de lo que os he dicho respecto del señor de Germancey... que yo no lo encuentre nunca junto á vos... ¡si no, todo ha concluido entre nosotros!..

— ¡Pero, por favor!...

— ¡Adios! adios!...

El jóven ha salido bruscamente, y Florentina, trastornada con la conducta de su amante, se deja caer en una silla; pero no llora, porque recuerda que ha insultado á su madre.

---

## XI.

### CONSECUENCIAS NATURALES.

El sábado indicado por el señor de Germancey á la linda vendedora, el conde ha sido exacto, y á las ocho de la noche va al bulevar del Temple. Encuentra á Florentina mas pálida, mas triste aunque antes; es que desde la noche en que tuvo tan singular altercado con su amante, este no habia vuelto á su casa.

Al ver Florentina al señor de Germancey siente que se agita su corazon, recuerda las injustas sospechas que no ha temido manifestar su amante, la prohibicion que le ha hecho de hablar con su protector; pero tiene demasiado buen juicio para no comprender el caso que debe hacer de esta prohibicion, y las últimas recomendaciones de su madre son mas sagradas para ella que todo lo demás. Solo que tendrá que mentir al conde, porque no puede decirle:

— Aquel á quien he confiado mi dicha no quiere veros, y hasta me prohíbe que os hable como en otro tiempo.

— Y bien, dice el señor de Germancéy sonriendo

á Florentina, ¿vamos á ver á ese señor... Francisco? vendrá á daros las buenas noches?

—No, señor, responde la jóven sonrojándose y bajando los ojos. No vendrá... porque ha partido para un viaje... que será largo tal vez... y no sé fijamente cuando volverá.

El conde tenia demasiado discernimiento para no adivinar la verdad: «Ese jóven no quiere que yo le conozca, dice para sí, y lo siento por Florentina, porque eso no me da una idea muy ventajosa de ese señor!»

Pero disimulando su verdadero pensamiento se contenta con responder á la jóven:

—Vamos, hija mia, puesto que los acontecimientos se oponen á la realizacion de mi deseo, esperaremos para ver á ese jóven á que haya terminado sus viajes... y no os hablaré mas de un asunto que, segun veo, no os causa sino disgustos...

El señor de Germancey se apresura entonces á cambiar de conversacion. Despues, al cabo de algun tiempo deja á Florentina; porque, aunque afecta una perfecta indiferencia por el misterio en que se envuelve su amante, no por eso se ve menos lastimado su corazon por la poca confianza que ahora le concede Florentina, y se aleja de ella bien decidido á no volver en algun tiempo á preguntarle en qué estado se halla de sus amores.

En efecto, pasan muchas semanas, y el señor de Germancey no ha vuelto á aparecer por el bulevar del Temple. En cambio, Florentina ha vuelto á ver al misterioso Francisco; pero las visitas de este son ahora muy raras, y cada vez que va á ver á su querida, es con aire sombrío, feroz, y preguntándole siempre si ha vuelto á ver á su protector; en vano le jura la jóven que el señor de Germancey ya no va hace mucho tiempo á hablar con ella; no la cree, vuelve sin cesar á preguntarla, quiere que le diga lo que hace y qué ha sido del conde.

—¿Cómo quereis que yo lo sepa? le responde Florentina; puesto que os repito que, ofendido sin duda de vuestra falta de consideracion al deseo que tenia de veros, el señor de Germancey no ha vuelto para hablarme.

Entonces el jóven permanece silencioso, pensativo. Desde la noche en que Florentina le habló del señor de Germancey, ya no la mira como en otro tiempo; el fuego sombrío que brilla en sus ojos no se parece á la expresion con que un amante mira á la mujer que ama.

Uno de esos acontecimientos, fáciles de prever, debia traer consigo un cambio en la posicion de Florentina: la jóven se apercibe de que lleva en su seno el resultado de su debilidad. Este descubrimiento, lejos de causarle inquietud, hace latir

su corazón deliciosamente; la idea de ser madre, de verse revivir en su hijo, le hace mirar el porvenir con los colores más seductores; pero al mismo tiempo el deseo de poder dar un nombre á su hijo es también la idea que se apodera de su espíritu.

Florentina esperaba con impaciencia la llegada de su amante para darle parte de este descubrimiento; pero hace algún tiempo que las visitas de aquel á quien la pobre joven no veía más que de noche, se han vuelto bastante raras. En fin, á eso de las doce de la noche, el joven se presenta en el traje de un hombre rico de la clase media, y esta vez su fisonomía expresa el contento, la alegría brilla en sus ojos.

— ¡Con qué impaciencia os esperaba, amigo mío, dice Florentina, que nota con placer que las facciones de su amante no tienen la sombría é inquieta expresión de costumbre!

— ¡Ah! querida mía, no siempre es uno dueño de su tiempo! responde el joven sentándose en una silla. Después, sacando de su bolsillo muchos paquetes que pone encima de una mesa: «Tomad, la dice, ahí teneis las provisiones que os traigo para cenar... quiero que esta noche tengamos una cena delicada...

— ¡Dios mío! cuántas cosas!... un pollo fiam-

bre... conservas de fruta... pescado en escabeche... pero todo esto debe costar muy caro, amigo mio!...

— ¡Qué os importa!... probablemente tengo medios para pagarlo... Tomad, aquí hay además un frasco de vino de Constantinopla... ¡Oh! es un vino precioso, y del que todo el mundo no puede beber... ¡este frasco tan pequeño vale treinta francos!

— Treinta francos... gastar tanto dinero en un frasco de vino... ¡qué locura!... ¡Luego tan rico sois, amigo mio?

— Creo que ya os he dicho, Florentina, que no me gusta que una mujer se ocupe en mis asuntos... Básteos saber que acabo de terminar una... operación comercial... que me ha proporcionado muy buenas ganancias...

— ¡Ah! ¿sois comerciante, amigo mio?

— Soy... un poco de todo... pero dejemos eso, y vamos á cenar.

— Mucho me alegro veros hoy tan de buen humor... dentro de poco lo tendreis mejor, porque yo tambien tengo una cosa que deciros... y una cosa que os dará mucho placer... al menos lo espero así...

La fisonomía del jóven se vuelve sombría, temiendo siempre las sorpresas que su amante le

preparaba; así es que exclama con mal humor:

— ¿Teneis alguna cosa que decirme?... qué es? vamos, hablad, explicáos... ¿supongo que no se tratará de vuestro conde de Germancey?

— No en verdad... pero, Dios mio, ya volveis á vuestro aire de severidad... ¡cuando os digo que es una cosa que ha de seros muy grata!...

— ¡Oh! es que yo desconfío de todo lo que me es desconocido! ¡Y bien, veamos, hablad, explicáos!

La jóven baja los ojos y se sonroja balbuceando:

— Pues bien, Francisco, ¿no seréis feliz al saber que llevo en mi seno una prenda de nuestro amor?

— ¡Un hijo!... ¡ah!... no es mas que eso!

Y el jóven se vierte un vaso de vino que se bebe de un trago.

— ¡No es mas que eso!... no es mas que eso!... repite Florentina. ¡Dios mio! así es como recibí la noticia... cuando se trata de un ser al que debemos consagrar toda nuestra ternura, todos nuestros cuidados... ¡ah! yo creia que os hubierais alegrado tanto como yo.

Y dos lágrimas se escapan de los ojos de la jóven, que baja tristemente la cabeza sobre el pecho. Su amante la toma una mano.

— ¡Calle! ahora va á llorar!... Qué fácilmente

pasan las mujeres de un sentimiento á otro... ¡Es una observacion que he hecho muchas veces! ¡Vamos! no os apureis!... Estais en cinta, me alegro, sobre todo si es un niño... prefiero los niños á las niñas... y despues, yo me encargo de educarlo, haré de él algo de provecho.

—Niño ó niña, será nuestro hijo... poseerá todo mi amor... pero antes que venga al mundo, me parece, amigo mio, que es preciso darle un nombre... en fin, no me comprendeis, Francisco, me habeis prometido llamarme esposa vuestra... ¡Esa promesa la he mirado como sagrada! Sin embargo, no sé por qué, cuando os la recuerdo, hallais sin cesar pretextos para diferir nuestra union; pero hoy ya no los puede haber... Hoy tiene la madre derecho á exigir de vos el cumplimiento del juramento hecho á la jóven... y ya no podeis negaros á ello. Basta con que tenga que echarme en cara una falta... no quiero que manche el porvenir de mi hijo...

Florentina ha dicho estas últimas palabras con una firmeza que anuncia una resolucion bien decidida. Su amante frunce sus espesas cejas, y se encoge ligeramente de hombros murmurando:

—¡Ah! ya echamos mano de las frases huecas!... ¡Eh! no podeis dejarme cenar tranquilamente sin que dejeis de tener algunas jeremiadas

en la boca!... Decididamente las mujeres no son siempre muy divertidas... raro es el día que con su mal humor no nos quitan el placer que nos habíamos prometido!...

— ¡Así es como me respondeis cuando os hablo de vuestro hijo!... exclama Florentina llorando. ¡Me echais en cara que me ocupe del porvenir de esta inocente criatura!...

— ¡Eh! Dios mio! todavía no ha venido al mundo esa inocente criatura, y tenemos tiempo de sobra para pensar en ella!...

— Pero no debe esperarse á que este hijo haya visto la luz del día para regularizar nuestra posición... Francisco... por favor... respondedme...

— Pero hacia algunos instantes que el jóven prestaba un oído atento á cierto rumor que venia de la calle. Era un silbido singular, que se repetia despues de un intervalo muy corto. Este silbido parece producir en él un efecto mágico, le escucha con viva emocion, y luego, levantándose en seguida, se acerca á la ventana, la abre, y metiendo dos dedos en su boca, hace oír á su vez un silbido absolutamente igual á los que han dado.

— ¿Qué haceis? dice Florentina, y por qué respondeis á esa señal que parece darse á alguno?

— Porque conozco ese modo de silbar... solo uno de mis amigos es el que sabe emplearlo... así,

pues, ha silbado por mí... porque probablemente tiene algo urgente que decirme...

— ¡Algo que deciros, á media noche!... ¿Luego sabia que estabais en mi casa?

— Aparentemente; sí, sí, debe ser La Grenouille.

— ¡La Grenouille! qué nombre tan singular.

— Es un sobrenombre que he dado á mi amigo, porque no es muy guapo que digamos; pero mirad... suben la escalera... ya veis que no me he engañado...

En efecto, llamaban á la puerta á golpes cortos y repetidos vivamente. El amante de Florentina corre á abrir, y un individuo de blusa, con gorra y una de esas fisonomías que no se olvidan cuando se las ha visto una vez, asoma su cabeza en la habitacion, diciendo con voz bronca:

— ¿Estais ahí, viejo?

— ¡Sin duda! ¿qué hay?

— ¡Oh! hay pendencia!... ¿se puede charlar aqui?

— No... ¡cállate!... cállate! ven fuera...

— Es que yo habria tragado un poco de líquido de buena gana... Tengo la garganta seca de haber silbado tanto... y á la hora esta todos los Tortonios del barrio están cerrados.

— Despues beberás... sal, pues, La Grenouille... sal pues!...

Esto diciendo, empujaba el jóven hácia afuera al que acababa de aparecer, y que intentaba entrar en la habitacion, porque la vista de la cena y de las botellas era un iman que lo atraia hácia allí. Pero se ve obligado á retirarse al pasillo. El amante de Florentina le ha seguido, cerrando la puerta tras él, mientras la jóven, admirada de esta visita nocturna, dice para sí :

— ¡Qué hombre tan siniestro !... qué querrá á Francisco á estas horas, á media noche !... es extraño !... Me parece que no es la primera vez que le veo... ¿pero dónde le he visto yo ya ?...

Florentina buscaba aun en su memoria, cuando su amante vuelve á entrar en el cuarto; pero su fisonomía está toda alterada, una lívida palidez cubre su rostro, y corre á tomar su sombrero y la capa que se habia quitado al llegar.

— Y bien, ¿qué haceis?... vais á dejarme acaso?... exclama Florentina, y aun no habeis acabado de cenar.

— Sí... me voy... es preciso... no tengo un momento que perder...

— ¿Qué ha venido á deciros ese hombre tan feo... ese La Grenouille, para que os vayais así?... Amigo mio, teneis misterios que no comprendo... ¿Cuándo me confiareis al fin todo lo que os concierne?... crééis tal vez que no me interesa ?...

— ¡Mas adelante! mas adelante!... en este momento tengo que partir... es un hombre que se lleva dinero mio, y corro tras él.

— Pero al menos no volvais á tardar tanto...  
¿Cuándo volveréis?

— ¡No lo sé!

— ¿No lo sabéis?

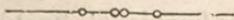
— ¡Adios! adios!... no me detengais!...

El jóven se ha envuelto en su capa, y sale bruscamente del cuarto sin dar siquiera un abrazo á Florentina, que se habia adelantado hácia el, y á quien este rechaza brutalmente para partir con mas rapidez.

Florentina permanece llena de estupor; quédase algun tiempo sumida en sus reflexiones, y de pronto da un grito diciendo:

— Ese hombre siniestro... esa figura horrible... ¡ah! ya me acuerdo... sí... la noche que cogieron á un ladron en el Ambigú... era él!... ¡oh! era él... sus facciones me chocaron... un ladron!... y es amigo de Francisco!

Alterada Florentina con este descubrimiento, cae consternada en una silla y quédase abismada en sus pensamientos.



## XII.

### NUEVA APERTURA DEL TEATRO DE LA PUERTA DE SAN MARTIN EN 1802.

En la época á que hemos llegado, es decir, á fines del año 1802, la manía de los espectáculos era tal, sobre todo en Paris, que todo el mundo queria representar comedias, hasta el extremo de que pululaban los teatros caseros.

Además de la sala del famoso *Doyen*, situada en la calle Transnonain, y que solo entonces empezaba á darse á conocer, habia el teatrillo de la Boule-Rouge, el de la Estrapada, el de la calle Grenier Saint-Lazare, el de la calle Montmartre, una salita en la calle del Renard, otra en la de Amandiers, etc., etc.

Sin embargo, la hermosa sala de la Puerta de San Martin, construida para la Opera, estaba cerrada aun, cuando al fin el 5 vendimiario del año XI, este teatro volvió á abrir sus puertas con el melodrama titulado *Pizarro ó la Conquista del Perú*.

Desde la víspera, la nueva apertura de este hermoso teatro era el asunto de todas las conversacio-

nes de las vendedoras y de los aficionados á pasear por el bulevar del Temple.

— ¡ Si tiene buen éxito , va á perjudicarnos ! decía la señora Roufflard ; el público irá al teatro nuevo , en vez de venir al Ambigú-Cómico y á la Alegría.

— ¡ Bah ! bah ! respondió Turlure , siempre tendremos gente !... siempre vendrán de todas partes á ver el *Peregrino blanco* y el *Juicio de Salomon* !... Además , despues de todo , bueno es que viva todo el mundo.

— ¡ Pues me gusta !... la señorita toma el partido del teatro nuevo , y todo porque el actor de quien está enamorada... su gran *Revalard* , está ajustado ahora en la Puerta de San Martin... ¡ Bah ! ese talento famoso no se puede estar quieto en ninguna parte... estaba en la Alegría , despues en el Ambigú-Cómico , y ahora ya le tenemos en otra parte !...

— ¡ Y qué !... lo que necesita un gran actor es un teatro grande ; allí tendrá sitio bastante para mover sus piernas cuanto quiera... trabaja en la pieza de inauguracion... ¡ Oh ! parece que los trajes son magníficos... la accion pasa entre salvajes...

— ¡ Si pasa entre salvajes , entonces no necesitan trajes !... esas gentes no se visten !

— ¡Qué tonta es!... ¿Acaso se representa desnudo?...

— ¡Toma! para hacer los salvajes!...

— ¡El señor Revalard me ha ofrecido un billete!... pero aunque no me lo diese, iría yo de todos modos... no hay miedo que yo falte á la apertura de un teatro...

— ¿Y el puesto?...

— Ahí está Boursiquet, que se despepita porque yo le pida un favor.

— ¡Pobre Boursiquet! á ese si que le hacen ver lo blanco negro!... pero yo creía que á la hora esta ya era mozo de café!...

— ¿Y eso qué importa? ya soltará el pelo de la dehesa... ¡además Florentina es muy complaciente, y tendrá cuidado con mi mercancía de cuando en cuando!

— ¡Florentina! si atiende á tus pastelillos de manzana como á sus naranjas, no dejará de guardarlos bien! Ayer, sin ir mas lejos, dos pilluelos estuvieron olfateando junto á su puesto, y luego echaron á correr llevándose cada uno una naranja; pero ella ni siquiera lo echó de ver.

— ¿Y vos que lo visteis, no dijisteis nada?

— Por supuesto... ¡á mí qué me importa!... lo siento por ella .. Eso la enseñará á no estar siem-

pre mirando las estrellas y dando suspiros capaces de apagar una luz.

En efecto, aquella de quien hablaban se inquietaba muy poco de todo lo que pasaba á su alrededor; una sola idea la preocupa sin cesar; llevaba en su seno una prenda de sus amores, y el autor de su falta no se apresuraba á casarse con ella; lejos de eso, habia pasado un mes desde aquella noche en que le hizo saber su posicion, y no habia vuelto á ver á su amante ni tenido noticias de él.

El dia siguiente, á eso de las ocho de la noche, la sala de la Puerta de San Martin ofrecia un golpe de vista magnífico: restaurada de arriba abajo, no habia desocupada ni una localidad. Los palcos principales, la galería principal, los asientos de proscenio estaban ocupados en gran parte por damas elegantemente ataviadas, y en esta época, la variedad que reinaba en los trajes y peinados de las damas daba mayor atractivo al aspecto de la sala.

Al alzarse el telon, el efecto que ofrecia la escena dispuso muy favorablemente á los espectadores. A orillas del mar, en un sitio agreste, veíase á los Peruanos y Peruanas de rodillas, y adorando al sol naciente. Este cuadro era magnífico. Desgraciadamente la obra, aunque era de un autor bue-

no, *Guilberto de Pixerecourt*, no continuaba como prometia el principio.

En uno de los palcos principales laterales, veíase á la linda señora de Roberval con su fiel chichisbeo, el caballero de Merillac. En cuanto al marido, estaba de viaje segun su costumbre; era, pues, casi indispensable á su mujer tener sin cesar á su lado un *cavalier servant*; así, en vez de formalizarse por esto y demostrar el menor indicio de celos, el señor Roberval acogia al caballero con la mayor benevolencia. Esta confianza extrema llegaba algunas veces hasta el punto de contrariar al señor de Merillac, que decia para sí:

— ¡He conocido maridos complacientes, pero jamás de este calibre!... Poco me importa, no le he recomendado.

— ¿A quién echais ahora los gemelos con tanta atencion? pregunta á su caballero la señora de Roberval.

— A fé mia, os confesaré que es á una dama...

— ¡Oh! en cuanto á eso, ya me lo presumia. ¿La conocéis, y pensais hacerla la corte?

— ¡Ah! señora, qué mal me juzgais!

— ¡Oh! no... ahora os conozco... mejor que mi marido!

— ¡Tal vez es mas fácil, porque yo no me oculto!

—A propósito de mi marido, ¿no sabéis lo que me dijo al irse?

—¿Que no volvería?...

—¡Ah! qué chistoso sois!... eso quisierais vos...

—En fin, ¿os ha anunciado?...

—¡Que á su regreso me iba á dar una carretela!

—¿Con un caballo?

—¡Ah! qué impertinente sois!... sí, señor, sí, con un caballo, que al fin tendremos carruaje!

—Os doy la enhorabuena, bella dama; ¡segun parece, vuestro marido marcha viento en popa!... ¿Hace buenos negocios?

—A fé mia, apurada me habia de ver para decir cuáles son; pero lo cierto es que siembra el oro á manos llenas.

—¡Es muy afortunado!... yo lo he sembrado en otro tiempo, pero sin fruto alguno.

—¡Calle! allí abajo veo en el balcon á uno de mis buenos amigos... el conde de Germancey... ¡Oh! ahora mismo voy á hablarle, porque hace mucho tiempo que no le veia.

—El conde de Germancey... ¿por qué no lo llevais á mi casa?

—No le gusta frecuentar la sociedad... ha ex-

perimentado tantas desgracias... ¡ es un arruinado como yo !

— ¡ Pero vos no por eso estais triste !

— ¡ Todos los hombres no tienen mi filosofía !

— ¡ Chist !... ahora empieza el segundo acto...

Y la linda dama se vuelve hácia la escena, mientras Merillac dice para sí :

— ¡ Cáspita ! quisiera saber, sin embargo, qué oficio tiene ese Roberval para enriquecerse tan pronto.

En la segunda galería de en frente, la señorita Turlure, adornada con una cofia puesta coquetamente hácia atrás, y sobre la que habia colocado con bastante arte una rosa grande artificial, podia, con su modesto vestido de lana, pasar por una griseta muy agradable. Sus rubios cabellos estaban rizados con cuidado, su nariz remangada, y sus ojos llenos de viveza y de malicia, formaban un conjunto muy seductor para un aficionado.

Al lado de la pequeña vendedora se habia colocado un jóven alto, delgado, de larga y puntiaguda nariz, pero de fisonomía nada desagradable, y que anunciaba talento. Habia retrocedido políticamente para dejar mas sitio á su vecina, y al mirarle esta se puso encarnada como una amapola de placer y de emociion, porque creyó reconocer en su vecino á un actor del teatro del Recreo.

Turlure no se engañaba: el jóven era un tal Després, que en el teatro habia tomado el nombre de Saintclair: procedente de buena familia, y habiendo hecho sus estudios, la pasion del teatro se habia apoderado de él hasta el punto de hacerle abandonar á *Cujas* y *Barthole*. Habia tenido buen éxito, primero porque tenia fuego y naturalidad en escena, y despues, porque la educacion que habia recibido contribuia mucho á darle buenas maneras; porque, sea cualquiera la profesion que deba abrazarse, el tiempo que se haya consagrado al estudio siempre nos habrá servido para adelantar en ella.

Y el jóven Saintclair habia sido ajustado para el teatrillo del Recreo.

La señorita Turlure, que cuando iba al teatro, se comia á los actores con los ojos, como suele decirse, se habia comido hacia pocos dias al jóven Saintclair en un vaudeville, en el que habia cantado y desempeñado su papel de amante perfectamente. Júzguese, pues, de la emocion que se apodera de la jóven cuando cree reconocer al mismo actor en el jóven que está sentado junto á ella; su turbacion es tal, que no ha notado la entrada de Revalard, quien, en un traje español, va á introducir el terror entre los Peruanos.

Turlure no buscaba mas que una ocasion para

reanudar la conversacion con su vecino, y exclama al ver á *Pizarro* en escena :

— ¡Calle! ¿quién es ese actor?... yo no le conozco... y ¡sin embargo, conozco á casi todos los artistas!

El jóven colocado junto á ella sonrie y le dice:

— El actor que está en escena se llama *Ville-neuve*.

— ¡Ah! gracias, caballero; ¿pero de dónde ha salido? No ha trabajado ni en el *Ambigú*, ni en la *Alegría*.

— Viene del teatro *Moliere*, donde ha salido en la continuacion de las representaciones del *Castillo del Diablo*.

— ¡El teatro *Moliere*!... calle!... no conozco ese teatro... ¿Creo que está en la calle de *San Martin*?...

— Sí, y tiene una sala muy linda. Hay espejos grandes en todos los palcos principales, y como los palcos están descubiertos, los espejos reflejan muy bien la gente que hay en la sala.

— ¡Oh! qué hermoso debe ser eso!

— A pesar de tanto adorno, el pobre teatro *Moliere* está desierto casi siempre...

— Caballero, dispensad... ¿me parece que vos tambien sois actor?...

— No os engañáis.

— En el teatro del Recreo ; y la semana pasada habeis trabajado en *Colinette à la cour*... un *vau-deville*... donde se cantan aires de ópera!...

— Es muy cierto... yo trabajé con una jóven, discípula del teatro de la calle Dauphine... la pequeña *Cuizot*... esa chica adelantará... tiene voz, energía, buenos ojos... apuesto á que adelantará en su carrera...

— ¡Y vos tambien, caballero, representais muy bien!

— Sois bien indulgente.

¡Por desgracia el teatro del Recreo va tan mal como el teatro Moliere!... por mucho que se empenen para representar toda clase de espectáculos, no por eso harán dinero!

— ¡Cáspita! y tambien ¿por qué teneis una estufa en medio del patio? ¡Estoy segura que eso os perjudica!

— ¿Lo creéis así? Tendré que decírselo á mi director; entre tanto, sabed que nos disponemos á dar un gran golpe, á intentar un ensayo, que si sale bien, vamos á tener muchos llenos!

— ¡De veras!... ¿vais acaso á bailar en la cuerda?

— No, á Dios gracias... no tengo esas pretensiones .. vamos á dar una tragedia.

— ¡Una tragedia!... ¿Se canta en ella?

— No, es en verso.

— ¡Ah! ¿como esas piezas que se hacen en el teatro Francés... donde siempre al final matan á uno?

— Lo que vamos á dar es una tragedia para reir, es obra de un peluquero.

— ¡Cómo! ¿los peluqueros hacen tragedias?

— Sí; desde que *Beaumarchais* dió el *Figaro*, los peluqueros hacen de todo; pero como maese André no es un *Figaro*, espero que su tragedia hará reir mucho: se titula nada menos que el *Tembor de tierra de Lisboa*.

— ¡Ah! Dios mio! qué título tan feroz! ¿Entonces vais á representar ese riendo?

— ¡No en verdad! haremos la obra muy seriamente, como si fuese de *Racine*, y de ese modo todas las tonterías que encierra harán mas efecto, porque para hacer reir en el teatro no debe uno reirse; pero la obra no está corriente todavía, y además no tenemos aun el permiso.

Y la señorita *Turlure*, escuchando á *Saintclair* nove que el feroz *Davilla* está en escena; el jóven artista del Recreo habia hecho olvidar al gran *Revalard*.

En la tercera galería, llamada tambien el *Paraiso*, *Moucheron*, aunque ha llegado de los últimos, habia trabajado tanto con los piés y con las manos, empujando á uno y subiéndose en los hombros de

otro, que consiguió llegar hasta la primera fila de banquetas; pero allí estaban todos los sitios ocupados. Esto no le desanima; se alza sobre las puntas de los piés, echa una ojeada á todas las personas que están sentadas en delantera, y viendo á un hombrecillo jorobado, cuya cabeza apenas llegaba á la balaustrada, echa la pierna por encima, da un salto, se entromete, llega hasta el jorobadillo y se sienta descaradamente encima de él, gritando:

— ¡Este es mi sitio! lo conozco.

— ¡Jóven! jóven!... tened cuidado!... estais encima de uno!... os habeis sentado sobre mí! grita el jorobado.

— ¡Calle! ¿hay aquí debajo alguno? dice Moucheron haciendo como que busca debajo de la banqueta.

— ¡Debajo de vos!... estais sentado encima de mí!... me estais ahogando!... quitáos!...

— ¡Cómo que me quite!... nunca!...

— No teneis derecho á sentaros en mi sitio...

— Vuestro sitio... es el mio...

— No, señor... ¡yo estaba aquí antes que vos!... he entrado el primero en la sala...

— Sí, pero yo estuve aquí ayer... en el ensayo. La prueba es que dejé un hueso de ciruela en la banqueta... para señalar mi sitio... si os habeis sentado encima del hueso habeis hecho mal!

— Os digo que os quiteis...

— ¡Que si quieres!... me quedo en mi puesto... si quereis permanecer debajo de mí, no me importa, os lo permito, no os incomodeis.

— ¡Ah! esto es demasiado!... á la guardia!

Las personas colocadas junto á estos señores bien sabian que el jorobadillo estaba en su derecho; pero como se divertian con las muccas que hacia debajo del otro, contentábanse con reir sin tomar su partido.

Al ver que nadie acude en su ayuda, el hombre-cillo, no siendo el mas fuerte, procura ser el mas traidor, y da tal pellizco á Moucheron, que este se levanta como un resorte. Pero entonces empiezan los puñetazos; y esta vez, temiendo los vecinos que les alcance alguno, se deciden á retroceder á derecha é izquierda. Entonces los combatientes pueden sentarse uno junto á otro, con lo cual termina la querella, y Moucheron se echa á reir en las barbas del jorobado, diciéndole:

— Ya sabia yo que esto concluiría asi.

Entonces el jóven mandadero no se ocupa mas que de la pieza, y exclama de vez en cuando con un aire de inteligente que impone á los vecinos:

— Magníficos trajes y decoraciones! Pero como interés, no es cosa. Todo esto no vale tanto como el *Damoisel y la Bergerette*, que fuí á ver antes de

ayer al teatro de la Cité... ¡esa si que es una pieza bonita!... y qué bien representada! La señorita *Julia Diancourt* hace la Zagala, y el señor *Clausel* hace el Señorito... ese si que es un buen mozo y muy guapo... vale mas que todos estos actores!

— ¡Pero vuestro *Damoisel y Bergerette* es una pantomima... no se habla en ella! exclama una vecina.

— ¡Justamente! por eso me divierte mas que esta pieza... en la que cuando hablan, maldita la gracia que hacen, ¿no es verdad, viejecillo?... ¡eh!... ahora somos amigos, ¿no es cierto?

El jorobadillo á quien se dirigian estas palabras, mueve la cabeza con aire importante, respondiendo :

— ¡No me habéis de pantomimas! jamás he oido una palabra de buen gusto en esas piezas!

Durante el entreacto *Moucheron* ha ido á refrescar y á comprar bartolillos, de los que ofrece generosamente uno al jorobado, diciéndole :

— ¡No os guardo rencor! ¿y vos?

— ¿Están calientes?

— ¡Ya lo creo! me estoy quemando las manos!

— ¡Entonces acepto, y que se clvide todo!

Durante el acto segundo de *Pizarro*, que continúa sin divertir á *Moucheron*, al mirar este á la sala, repara, en uno de los palcos principales, en

una jóven vestida con elegancia y que parece poner poca atencion á la obra que se representa. Esta dama, que tendria de veintidos á veinticuatro años, tiene el pelo muy negro y algo morena la tez; pero sus facciones son regulares, sus ojos grandes y negros, adornados de largas y sedosas pestañas, que dan á su fisonomía cierta severidad y hasta dureza.

— ¡Calle! calle! vaya una cosa rara! dice para sí Moucheron, cuyas miradas se han fijado en esta jóven y que no puede separarlas de ella. Esa cara me recuerda la de mi hermana... es decir, esa dama es mas alta... tiene un aire mas orgulloso... pero ¡cáspita!... si hace seis años que no la he visto... Bien ha podido cambiar... ¡Oh! no, no puede ser mi hermana... vestida con esa elegancia... y en Paris sin que yo lo sepa... con todo, en el entreacto ó á la salida, trataré de ver á esa señora mas de cerca...

Y luego que ha terminado el acto segundo, Moucheron va á apostarse en el corredor de los palcos principales; pero estos permanecen cerrados, y como están llenos, no hay medio de ver por las hendiduras á las personas que están delante; toma su partido y vuelve á ponerse en su puesto diciendo para sí: «La acecharé á la salida.»

### XIII.

#### LO QUE CONTENIA LA CARTA DEL HERMANO DEL SEÑOR DE GERMANCEY.

El caballero de Merillac no ha dejado de ir, durante un entreacto de *Pizarro*, á saludar á su amigo de Germancey, y como le reprochaba los intervalos demasiado largos que mediaban en sus encuentros, el conde le dice :

— Amigo mio, ignorais que paso una parte del tiempo en los alrededores de Paris, haciendo pesquisas... que hasta hoy han sido infructuosas. Venid mañana á almorzar conmigo á Tortoni, y os contaré cosas muy interesantes... ¿quereis?

— Sí en verdad. Mañana á las once estaré en el bulevar de los Italianos, esquina á la calle Taitbout.

— Entonces hasta mañana.

Los dos amigos fueron exactos, y al otro dia por la mañana se vieron en el café que está aun en la esquina del bulevar y de la calle Taitbout; fueron á sentarse en un saloncito del fondo, y al mismo tiempo que tomaban su chocolate hablaban confidencialmente.

—Mi querido Merillac, recordais que al volver á hallarme en Paris me entregasteis una carta que mi hermano os habia recomendado que no dierais á nadie mas que á mí?

—Sí, sí, me acuerdo muy bien, vuestro hermano parecia dar gran importancia á que vos tuvierais esta misiva...

—¡Lo creo! porque en ella me confiaba un secreto... no veo inconveniente alguno en que lo sepais, tal vez podreis secundarme en mis indagaciones... solamente os callaré el nombre de la dama... que fué la heroina de la aventura, porque vive todavía... y podriais muy bien encontrarla en sociedad!

—¡Ah! es una historia femenina... alguna intriga de amor... ¡Bueno! me gustan mucho esas aventuras!...

—Sabreis, pues, que algunos años antes de la revolucion, mi hermano tuvo amores con una señorita de alta clase, y de esa intriga nació un niño. La señorita no tenia ya madre, y pudo bastante fácilmente ocultar su falta y sus consecuencias á su padre, antiguo militar muy severo en puntos de honor, y ¡al que todos temian terriblementè!...

—¿Pero por qué no se casaba vuestro hermano con la que habia seducido?

—Estaba seguro de ser rechazado por el padre,

que queria casar á su hija con el hijo de un viejo marino amigo suyo, que estaba entonces viajando. Pasaron tres años, y el jóven marino no volvía. Durante este tiempo continuaban las relaciones entre mi hermano y la señorita... y continuaban tan bien, que sobrevino otro hijo...

— ¡Diablo!... parece que la jóven le habia tomado el gusto... ¿pero qué se hacia de esos niños?

— De eso es precisamente de lo que nos ocuparémos ahora, pero antes concluyamos con la señorita. Su futuro, que habia partido con el *Lape-rouse*, hizo lo mismo que el célebre navegante, es decir, no volvió; pero en cambio la revolucion se acercaba á pasos agigantados. Nuestra bella señorita partió para Italia con su padre, y este murió allí al cabo de dos años. La señorita de... tres estrellas, esperó para volver á Francia á que la tempestad se hubiera calmado un poco. Pero cuando regresó, halló que habian vendido sus bienes... En fin, estaba arruinada... Acostumbrada á vivir en el seno de la opulencia, la miseria la hacia temblar de antemano... pero continuaba llevando su nombre, que era de los mas principales, y uno de los partidarios mas fogosos de la revolucion, uno de los que habian propagado con mas fuerza el sistema de la igualdad, ofreció su mano y su for-

tuna á la hija de un ex-noble, que aceptó la fortuna y además el marido!

—Ya por esta parte está todo arreglado, y terminado por la señorita; ahora ocupémonos de los hijos.

—Cuando mantenía esa intriga tan bien oculta, mi hermano preguntó muchas veces á su amante qué habia hecho de sus hijos, y ella le respondió: «Tranquilizáos; están en casa de buenas gentes, que cuidan mucho de ellos.» Mi padre, que deseaba ir á verlos, habia pedido que le dijeran el sitio que habitaban; pero la madre, que temia que cometiese aquel alguna imprudencia y comprometiese su secreto, no habia querido decirle todavía dónde estaban los niños. Cuando su padre se la llevó tan repentinamente á Italia, sobrevino en seguida la revolucion, y mi hermano, que estaba en Inglaterra, no pensó ya en los pobres huérfanos... porque así debe llamarse á niños desgraciados que jamás han recibido una caricia de su padre ni de su madre. Pero un año antes de su muerte, recibió mi hermano una carta... de letra que le era bien conocida, y en la que se le decia: «Yo habia dado mi hija á criar cerca de Versalles, pero cuando tenia dos años la confié á una aldeana acomodada de Vincennes, que se encargó de cuidarla. Allí fué donde poco despues llevé á mi hijo. Esta

aldeana se llamaba Magdalena Duchemin, era casada y tenia cuatro hijos. Le envié dinero hasta el momento en que mi padre me llevó á Italia. Cuando regresé á Francia, corrí á informarme: la mujer de Duchemin y su marido habian muerto. Me fué imposible saber qué se habia hecho de los dos hijos que yo le confiara. A la niña la puse por nombre María, y al niño, Víctor. Hé aquí todo lo que puedo deciros tocante á esos frutos de un amor culpable. Adios, caballero, olvidadme.»

Esta carta fué el último recuerdo que mi hermano recibió de la que habia amado. Se prometió, tan pronto como regresara á Francia, hacer todo lo posible por volver á hallar á sus dos hijos; pero mi hermano formaba proyectos que raramente ponía en ejecucion. Ya sabeis lo demas, caballero; se batió en duelo por una mujer, y murió de resultas de su herida; pero algun tiempo antes de morir, pensó, en fin, en escribirme toda esta historia, rogándome vivamente que hiciese todo lo posible por hallar esos dos sobrinos que siente haber abandonado, recomendándome, si los encuentro, y si el destino nos devolvía un dia nuestra fortuna, repartirla con los dos hijos.

— ¡A fé mia, conde, hé ahí una historia muy interesante! Así, pues, teneis por esos mundos de

Dios un sobrino y una sobrina á quienes no conociais !...

— No , pero á quienes quisiera conocer. Segun las fechas añadidas á su carta en *post-scriptum*, la señorita, que es la mayor, debe tener ahora veintidos años y medio , y el chico diez y nueve.

— ¿Entonces , ya están educados?

— Sí, ¿pero cómo? No recibiendo ya dinero, esa aldeana tal vez habrá abandonado á esos niños , ó los ha confiado á gente extraña... á saltimbanquis... ¡esto es horrible!

— ¿Sin duda habreis estado en Vincennes?

— Fué el primer paso que dí ; mucho trabajo me costó encontrar á alguno que hubiera conocido á la mujer de Duchemin; en fin , un aldeano bastante viejo se acercó y me envió á casa de un labrador que se ha casado con una de las hijas de Magdalena Duchemin. Allí esperaba obtener algunas noticias... pero me encontré con una aideana medio idiota , á la que dije : Vuestra madre tenia en desdote dos niños, una niña y un niño... ¿qué hizo de ellos?... Entonces abrió los ojos desmesuradamente , y me respondió : ¡Ah ! no sé ! yo era muy pequeña; puede que lo sepa mi hermana!

— ¿Y dónde está vuestra hermana?

— Se ha casado con un tonelero.

— ¿Aquí?

—No, en Gagny, se llama Chenu.

—Ya comprendéis que fuí á Gagny y pregunté por Chenu: esta sabia tanto como su hermana, y me dijo: Tengo un hermano que se ha ido á vivir á Fontainebleau, donde ejerce el oficio de herrador! Fuí á Fontainebleau: el Duchemin herrador ya no estaba allí, me hizo recorrer cinco ó seis aldeas, y luego para nada; es decir, recordó vagamente que su madre habia mandado á Paris al pequeño Víctor y á su hermana María; pero ignoraba enteramente á qué casa.

—Pues bien, mi querido conde, si vuestro sobrino y vuestra sobrina están en Paris, la casualidad puede hacer que los encontreis; ¡no se trata mas que de informarse de todos los Victor y de todas las Marías!

—Sí... si han conservado sus nombres de niños. En fin, hice lo que pude... ahora, como decís, creo que solo la casualidad puede hacerme descubrir qué ha sido de los hijos de mi hermano.

—Dádmme, pues, noticias de esa jóven á quien protegiais... esa linda naranjera... hace mucho tiempo que no he ido por el bulevar del Temple... no soy gran aficionado á melodramas... confieso que prefiero nuestra Opera Cómica, que ahora tiene una compañía excelente... *Ellevion, Martin, Gavaudan, Juliet, Lesage* y las señoras *Saint-Au-*

bin, Gonthier, Scio, Gavaudan... He desdeñado, pues, *El Juicio de Salomon* por *Las dos jornadas* y *La casa en venta*; á no ser por eso habria ido á saludar á la encantadora Florentina... ¿no se llama así?

—Sí, caballero; pero me seria difícil dáros noticias acerca de ella, porque hace tambien mucho tiempo que no la he visto.

—¿Cómo! ¿elvidais á la que habiais tomado bajo vuestra proteccion?

—No. ¡Oh! yo no olvido! pero cuando el protector ha perdido la confianza de su protegida; cuando advierte que su presencia molesta en vez de satisfacer, ¿no os parece, caballero, que hace bien en permanecer apartado?

—¿Cómo! ¿la jóven Florentina no se considera ya feliz y orgullosa con vuestra amistad?... ¡Ah! eso me extrañaria mucho...

—No acuso de ingratitud á Florentina; en el fondo de su corazon estoy persuadido de que me guarda un sitio siempre; pero á su edad el sitio para la amistad es muy pequeño, cuando el amor ha venido á invadirlo casi todo!...

—¿Ah! comprendo; ¿nuestra hermosa vendedora tiene algun novio? ¿Pero al menos habrá escogido bien?

—¡Ah! eso es justamente lo que yo hubiera

querido saber... y lo que no se me ha dicho. Hasta se me figura que la misma Florentina ignora cuál es el estado, la profesion de su amante... y el misterio en que se envuelve ese señor me inquieta. ¡Me ha sido imposible verle, porque no iba á hablar con Florentina sino muy tarde probablemente!... Yo deseaba mucho ver á ese Francisco... tal es el nombre del jóven que ha evitado siempre mi presencia. ¡No auguro nada bueno de este misterio!... ¡Pobre Florentina! alguna cosa me dice que se ve engañada por algun calavera...

— ¡En ese caso no debe abandonársela!...

— ¡No, no sin duda! así es que volveré á verla!... pero es preciso dejarla tiempo de apreciar á aquel á quien ha entregado su amor... creo que no tardará en conocerle mejor; entre tanto busco á mi sobrino y á mi sobrina.

— Sí; pero francamente, amigo mio, si la casualidad no os secunda, creo que os será difícil hallarlos.

Mientras esta conversacion tenia lugar en el bulevar de los Italianos, entablábase otra en el bulevar del Temple, delante de la lóbrega taberna que estaba junto á los volatines de Rousseau.

El pequeño Beaulard comia tranquilamente un pedazo de pan con un chorizo, cuando su amigo Moucheron fué á buscarle. El jóven mandadero pa-

recia muy preocupado, y al mismo tiempo que bebía medio cuartillo de vino, del que obligaba á que aceptase un vaso el escuálido empleado de *Curtius*, se volvía á cada instante para mirar al bulevar y examinar á todas las mujeres que pasaban.

—¿Has estado ayer en la nueva apertura del teatro de la puerta de San Martín? dice Beaulard metiéndose en la boca un enorme pedazo de pan.

—Sí, fui á ver á *Pizarro*.

—Y qué, ¿es tan bueno como se decía? perjudicará á los teatros de este bulevar?

—No lo creo... El escenario de la Puerta de San Martín es magnífico... allí sí que tienen sitio los actores para representar... No es como en los *Asociados*, un teatrillo que está poco antes de llegar á tus personajes de cera, donde la otra noche, en la *Ribote du Savetier*, pieza compuesta por el director, al hacer un actor un gesto de sorpresa, le dió un bofetón á la dama jóven que estaba á su lado; pero esta se apresuró á darle un puntapié, y la pieza continuó como si tal cosa.

—¿Entonces *Pizarro* no vale nada?

—Sí, es de relumbron... no tiene mucha sustancia.

—¿Qué es lo que miras tanto al bulevar?... ¿Estás acechando á alguien?

—No... no acecho... pero busco... ¡Ah! es que ayer noche en el teatro ví una mujer que se parecia tanto á mi hermana... que no estoy aun seguro de que no era ella...

— ¡Bah! tu hermana que está en Rouen...

—Podia muy bien haber vuelto á Paris...

—¿Y no le hablaste?

—Me fué imposible acercarme á ella... estaba en un palco principal... á no ser así, yo le estaba acechando en el corredor. En fin, yo me dije: á la salida la esperaré abajo, me acercaré á ella... y le diré al oído: ¿eres tú María?

—¿Y bien?

—Y bien, no sé por donde se fué... y luego habia tanta gente que no la ví.

—Però si tu hermana está en Paris, ¿crées que no vendrá á verte?

— ¡Bah! ¿quién sabe?... esa dama estaba muy bien puesta... hasta elegante... si es María, ¿quién sabe si ahora que se ha vuelto rica, querrá ver á su hermano el mandadero?

— ¡Cómo! ¿crées que tu hermana renegaria de tí?... eso si que estaria muy mal hecho... ¡en lugar de partir su fortuna contigo!

— ¡Mi pobre Beaulard! tú tienes buen corazon! y te figuras que todo el mundo es como tú...

— ¡Cáspita!... no han de quererse un hermano y una hermana!

— Con todo, he hecho mal en suponer que María no querría verme... tenía un carácter de hierro... una voluntad que no cedía así como así... pero me quería bien... Y luego, no es tonta, no se sonrojaba de mi pobreza... Solo los imbéciles se sonrojan de sus parientes...

— ¿Pero tu hermana sabe dónde vives?

— Sí, es decir, donde yo vivía antes, en la Fontaine-au-Roy... pero cuando sali de allí, dejé dicho que me mudaba á la calle Basse-du-Temple... Tú me haces pensar en ello, Beaulard; hace mucho tiempo que no he ido á mi antigua casa á ver si hay algo para mí.

— ¿Y si hubieran llevado alguna carta, no te la hubiesen traído?

— Me la habrían traído si hubieran tenido tiempo... ya comprendes que no se irían á incomodar... ¡una vez me guardaron una de mi hermana mas de seis semanas!

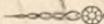
— Eso es muy cómodo, si era para un asunto urgente.

— ¡Calle! tienes razon, Beaulard, tal vez haga bien en ir á mi antigua casa, á saber si han llevado algo para mí.

— Pero, hombre, yo en tu lugar ya habria ido.

—¡Pobre Beaulard!... no es tan tonto como parece!...

Y el jóven mandadero deja á su amigo, y echa á correr á la calle Fontaine-au-Roi.



#### XIV.

##### LA HERMANA DE VÍCTOR.

Moucheron tenia buenas piernas; en muy poco tiempo llega á su antigua habitacion, y encuentra á su portera, mujer septuagenaria, que estaba barriendo el patio de la casa, cuyo patio puede tener doce pies cuadrados cuando más, lo cual no le impide que siempre esté lleno de toda la basura que arrojan á él los inquilinos de todos los pisos.

—Buenos dias, madre Bichon, dice el jóven mandadero deteniéndose á la entrada del patio para no recibir en las piernas tronchos de lechugas, cáscaras de huevos y otra infinidad de desperdicios tan poco agradables á la vista como al olfato.

Pero la portera se hallaba de tal modo embobada en sus quehaceres, que no ha oido que le hablan, y se esfuerza en seguir barriendo, gritando al mismo tiempo:

—Siempre les estoy diciendo que me quejaré al comisario... y luego soy demasiado buena, no hago nada; ¡pero lo que es ahora, me juro á mí misma que iré!... porque esto es demasiado... ya pasa de castaño oscuro... Es imposible que

haya otro patio tan sucio como este... una burra no reconoceria aquí á sus hijos... no contentos con vaciar sus incongruencias, arrojan el contenido y el continente... ¡y qué continente!... continente donde hacen sus necesidades... Estoy segura que el viejo carcamal del piso quinto, bajo pretexto de que apenas puede andar, se sirve de los tiestos de flores... pide á sus vecinas las macetas viejas de violetas ó de reseda!... bonitas flores son las que él pone dentro!...

—Madre Bichon, vengo á saber si por casualidad teneis para mí alguna carta.

—¡Calle! es el señor Moucheron, ó Víctor, como otros le llaman... ¡Ya veis qué ocupada estoy! ¡Como que me cogeis en lo mejor de mi fuego!

—¡En lo mejor de vuestra escoba, querreis decir!

—Jóven, os tomo por testigo de que están arrojando inmundicias á este patio... ¿veis este tiesto?

—Eso no es un tiesto, es un barrilito de aceitunas.

—Sí, ¿eh? Pues oled un poco, ¡y vereis las aceitunas que hay dentro!

—¡Gracias! os pregunto si teneis una carta ó alguna otra cosa para mí...

—No tengo nada : y cuando voy á informarme,

y digo . ¿Quién ha echado aquí esto? se me rien en mis barbas... ¡y no ha sido nadie!

— Puesto que no teneis nada, ¡adios, madre Bichon!

— No, no tengo nada... pero sin duda habreis visto á una dama muy guapa que ha venido hace poco á preguntar por vos.

— ¡Ha venido una dama! y no me lo deciais!

— Ya veis que sí... ¡Ah! aquí han comido langosta... á mí sí que me gusta ese pescado; han tirado las patas, que todavía estaban buenas!...

— Y esa dama, madre Bichon, vamos á ver, por favor... ¿cuándo ha venido?... qué ha dicho?

— Ha venido no há mucho, puesto que yo creia la habiais encontrado; ha preguntado por el jóven Víctor... yo le respondí: ¡Señora! ya no vive aquí, y lo siento, porque él sí que no echaba nada en mi patio... verdad es que nunca comia en casa...

— ¿Y entonces, esa dama?...

— Preguntó á donde estabais ahora; le indiqué las señas donde viviais, calle Basse-du-Temple, y se fué diciendo: «Voy allá!...»

— Dijo: ¡voy allá!...

Y sin acabar de oir á la madre Bichon, que quiere hacerle olfatear el contenido de un barreño, Moucheron vuelve á echar á correr, y no pára hasta llegar á su casa. Delante de la puerta

hay parado un coche de alquiler, va á pasar por delante, pero del carruaje ha salido una voz que le grita :

— ¡ Víctor... soy yo... te estoy esperando!...

Esta voz ha resonado hasta el fondo del corazón de Víctor, en seguida abre la portezuela del carruaje y da un grito de alegría al ver á la persona que vió la noche anterior en el teatro, reconociendo á su hermana. De un salto se pone á su lado, y esta le dice al cochero :

— Calle de San Jorge, de donde me habeis traído.

La hermana de Moucheron es una mujer muy bella; sus cabellos son de un negro de azabache, sus ojos, del mismo color, se fijan atrevidamente en la persona á quien se dirigen; boca grande, dientes magníficos y nariz griega completan el retrato, y hacen de María una persona muy bella, en la cual las pasiones deben ser muy vivas, y á la que nunca debe tenerse por enemiga.

— ¡ Eres tú, María! exclama Moucheron estrechando en las suyas las dos manos de su hermana. No me habia engañado ayer noche, cuando creí verte en un palco en el teatro de la Puerta de San Martín.

— No, era yo en efecto... ¿ Por qué, puesto que me viste, no fuiste á hablarme?

— En primer lugar no estaba yo muy seguro... y despues me imponia algo tu magnífico vestido... yo estaba de chaqueta como ahora...

— ¡Eh! qué importa!... Que estés de chaqueta ó de frac, ¿dejarás de ser siempre mi hermano?...

— Eso que dices está muy bien; ¿pero por qué no me hiciste saber que estabas en Paris?...

— He llegado ayer... ya ves que no he perdido tiempo.

— ¿Has llegado ayer, y anoche mismo estabas en el teatro?

— Sin duda. En la fonda donde fuí á parar oi decir que habia un teatro nuevo magnífico... la antigua ópera del bulevar de San Martin, que volvia á abrirse y estaria muy brillante, muy elegante, y en seguida envié por una localidad para mí!...

— ¿Y fuiste sola?

— Sola.

— ¿Y no temias?...

— ¿Qué quieres que yo tema? No temo á nada ni á nadie...

— ¡Querida María!... qué alta te has puesto y cómo has engordado!... pero no importa... siempre es tu misma cara... ¡con ese aire orgulloso!

— Tú tambien has cambiado... á pesar de eso, siempre conservas la misma sonrisa... algo bur-lona...

— ¡Pero qué elegante estás!... vestido de seda... sombrero de última moda... ¡Ah! qué diferencia del traje que tenias antes!

— ¡Vaya!... hace cerca de seis años... y en seis años pasan muchas cosas...

— Me alegro en el alma si te has hecho rica.

— ¡No he hecho fortuna, pero no soy pobre!... tengo para establecerme!

— ¿Y vienes á establecerte á Paris?... ¡Oh! qué dicha!

— No lo sé todavía... ¡eso dependerá de las circunstancias!... me trae aquí otro motivo mas importante...

— ¿Un motivo mas importante?

— ¡Sin duda! vengo á buscar á mi marido.

— ¡Tu marido!... cómo!... ¿estás casada?

— Sí, amigo mio.

— ¿Y desde cuándo?

— ¡Ya hace tres años!

— ¡Hace tres años! y yo no lo sabia!

— Quería darte una sorpresa; pero despues los acontecimientos... te contaré todo eso cuando llegemos á mi casa... pero ¡calle! justamente hemos llegado.

El carruaje se ha parado delante de una casita de la calle de San Jorge. María paga al cochero y entra listamente, diciendo á su hermano:

— ¡Sígueme!

— ¡Pero van á creer que traes contigo un mandadero, y no se engañarán, porque ese es mi oficio!

— No le hace, ven; ¡me importa poco lo que digan!

El jóven sigue á su hermana, que vive en un bonito cuarto segundo.

La jóven abraza tiernamente á su hermano, y luego se sienta en el sofá y le dice:

— Siéntate ahí, á mi lado.

— Sí, hermana mia.

— Pero ante todo, ¿tienes hambre, tienes sed, has almorzado?

— Sí, sí, he almorzado, gracias; no necesito nada mas que escucharte... ¡y tengo tanta curiosidad de saber cómo te has casado!...

— Entonces escúchame. Recordarás que dejé á Paris con la familia Vermont, que fué á establecerse á Rouen: la señora de Vermont me queria mucho, me trataba, mas que como á una doncella, como una compañera: yo la servia con celo, y muchas veces me decia: «Mi pobre María, estoy segura de que no has nacido para una posicion tan ínfima. No conoces á tus padres... pero ese frasco que tu madre dejó olvidado en casa de la aldeana á quien te confió, prueba que era una dama del gran mundo...»

—¿Le enseñaste, pues, el frasquito?

—Sin duda... ¿por qué lo habia de ocultar?... ¡aunque no hubiera sido mas que como medio de volver á hallar á nuestra madre! Respondí á la señora de Vermont que me consideraba feliz á su lado; y como tocaba muy bien el piano, llevó la bondad hasta enseñarme este instrumento.

—¿Sabes tocar el piano!

—Sí, bastante bien... Despues me dijo mi protectora: «No quiero que sirvas más como doncella. Tú tienes mucho gusto para las modas; haces muy bien los adornos para la cabeza, como cofias, gorros, etc., etc. Te llevaré á casa de mi modista, aprenderás su oficio, estoy segura de que en seguida adelantarás, y un día podrás establecerte.» Yo no queria dejar á esta mujer generosa, pero lo exigió. Pagó adelantado un año de mi aprendizaje, y hoy tengo una magnífica tienda de modas. Yo tenia gusto, aprendí fácilmente, y en muy poco tiempo fuí una de las modistas mas hábiles del obrador. La señora de Vermont se alegró con toda su alma de haber asegurado mi porvenir. ¡Pobre señora! Poco tiempo despues la perdí. ¡Ah! mucho la lloraré. Me dejó mil escudos, recomendándome que me portase siempre bien...

—¡Tú no me has escrito nada de eso!

— ¡Ay! amigo mio! ¿acaso las modistas tienen tiempo para escribir?... Lleguemos ahora á la época en que conocí á Villemart...

— ¿Tu marido sin duda?

— Sí; yo veía rondar todo el día delante del obrador á un jóven... muy guapo... bastante alto... de buena apostura... el pelo casi tan negro como el mio... y unos ojos tan expresivos... que no se pueden definir... En fin, cada vez que yo salía, iba siguiéndome, luego me habló... luego me dijo que me adoraba...

— ¡Sí, la cháchara de costumbre!...

— ¡Yo, que no sé ocultar lo que siento, le confesé en seguida que no era insensible á su amor!...

— Y entónces...

— ¡Oh! bien ví que esperaba hacer de mí su querida... porque las modistas no tienen gran reputacion de virtud!

— ¡En general, no pasan por vestales!

— Pero en todos los estados se puede permanecer honrada cuando se ha tomado esa resolucion; y como yo estaba resuelta á ello, dije á Villemart: Yo os amo, no os lo he ocultado; pero no por eso espereis que cederé á vuestros ruegos; yo no me entregaré sino al que sea mi marido; ¡jamás seré la querida de un hombre, aun cuando ese hombre me cubriera de oro y pedrería!

— ¡Ah! eso está muy bien, María, y estoy orgulloso de tí!

— Villemart intentó durante algún tiempo triunfar de mi resolucion; pero cuando vió que no habia otro medio, me dijo: «Estoy pronto á casarme con vos...»

— ¿Pero qué hacia ese jóven? en qué se ocupaba?

— Me dijo que pertenecia al comercio y hacia operaciones con Inglaterra; por lo demás, siempre tenia los bolsillos llenos de oro y parecia vivir holgadamente.

— ¿Le confesaste que toda tu familia se reducía á un hermano?

— ¡Oh! fué lo primero que hice; y esta confianza, en vez de entibiar su amor, pareció haberlo aumentado. Miraba con frecuencia mi frasquito, y me decia examinándolo: «Indudablemente sois hija de una gran señora... en este frasquito hay armas grabadas, y algun dia sabrémos á quien pertenecen.» En fin, como le dije que una vez casada queria establecerme de modista, me dió una cartera que contenia diez mil francos, diciéndome: «Ese es mi regalo de boda, ya veis que tenéis con qué estableceros.» Yo no tenia ya razon para negarme á ser su mujer, y me casé con él...

—¿Estás bien segura de que tu casamiento habrá sido en toda regla? Algunas veces suelen engañar á las jóvenes...

—¡Oh! tranquilízate, no me han engañado!... Quise que me casara un anciano sacerdote á quien yo conocia y en el que tenia entera confianza. Contando con establecerme dejé mi obrador; además, mi marido lo quiso. Tomamos una casita retirada y quise comprar en seguida un establecimiento. Pero Villemart se opuso á ello, diciendo: «¡No hay prisa ninguna! tienes tiempo de sobra! debes gozar un poco de tu libertad!» Yo habria sido muy feliz si mi marido no me hubiese dejado con frecuencia; pero, segun decia, tenia mucho que hacer y asi lo exigian sus negocios; algunas veces se ausentaba durante tres dias, otras algo más. Así pasaron seis meses. Pero desde entonces las ausencias de mi marido empezaron á ser mas frecuentes. Cuando yo me quejaba, me respondia de mal humor, hasta con ira... «¡Ya sabes que yo no tengo mucha paciencia!» Además, iba advirtiendo que Villemart no era ya el mismo para mí. Me canso de estar siempre sola, le dije un dia; no quereis que me establezca, y eso es lo que voy á hacer si en vuestros viajes no me llevais con vos. «Haced lo que querais,» me respondió Villemart. Dos dias despues me dejó... ¡Hacia justamente ocho meses

que estábamos casados!... desde entonces no le he vuelto á ver!...

—¿No lo has vuelto á ver?...

—¡No! no ha vuelto á aparecer en Rouen; pero me dejó esa suma de diez mil francos, de la que habíamos gastado muy poco. Tomé una tienda de modas, y al poco tiempo llegué á ser una de las primeras modistas de la ciudad. Ganaba mucho dinero, pero no era feliz, porque no dejaba de acordarme de mi marido... yo me decia: Si me ha abandonado, es porque otra mujer posee su amor... ¡Ah! si yo conociera á la mujer que me ha robado el corazón de mi esposo!... ¡Ah! Víctor... no sé hasta donde llevaria mi venganza!...

Al decir esto, ¡María se ha levantado, su pecho respira con dificultad, y sus ojos lanzan chispas!...

—Vamos, cálmate, ¡pobre hermana mia! dice Víctor haciendo sentar á la jóven; en todo esto lo que veo es que tu marido es un calavera y que no era digno de tu amor!

—Sí... yo lo creo tambien... pero ¿quién no hubiera caido en la red de sus buenas palabras?... Tiene talento... elocuencia... y sus ojos... ¡ah! yo no queria escucharle... pero se habria dicho que sus miradas me fascinaban!...

—¿Y no te ha escrito siquiera para decirte dónde está?

—Nada... ni una letra... y hace dos años y medio que me dejó...

—¡Y no me has hecho saber nada de esto!

—¡Ah! hermano mio, hay cosas que pueden decirse, pero que no pueden escribirse!

—¿Y continuaste en tu tienda de modas?

—Sí... me iba en ella perfectamente.. ¡Muchos hombres empezaron á galantearme y cansarme con sus declaraciones!... no necesito decirte que fueron muy mal recibidos!... mi marido puede engañarme! pero yo no lo engañaré!

—¿Y por qué casualidad estás ahora en Paris?

—Porque hace ocho dias que un caballero que me habia visto muchas veces del brazo de Villemart, entró en mi tienda y me dijo: «Vuelvo de hacer un viaje... he pasado hace dos meses algunos dias en Paris, y he visto allí á vuestro marido.» ¡Ah! ya pensarás que en seguida tomé mi resolucion, hice mis preparativos, puse á una persona al frente de mi tienda, y partí para Paris, donde he llegado ayer; y si Villemart está aquí, ¡ah! yo te respondo de que sabré hallarle... ¡Aunque estuviera disfrazado, aunque se ocultara en el barrio mas apartado... yo lo descubriré!...

—¿Y nuestro frasco?... supongo que lo habrás traído contigo?

La jóven deja caer la cabeza sobre el pecho y da un profunde suspiro.

— ¡Nuestro frasco!... ¡ah! hermano mio, vas á reñirme... y sin embargo, ¿podia yo adivinar que Villemart me abandonaria? Muchas veces se habia llevado en sus viajes nuestra preciosa alhaja, suponiendo que podria encontrar al propietario, ó al menos á alguno que reconociese las armas grabadas encima... Al dejarme la última vez se lo llevó consigo.

— ¡Miserable!... nos ha quitado el único objeto que podia ayudarnos á que hubiésemos hallado á nuestros padres... ¡Ah! María! María! por qué te separaste de él!...

— Perdóname, hermano mio, ¡pero tambien yo creí que nunca me separaria de mi marido!

Víctor se pasea agitado por la habitacion, se golpea la frente, se desespera y murmura:

— ¡Nuestro frasco, nuestro querido frasco... el único objeto que teniamos de nuestra madre!... ¡Todo ha concluido ahora!... ya no nos queda esperanza de volver á hallar á nuestros padres!...

— Yo tambien estoy tan desesperada como tú, Víctor; ¿pero podia yo precaver lo que ha sucedido?...

— No... es verdad... pero ese Villemart... ¡si al menos yo le conociese!... Veamos, házme su

retrato... ¡yo buscaré tambien á ese señor que se casa con mi hermana para dejarla plantada al cabo de ocho meses!...

—Tiene veintiocho años... es de estatura mas que mediana, esbelto, bien formado, pelo muy negro, pestañas espesas, ojos negros, cuyo brillo es singular, pero que rara vez se fijan en vos... boca pequeña, dientes magníficos, en fin, un buen mozo.

—¿Cómo lleva el pelo?

—¡Ah! cambiaba de peinado con frecuencia, pero nunca sé echaba polvos, llevaba el pelo sujeto por detrás con una cinta; vestia con elegancia, y tenia todo el aire de un lechuguino.

—Está bien, me acordaré de todo eso. ¿Así, vas á quedarte en Paris?

—Sí, hasta que haya encontrado á Villemart. Entre tanto toma esto, Víctor...

—Un bolsillo... ¿á qué me das eso?... no necesito dinero... gano lo bastante para tener con que vivir...

—Víctor, piensa en que soy tu hermana, que lo que yo tengo tambien es tuyo... ¡Crées que pretendo humillarte!... ¿Quieres continuar siendo mandadero? sea, si tal es tu gusto, pero hay conveniencias que deben respetarse... si yo quisiera salir contigo, ¿me darías el brazo con esa

chaqueta y esa gorra? Ahora mismo no querias venir conmigo á esta casa por temor de comprometerme...

— Es verdad...

— Pues bien, con lo que contiene ese bolsillo, te comprarás un vestido completo... con el que podrás darme el brazo, sin que haya nada en nosotros que choque á los necios. ¿Crées que obro así por orgullo?

— No, Maria, no, y en verdad que tienes razon, así es mejor. En efecto, ¡el mundo es tan tonto!... no juzga á las personas sino por lo que aparentan... y para ser recibido en todas partes, no basta ser hombre de bien, ¡es preciso ir bien vestido!...

— Eso no me impedirá, hermano mio, que vaya á hablar contigo á tu puesto siempre que quiera: ¿Dónde estás generalmente?

— En el bulevar del Temple, casi esquina del arrabal.

— Está bien, yo tambien voy á tratar de volver á encontrar en Paris á una amiga que tenia en Rouen... una jóven muy guapa... de alguna mas edad que yo, y que se casó con un grabador, con el que se vino á vivir á Paris; la señora Roberval, ¿la conoces?

— No... ¿tienes las señas de su casa?

— Me las envió, pero las he perdido.

— Si es un grabador, pronto se le encontrará.  
Adios, María, me vuelvo á mi puesto...

— ¿Supongo que vendrás á verme con frecuencia?...

— ¡Te lo prometo, y tú, si descubres alguna cosa tocante á tu marido, ven pronto á avisarme, porque quiero absolutamente conocer á ese señor!... y una mujer no puede ir siempre sola á todas partes!

— ¡Oh! no soy ni perezosa ni tímida; pero tranquilízate, lo sabrás todo.

— Víctor vuelve á abrazar á su hermana, y despues la deja para ir á comprarse un vestido completo de jóven de buena sociedad, y hace de él un paquete que va á llevar á su habitacion.

---

## XV.

### UN AMIGO VERDADERO.

Florentina se habia dicho : Es preciso tener el valor de soportar las consecuencias de su falta ; no procuraré disimular mi posicion, ocultar mi estado ; no comprimiré á mi hijo bajo un corsé que puede lastimarle. No permaneceré encerrada en el fondo de una habitacion, porque el aire libre es necesario para la salud , y una debe cuidar la suya cuando lleva en su seno una nueva criatura que no nos ha pedido la vida , pero á la que es de nuestro deber facilitarle el camino. Continuaré , pues, yendo al bulevar á vender mi mercancía , pronto verán que he dejado de ser honrada , me abrumarán á indirectas , se reirán de mí con aire burlon al mirarme... y soportaré todo eso sin quejarme... no debo pensar mas que en mi hijo...

Lo que Florentina habia previsto no tarda en realizarse : su embarazo se hace muy visible , entonces las malas lenguas se encargan de cantar los epigramas contra aquella cuya cordura y buena conducta las habia despedido tanto tiempo. La Roufflard no es la última en lanzar sus sarcasmos

sobre la posicion de la vecina. Solo Turlure, siempre buena, porque probablemente se sentiria dispuesta á hacer lo mismo que Florentina, ha intentado desmentir primero los rumores que empezaban á correr; pero cuando el hecho se vuelve evidente, y además la jóven no ha intentado negar su estado, Turlure se encarga de responder á los sarcasmos de la Roufflard.

— ¡Bueno será el año! dice la vendedora de alajú. Todo brota ¡que es una bendicion de Dios! ¡Hasta se dice que habrá tantos chicos como albaricoques!

— Pues bien, tanto mejor, responde Turlure; con eso no veremos el fin del mundo!...

— Verdad es que desde el momento en que las *doncellas* toman una parte en ello, ya no hay razon para que esto concluya...

— Seria chistoso, si porque una es guapa la estuviese prohibido ser sensible.

— Lo que á mí me sorprende es que ya no se vé un padre por el mundo... parece que ese señor no está muy orgulloso de lo que ha hecho...

— ¡Será que sirve tal vez en el regimiento de vuestro marido, que nunca vuelve de la guerra!

Florentina oia todo esto, pero no respondia nada, parecia indiferente á esta conversacion; solo alguna que otra vez decia á Turlure :

— ¡No respondas á lo que esas mujeres dicen de mí!... ¡Despues de todo, soy culpable, he cometido una falta, debo ser castigada!

— ¡Pero todas las que hablan mal de tí, estoy segura que han hecho cien veces mas que tú, y por consiguiente, no tienen derecho á burlarse de tí!...

Florentina no temia mas que una cosa, y era la presencia del señor de Germancey; conocia que delante de él le faltaria el valor, y sin embargo deseaba verle, porque decia que ya no le quedaba mas amigo que él; estaba segura de que le perdonaria su falta, y le daria buenos consejos para educar á su hijo.

El señor de Germancey, por su parte, se fastidiaba de no ver á su jóven amiga, y una noche va al bulevar del Temple, diciendo para sí:

— ¡Vamos á saber en qué estado se hallan los amores de mi antigua protegida!... plegue á Dios que no la encuentre tan triste como la última vez.

Y como si presintiera una desgracia, se le oprime al conde el corazon al acercarse al sitio donde Florentina se pone habitualmente. Aun cuando ya estaba oscureciendo, ve en seguida á la jóven, y procura leer en sus ojos la impresion que siente á su vista. Pero al reparar Florentina en el que fué

su protector, da un débil grito, y luego oculta su rostro entre sus manos.

— ¡Ay! hija mia, ¿os desagrada tanto el verme que ocultais vuestras lindas facciones huyendo de mí?... dice el conde. ¡Si es así, me alejaré!

Florentina alarga por toda respuesta una de sus manos al conde, quien entonces puede ver parte de su rostro bañado en lágrimas, y oye su dulce voz que le grita :

— ¡Perdonadme! ¡oh! por favor, caballero, perdonadme y no me despreciéis!

El señor de Germancey estrecha fuertemente la mano que le tienden :

— ¡Despreciaros yo!... ¡Oh!... jamás, pobre niña!... ¿Pero á qué vienen esas lágrimas... esos sollozos?... por qué me pedís perdon?... porque sois desgraciada... ¿Acaso es culpa vuestra?... Adivino que vuestro seductor os ha hecho traicion... abandonado...

— ¡Sí, señor, sí, me ha abandonado... cuando yo se lo he sacrificado todo... cuando yo creí en sus juramentos, en sus promesas de casamiento... y llevo en mi seno una prenda de mi debilidad... y el dia que le dije que era madre... cuando entonces reclamé su palabra... cuando le supliqué que diese un nombre á su hijo, entonces me abandonó, me dejó bruscamente!... ¡Hace cuatro meses

de esto, y desde entonces no le he vuelto á ver, ni me ha escrito, ni he oido hablar de él!

— ¡Ah! es un miserable!

— Y no sé nada... ni dónde vive... ni en qué se ocupaba... ¡todo me lo habia ocultado! Sin embargo, debo confesar que me obligó á aceptar una sortija, que creo es de mucho mérito... pero yo no lo entiendo... un dia os la enseñaré, señor. ¡Ah! es todo lo que su hijo tendrá de él!

— Creedme, pobre niña; ¡olvidad á ese cobarde! olvidadle enteramente... y conservaos para el hijo que llevais en vuestro seno... y quién sabe!... tal vez sea una fortuna para él que no lleve el nombre de su padre.

— ¡Ah! señor, qué bueno sois! me perdonais, ¿no es cierto?... querreis venir á hablarme alguna que otra vez?...

— ¡Si querré! ¿no es ese mi deber por ventura? no prometí á vuestra madre protegeros?... ¡Cómo! ¿cuando la desgracia se ceba en vos he de abandonaros?...

— ¡Mi pobre madre!... ¡Ah! si me viese ahora se sonrojaria de su hija!...

— Vuestras lágrimas la ablandarian, y os abrazaria perdonándoos; se puede ser severo para impedir una falta, pero una vez cometida, es pre-

ciso decidirse... por lo demas , creo que no procurais ocultarla...

— ¡ Oh ! no señor , sufro las burlas , los sarcasmos y murmuracion de muchas gentes... pero oigo todo esto sin quejarme , porque digo para mi : he delinquido , necesito sufrir la pena...

— Valor , pobre niña , os queda un amigo , que no os abandonará.

— ¡ Oh ! gracias , señor !

El conde permanece aun bastante tiempo al lado de Florentina , y no la deja hasta despues de haberla prometido que volverá á verla muy pronto.

La vendedora de alajú le mira alejarse , murmurando :

— ¡ Calle !... ¿ es ese el padre ?

— ¡ Sois una harpía ! responde Turlure ; bien sabeis quién es el padre , porque no charlabais poco acerca del jóven cuando venia á hablar con ella bajo pretexto de comprar naranjas... hoy fingis sospechar de ese buen señor que hace tanto tiempo vela por Florentina.

— ¡ Si es así como vela !... bonito modo tiene de guardarla !... gracias , ; no le daria yo mis conejos para que tuviera cuidado de ellos !...

El mozo de café , Boursiquet , interrumpe esta conversacion , acercándose corriendo á dar una contraseña á Turlure :

— ¡Señorita!... tomad... es para los sillones de orquesta de la Alegría... ¡Id pronto!... hacen un melodrama soberbio! ¡*La torre del Sur*, ó *el incendio del castillo de Lowinska*! ¡Me parece que es un título seductor!

— ¡Ah! gracias, mi buen Boursiquet... ¿Quién trabaja en ese melodrama?

— *Marty, Dumenis, Riviere...* y vuestro favorito *Revalard...*

— ¡Calle! ha dejado ya la Puerta de San Martín!... á ese hombre le gusta mucho cambiar de teatro!... Quedáos ahí, Boursiquet... pero ¿y si os llaman á vuestro café?...

— No tengais cuidado ninguno, señorita... yo sabré atender al mismo tiempo á la media taza y á los pastelillos de manzana... pero decid... ¿está enferma la naranjera?... me parece que ha enflaquecido de cara y engordado por abajo... ¡eso no es natural!...

— ¡Qué tonto es este Boursiquet!... á su edad... no vé mas que el fuego!... voy á despa-  
charme y volveré en el entreacto.

La rubilla se ha ajustado su cofia, y echa á correr al teatro de la Alegría. Apenas hace dos minutos que el mozo de café se ha instalado en el puesto de Turlure, cuando oye que le llaman dando gritos: ¡Boursiquet! Boursiquet!

— Que os llaman en vuestro café, le dice Florentina; idos á vuestra obligacion, que yo cuidaré la mercancía de Turlure.

A Boursiquet le cuesta mucho trabajo decidirse, y deja con bastante pena los pastelillos de manzanas.

— ¡Pobre muchacho! dice para sí Florentina; ama verdaderamente á Turlure... y ella no le ama!... ¿será siempre así, y estará condenada á no verse correspondida la persona que ha entregado su corazon?

Un pilluelo, siempre tan flaco, tan delicado y tan débil, el pequeño Beulard, se llega corriendo al puesto de Turlure y escoge uno de los pastelillos mas grandes, exclamando:

— ¡Ah! esta noche voy á regalarme!... lo cual no me sucede con frecuencia! pero ¡cáspita! hoy he tenido una buena propina!... quince sueldos! un inglés me ha dado una moneda de quince sueldos!... por que le he explicado el retrato del famoso *Chinderhannes*!

— ¡Calle! es el pequeño! es *Curtius*! dice la Roufflard; ¿enseñas ahora buenas cosas?

— ¡Sí; hace ocho dias que no cabe la gente, porque enseñamos á *Chinderhannes*!

— ¡Y qué es eso de *Chinderhannes*!... vaya un nombre raro!... á mí me suena á salchichon!

— Es ese horrible bandido... el jefe de los incendiarios... que afortunadamente hace un mes ha sido preso y sentenciado. Parece que su verdadero nombre era *Juan Buckler*, Chinderhanne era un nombre de guerra; trabajaba en el Mediodía, llevaba consigo una banda muy numerosa, y ¡desgraciadamente no se ha podido cojer á toda la partida!...

— ¡Y cómo ha echo tu patron el señor Curtius, para procurarse el retrato de ese bandido?

Beaulard se echa á reir respondiendo:

— ¡Pues me gusta!... teniamos un poeta, un tal Corneille, que no servia para nada, y el señor Curtius lo ha vestido de bandido, le ha puesto barbas y unos bigotes muy largos, y muy negros... y ¡cátate ahí un Chinderhanne espantoso!

— Vaya, vaya... ¡tampoco sabe tu patron!... id á ver sus figuras para tener una idea del personaje!

— Lo mejor de todo es que el inglés ha tomado papel y lápiz, y se ha puesto á copiar la cara de nuestro Chinderhannes, diciendo: «Lo enseñaré en Inglaterra»... pero me voy corriendo á mi tienda.

— ¡Vas á regalarte con tus quince sueldos!

— ¡Oh! los trece que me quedan serán para mi madre!... he gastado dos sueldos... y es bastante!

El jóven se ha alejado con su pastelillo, despues de haber dado dos sueldos á Florentina, y esta, que le ha escuchado con una emociion de que no puede darse cuenta, le sigue con la vista, diciendo para sí :

— ¡Buen hijo!... cómo ama á su madre!... así, pues, se puede ser feliz por sus hijos!

## XVI.

### EL BAUTISMO.—LA SORTIJA.

El tiempo pasaba, y Florentina se acercaba al término de su embarazo. El señor de Germancey iba como en otro tiempo á ver á la linda vendedora, tratando de consolarla con buenas palabras llenas de razon y de amistad.

Una cosa atormentaba á Florentina : preguntábase quién querria ser padrino de su hijo, cuyo padre seria desconocido. Aun no se habia atrevido á hablar de esto á su protector, y sin embargo, solo á él podia pedir consejos.

Un dia, que parecia mas triste aun que de costumbre, el conde, que leia con frecuencia en su pensamiento, le dijo :

—A propósito, mi querida amiga, se acerca el momento de que salgais de vuestro cuidado, y todavía no me habeis dicho á quien elegis para padrino de vuestro hijo.

Al oir estas palabras, Florentina se echa á llorar y dice balbuceando :

—¡Ay! no lo tengo, señor ; ¿quién ha de que-

rer dar un nombre á esta pobre criatura abandonada por su padre?

—¿Quién?... ¡eh! yo! que seré su protector, como he sido el de su madre!

—¡Vos! vos, señor! será posible! consentireis!... gracias, señor; me haceis muy feliz... no puedo espresaros toda la alegría que siento... vos, padrino de mi hijo... ¡ah! ya no lloraré mas, señor, me haceis olvidar todas mis penas.

La futura madre toma en su alegría las manos del conde, y quiere llevarlas á sus labios, lo que cuesta á aquel no poco trabajo impedirlo. Luego que ha conseguido moderar los trasportes de gratitud de la jóven, exclama:

— Ahora solo se trata de hallar una madrina; ¿se os ocurre acaso alguna, hija mia?

—¡Dios mio! estaba yo tan triste, señor, cuando veía llegar ese momento... no me atrevia á formar proyecto alguno!... sin embargo, hay una persona... ¡oh! pero jamás me atreveré á proponérsela para madrina...

Y al decir esto, Florentina dirigia sus miradas hácia el lado de su vecina Turlure, que estaba justamente en su puesto.

—¡Atreveos, pues, atreveos, hija mia! continúa el conde; nosotros no somos orgullosos... haríamos muy mal en serlo hoy!... y además, yo no

lo he sido nunca; á quien siempre he despreciado ha sido á los bribones.

— Pues bien, señor, ahí tengo... una vecina... Turlure... es una jóven muy buena, que siempre me ha demostrado la mas grande amistad, y ha salido á mi defensa de las malas lenguas... que cuando me vé llorar trata de consolarme... ¡pero vende alajú y pastelillos de manzanas!...

— Y bien, ¿qué mal hay en eso?... os ha probado su amistad, eso es lo principal... ¿es esa rubita... esa pizpiretilla, que siempre se está riendo?...

— Sí, señor, ella es...

— No sentiré tener una comadre tan guapa...

— ¡Ah! qué bueno sois!... ¡Turlure! Turlure!... ven aquí, que tengo que hablarte!

La jóven se apresura á ir donde está Florentina, y despues hace muchas reverenciãs al conde.

— ¿Me has llamado, vecina?

— Sí, Turlure; ¿vés qué contenta estoy?... pues bien, es porque este caballero, mi protector, de quien te he hablado tantas veces... el señor conde de Germancey, se digna ser padrino del niño que voy á tener...

— Caballero... ¡oh! comprendo que estés contenta... ahora supongo que no continuarás llorando siempre!

— ¡Oh! no, ahora veo que todavía puedo ser feliz... pero no es eso todo... el señor se ha dignado... dejarme que elija la madrina... y te he elegido á tí... ¿quieres tú serlo?...

— ¡Yo!... yo!... la madrina... con este caballero!...

Y Turlure, en medio de su alegría, empieza á saltar apoyándose en el puesto, y poco le falta para echar á rodar todas las naranjas.

— ¿Si quiero serlo?... ser madrina con este caballero... ¡qué placer... tanto honor!...

— No hablemos de honor, hija mia, dice el conde. Quereis mucho á Florentina, y yo la amo con la ternura de un padre... así pues, no podia haber elegido mejor para sacar á su hijo de pila...

— ¡Ah! señor, no tengais cuidado, tengo un vestido muy lindo, una cofia nueva con cintas muy bonitas... zapatos sin estrenar...

— No os apureis por vuestro traje, señorita Turlure, porque siempre me pareceris linda...

— ¡El señor sabe mi nombre...! ¡ah! cuánto me alegro... sabe mi nombre!...

— Vamos, Turlure, ten juicio... ahora da gracias á este caballero, y vuélvete á tu puesto...

— Sí... sí... ¡ah! la Roufflard si que rabiará y se morirá de envidia cuando sepa que yo soy ma-

drina con este caballero... Hasta la vista, caballero... ¡ah! qué contenta estoy!... hasta la vista, y un millon de gracias, caballero!...

—Has'ta la vista, mi futura comadre.

—¡Sois muy bueno!... vamos, si no me contuviese, me ponía á bailar en el bulevar!...

El conde no tarda en dejar tambien á Florentina, que se queda en extremo contenta: ¡se necesita algunas veces tan poco para cambiar nuestro humor y echar una gota de rocío en nuestro porvenir!...

Muchas semanas pasan aun, y hasta el último momento la linda vendedora quiere ir á vender al bulevar, porque ve que de este modo está mejor de salud. Pero una noche, al ir á ver el conde á su protegida encuentra el puesto vacío, y Turlure corre hácia él y le dice:

—Caballero, esta mañana á las ocho ha salido de su ocasion... es una niña, señor, una niña muy mona, muy chiquitina, pero muy guapa... la madre y la hija siguen bien.

—Bueno, ¿y puedo ir á ver á la recién parida?

—¡Pues ya lo creo!... y poco que se alegrará de enseñaros á su hija... ¡Oh! id allí, caballero... Y despues señalareis dia y fijareis el momento... ¿ya sabeis para qué?...

— Seguramente, y por mi parte estoy pronto.

— Tambien yo... no hay que retardarlo, porque el médico ha dicho á Florentina que no podia criar, y luego, que su hija estaria mejor en el campo que en Paris... Entonces han hecho venir un ama... En casa de Florentina hay una señora muy buena que conoce una aldeana de las cercanías de Corbeil que cria niños muy hermosos... y le han escrito en seguida...

— Han hecho perfectamente. Voy á casa de Florentina, y si le conviene, mañana será el bautismo.

— ¡Oh! sí, señor, mañana, por mi parte tengo mi traje listo...

— ¡Ah! es costumbre ir á recoger á la madrina... ¿A dónde vivís?

— No, señor, no quiero que vayais á mi casa... ¡oh! por supuesto, es muy fea... Me encontrareis en casa de Florentina, á la hora que me digais.

— Como gustéis... voy á ver á la recien parida.

— ¿Sabeis dónde vive, señor?

— Sí, me ha dado las señas de su casa... ¡hasta mañana, comadre!

— Hasta mañana, com... ¡oh! nunca me atreveré á llamaros mi compadre!

El señor de Germancey encuentra á Florentina acostada en una cama muy limpia, y á su lado

conserva á su hija envuelta ya con coquetería.

La jóven madre enseña con embriaguez su hija al señor conde, diciéndole :

— Mirad, señor, mirad á vuestra ahijada, ved que guapa es... me parece que ya os sonrie. ¡Oh! besadla, besad á esta pobre niña que os amará y os respetará como yo lo hago...

El conde besa á la niña, que anuncia, en efecto, que es muy robusta, y despues la vuelve á poner junto á su madre, diciendo :

— ¿Teneis para ella algun nombre predilecto?

— No, señor... y no quiero que se llame Turlure, quiero que vos se lo pongais.

— ¡Pues bien! si lo permitis, la llamaré... Honorina.

— ¡Honorina! oh! sí, es un nombre muy lindo... y además os recuerda... una persona á quien amabais tanto!

El conde vuelve la cabeza para ocultar la impresion que le causa este recuerdo; Florentina se apresura á responder :

— ¡Ay señor, yo esperaba criar á mi hija, pero no puedo! el médico ha dicho que mi leche no sería buena, y que además mi hija necesitaria del aire del campo ¡Mi hija!... oh! qué feliz soy cuando digo eso! entonces, señor, por mucha que sea la pena que me cueste separarme de ella, me

he decidido... Esta señora, que veis aquí, y que se ha dignado ser mi enfermera, conoce á una nodriza excelente... que vive muy cerca de Corbeil, no está léjos de aquí; ahora poco envió á su hijo, que tiene quince años, y mañana se vendrá con ella... He hecho bien, ¿no es cierto, señor?

— ¡Sí, mi querida amiga, la salud de vuestra hija ante todo! ¿Y cuándo es el bautismo?

— ¡Toma!... ¿si quereis que sea mañana, señor?...

— ¡Con mucho gusto!

— Mañana á las dos, ¿es buena hora para vos?

— Perfectamente, no tengo nada que hacer.

— Turlure vendrá en seguida, se lo diré.

— Vengo de verla... ¡Oh! no faltará!

— Entonces, esta decidido, ¿no es verdad, señor? Sereis padrino de mi hija, ¡oh! gracias, señor, gracias mil veces por ella y por mí.

El señor de Germancey da otro beso á la pequeña Honorina, y despues parte para ocuparse en los preparativos de las nuevas funciones que va á llenar.

Al dia siguiente, á la hora susodicha, el conde llegaba en carruage delante de la casa de Florentina, donde estaba ya reunido todo el mundo. Despues de haber entregado muchas cajas de dulce á la madre, y otras tantas á la madrina, entrega ade-

más una docena de pares de guantes, porque las gentes de buena sociedad, aun cuando ya no sean ricas, hallan siempre medios de ser fieles á las buenas tradiciones. La cortesía y la galantería son á las gentes bien nacidas como el acento del país, que no se pierde nunca enteramente.

La señorita Turlure está soberbia, es tan feliz, que no se atreve á hablar; quiere hacerse la grave, y sin embargo, no puede contener algunas exclamaciones de alegría al recibir los guantes y los dulces.

El carruaje parte con todos. Florentina ha seguido con la vista á su hija, de la que ya le cuesta trabajo separarse, y en el fondo del alma se alegra de que la nodriza no haya llegado aun; con eso tendrá á su hija mas tiempo á su lado.

Las dos ceremonias se llevan á cabo en la alcaldía y en la iglesia.

—Al dar el conde á su ahijada el nombre de Honorina, dice para sí:

— ¡Pobre niña! ¡Plegue á Dios que seas mas feliz que la Honorina á quien yo adoraba, y cuyo nombre quiero que lleves!

Regresan á casa de la recién parida, que hace que le vuelvan á entregar su hija. Pero pronto vuelve el hijo de la que asiste á Florentina, con una robusta aldeana, cuya franca y fresca figura

respira la salud y la alegría. Es la nodriza, llamada Chausseux. Y Florentina la mira casi con celos, pensando en que va á quitarle su hija. Pero este sentimiento no tarda en disiparse cuando ve la avidez con que la pequeña Honorina toma el seno que la aldeana le presenta. Para una buena madre, la salud de su hijo debe pasar ante todo, y despues la nodriza pide descansar un dia en Paris y no se volverá á ir hasta que pasen dos dias. Habrá pues, tiempo de asegurarse si será buena y complaciente para Honorina.

El señor de Germancey ha besado á su ahijada, y luego ha partido, despues de haber hecho un regalo á la nodriza, cuya franca y alegre fisonomía le agrada mucho, y de volver á recibir las gracias de Turlure y las bendiciones de Florentina, á la que ofrece volver pronto.

Durante todo el dia, Florentina no pierde de vista á su hija, á quien la nodriza parece que empieza á tomar cariño.

— ¡Qué chiquitina!... qué delicada! dice la madre Chausseux examinando á la niña; y bien, tranquilizaos, apuesto á que os la traigo hecha un rollo de manteca. ¡Ah! es que el aire es muy saludable en el campo, y los chicos crecen en él como los hongos!

Florentina no tiene tanto interés en que su hija

se ponga muy gruesa, como en que se desarrolle bien en casa de su nodriza; además, esta no vive lejos de Paris, en algunas horas se puede ir á su casa, y la madre se promete ir mas de una vez á casa de la Chausséeux.

En fin, la nodriza ha partido con la pequeña Honorina. Florentina ha llorado mucho al besar á su hija. Al fin triunfa la razon, y escucha á Turlure que le dice :

— Si te apesadumbras vas á caer enferma, y entonces no podrás ir á ver á mi ahijada, y tendré que ir yo sola.

Cuatro dias han pasado desde que se han llevado á su hija, y Florentina quisiera ya volver á vender sus naranjas, porque ahora piensa en ganar dinero y ahorrar cuanto pueda; pero el médico le ha mandado que guarde aun cama dos dias. Así es que ve llegar al conde con vivo placer, porque con él podrá hablar de su hija.

El señor de Germancey escucha con su bondad ordinaria todo lo que la madre le cuenta, todos sus proyectos acerca del porvenir de su hija; dice á la convaleciente que tenga paciencia, pues ya quisiera salir, y la hace comprender que su salud es tan preciosa para su hija como para ella misma, puesto que la pequeña Honorina se verá privada de recibir las caricias de su padre.

— ¡Su padre! murmura Florentina, ¡oh! todo ha concluido! nos ha abandonado para siempre... A propósito, señor, no os he enseñado aun esa alhaja... esa sortija que me dió.. quisiera que la vierais y me dijerais si es buena... yo no entiendo de pedrerías, y sin embargo, estas me parece que son buenas...

— Enseñadme vuestra alhaja, mi querida amiga; en otro tiempo las compraba yo con mucha frecuencia, y os diré poco mas ó poco menos su valor.

El jóven se inclina hácia una cómoda, abre un cajon, y saca de él una cajita de carton, donde estaba colocada entre algodones la alhaja que su amante le habia dado. Presenta la sortija al conde. Al mirarla este da un grito de sorpresa, despues cambia de color, y su emocion es tal, que tiembla al tomar el anillo que examina con ansiedad.

— ¡Dios mio! ¿qué teneis, señor? dice Florentina; la vista de esa alhaja os ha conmovido... ¿Qué os recuerda?

— Esta sortija... ¡oh! sí, es ella... la conozco... mirad... aquí en el engarce debe haber grabadas dos letras... sí... sí... aquí están... algo borradas... pero todavía se distinguen... mirad... mirad...

— Calle, es verdad... yo no habia reparado en ellas... me parece que es una H y...

— Y una S... su cifra... Honorina de Sauvigné...

— ¡ Oh ! ¡ Dios mio !... qué decis, señor... esta sortija...

— Ha pertenecido á la señorita Honorina de Sauvigné, debo conocerla bien ; yo fuí quien se la regalé poco tiempo antes de la prision de su padre, estábamos ya desposados, y quise que grabaran su cifra encima.

— ¡ Será posible !

— Mi querida Honorina estaba loca de contenta con esta alhaja, que le gustaba mas que todas las que tenia ; no se separaba de esta sortija sino muy raramente, ó cuando se bañaba, que la dejaba entonces en su gabinete encima de la mesa de tocador. Un dia, al entrar allí, buscó en vano su sortija... habia desaparecido... y no se volvió á encontrar.

— ¡ La habian robado !

— Seguramente.

— ¿ Y no pareció el ladron ?

— El marqués de Sauvigné tenia muchos criados... ¡ no se atrevieron á sospechar de ninguno por temor de acusar á un inocente !

— ¡ Robada !... una sortija robada !... y ¿ cómo habrá ido á parar á manos de Francisco ?

El conde permanece algun tiempo sin responder, y al fin murmura :

— ¡Al cabo de tanto tiempo... porque hace de esto doce años!... esta alhaja ha debido pasar por muchas manos!...

— Es verdad... pero en fin, señor, ¿es de algun valor?

— Son diamantes verdaderos... rubies... esta sortija me costó cuatro mil francos...

La jóven palidece, respondiendole á media voz :

— ¡Cuatro mil francos!... un objeto de tanto valor que me ha dado... tan fácilmente!...

El señor de Germancey quiere devolver la sortija á Florentina, que la rechaza diciendo :

— Guardadla, señor... guardadla... os pertenece mas que á mí... vos fuisteis quien la compró, y quien la regaló á esa pobre señorita á la que se la robaron!... á lo menos pdeis recobrarla.

— ¡No, hija mia, no tengo ese derecho... y no quiero aceptar esa alhaja... pertenece á vuestra hija... tal vez es todo lo que tendrá de su padre!...

— ¡Una sortija robada!... oh! yo os aseguro, señor, que nunca se la pondrá!...

— No importa, debéis conservarla preciosamente... pero si algun dia os veis en la necesidad de deshaceros de ella... entonces solamente, avi-

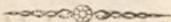
sadme... y no habrá sacrificio que yo no haga, que no me imponga, para impedir que esa alhaja pase á otras manos. ¡Hasta entonces, es lo repito, guardad esa sortija, guardadla como una reliquia santa!

—¿Lo quereis así, señor?

—Sí, lo quiero.

Florentina ha vuelto á guardar la sortija, pero permanece triste, abrumada; el conde por su parte parece sombrío, pensativo, no tarda en dejar á la jóven, y continúa preocupado con la sortija. Un pensamiento horrible se le ha ocurrido, pero lo rechaza con terror, diciendo para sí:

—No, eso seria demasiado terrible... y sin embargo la sortija fué robada por ese Severino, los resultados han hecho ver de lo que ese miserable era capaz... y... ese amante de Florentina tenia la alhaja... ¡Ah! plegue al cielo que no sean fundadas mis sospechas!



## XVII.

### ENSAYO GENERAL DE LA PATA DE CABRA EN 1806.

Tres años han pasado sin que ningun acontecimiento notable haya ocurrido á los principales personajes de esta historia. La ahijada del conde se cria muy bien, y aunque débil en la apariencia y muy delicada, ha soportado perfectamente las primeras enfermedades de la infancia que nos enseñan á sufrir desde la mas tierna edad, como si durante el curso de nuestra existencia no debiéramos acostumbrarnos á ellas. ¡Pero no todo es de color de rosa en este mundo! hasta hay personas que llegan al fin de su carrera sin haber cogido una sola en su camino.

Cuando la pequeña Honorina llegó á la edad de dos años, su madre pensó primero en llevársela consigo; pero la niña continuaba siempre delicada, la nodriza la cuidaba muy bien, y el aire del campo es tan bueno, tan preferible al de una gran ciudad, que, cediendo á los consejos del conde y de Turlure, Florentina consintió en dejar que su hija creciera y adquiriese fuerzas durante algun tiempo aun en casa de su nodriza, donde se apre-

suraba á ir á besarla y admirarla siempre que se lo permitian sus quehaceres y sus economías.

En cuanto al que la habia hecho madre, no habia vuelto á oír hablar de él; se esforzaba en olvidarle, no le nombraba para nada, sobre todo delante del conde de Germancey, y este por su parte evitaba con cuidado, en sus entrevistas con Florentina, no hablarla nunca de su seductor.

Estos tres años no habian producido cambio alguno en la situacion de Víctor y de su hermana. María no habia vuelto á hallar á su marido en París, ni tenido de él noticia ninguna. Pero esto no la impedía querer permanecer en una ciudad donde estaba persuadida que debia ocultarse el que buscaba; solo de vez en cuando hacia un viaje á Rouen.

Cuando Moucheron, ó mas bien Víctor, iba á ver á su hermana se ponía el traje nuevo que habia comprado, y entonces ya no era el mismo hombre: el jóven mandadero desaparecia, y en su lugar presentábase el lechuguino, que tenia muy buen aire y llevaba perfectamente su nuevo traje; este cambio era tal, que un dia el pequeño Beau-lard, sentado delante de su espectáculo de personajes de cera, no quiso reconocer de ningun modo á su amigo, su camarada, en el señor elegante que

se habia parado delante de él y le ofrecia media taza.

El caballero de Merillac continuaba siendo el chichisbeo de la señora de Roberval, cuyo marido se enriquecia con una rapidez extraordinaria. Este señor tenia ahora carruaje, caballos, lacayos, casa de campo magnífica, lo cual no le impedía estar siempre de viaje y buscando cartas de recomendacion.

El bulevar del Temple continuaba siendo como siempre, y aun mas que siempre, el punto de reunion de los aficionados al melodrama, y el teatro del Ambigú-Cómico, muy bien dirigido entonces por Corsse, que era al mismo tiempo director, actor y autor algunas veces, obtenia en este género magníficos triunfos. La obra mayor no tenia mas que tres actos, y sin cuadro alguno. Una pieccecita sola en un acto la acompañaba. Los tiempos han cambiado mucho, se dirá, porque hoy apenas bastan seis actos y veinte cuadros para saciar el apetito del público. Pero en esto no hemos hecho mas que volver á lo que se queria antes de la Revolucion. Y un antiguo aficionado, al leer el cartel del Ambigú, que no anunciaba mas que la *Correspondencia falsa* y *Carolina y Storm*, exclamaba: — ¡Cómo! es eso todo lo que dan al público por la noche! pues no le sale poco caro! cuando yo

iba al teatro en otros tiempos, lo menos me daban tres veces mas! Me acuerdo perfectamente haber ido en el año 1790 al teatro de los *Grandes bailarines del rey*, que hoy es el teatro de la Alegría... sí, era en el mes de enero, y por vía de aguinaldo llevé á mi mujer al teatro; pues bien, aquella noche dieron lo siguiente: primero *El amor no tiene edad*, pieza en un acto muy linda; despues *Las visitas de año nuevo*, pieza de circunstancias en dos actos; en seguida *La apuesta imprudente*, pieza en un acto; despues *Los amores de Nicodemo*, vaudeville en un acto; despues *El enganche del leñador*, pantomima en dos actos, y en seguida, *Ricardo Corazon de Leon*, en cuatro actos, y en fin, para terminar, *Pierrot, rey de Cucaña*, en tres actos, con bailables, ¡sin contar con que en los entreactos se nos daban diferentes intermedios de baile!... Total, siete piezas que formaban catorce actos... eso si que se puede llamar una funcion completa...

Los que oian al antiguo aficionado estaban persuadidos de que exageraba mucho; pero no era así; el buen señor tenia la memoria exacta, y leyendo el *Moniteur* del 24 de enero de 1790, se veia en el anuncio del teatro de los Grandes bailarines del Rey que el espectáculo era tal como acababa de citarlo.

El teatro de la Alegría, dirigido entonces por Ribié, que como Corsse era director y actor, estaba muy lejos de obtener la misma voga que su vecino, cuando Martainville llevó á Ribié su famosa *Pata de cabra*.

Martainville, jóven entonces, tenia tanto talento como buen humor; no se ocupaba en política, ni tenia gota.

El teatro de la Alegría hacia explotar de antemano su comedia de mágia, tanto, que en el bulevar del Temple no se hablaba hacia mucho tiempo sino de la *Pata de cabra*, y la noche del ensayo general se disputaban con empeño el favor de asistir á él.

De más está decir que la señorita Turlure habia hecho todo lo posible por obtener este favor; porque para una persona que gusta ver de cerca á los actores, un ensayo tiene cien veces mas atractivo que una representacion, donde solo se forma parte del público, cuando en el otro caso parece como que se forma parte del teatro.

Gracias al actor *Dumenis*, Turlure es introducida en la sala y se desliza hasta la orquesta, desde donde no tenia bastantes ojos para mirar á los señores y señoras que se pasean por la escena antes que se empiece, ó que hablan con personas colocadas en los palcos y balconcillos.

Ribié, que era también hombre de talento, tenía ideas bastante originales.

Un ensayo sufría casi siempre una porción de interrupciones. El artista no respondía con exactitud, los comparsas no entraban á tiempo, algunas veces era el apuntador que se había escapado de la concha, las más veces eran músicos de la orquesta que no estaban delante de su atril; todos ellos no estaban muy lejos; volvían pronto, pero no era menos cierto que la pieza había sido interrumpida y había faltado el efecto.

En vano el director hacía poner un anuncio en el salón de los actores conminando con una multa á todo aquel que saliera una vez empezado el ensayo; á pesar de esta advertencia se iban á escondidas, prometiéndose volver á tiempo para no caer en falta, pero siempre llegaban demasiado tarde.

¿Por qué, pues, esa necesidad de dejar los bastidores y bajar en seguida á la calle Basse-du-Temple, cuando sin dejar los mil y un rincones del serrallo podían satisfacer sus más urgentes necesidades?

¡Ay! preciso es decirlo... es aflictivo para los artistas, pero esto pasaba en 1806, y desde aquel tiempo las cosas han mejorado mucho... mientras entonces el teatro de la Alegría se resentía aun de su origen: *Los Grandes bailarines del Rey.*

Habia una taberna en la calle de la Basse, frente á la entrada del teatro, y la mayor parte de los que dejaban las tablas con disimulo, tan pronto uno, tan pronto otro, y algunas veces muchos á un mismo tiempo, lo hacian para visitar al tabernero. ¡No necesitamos decir que las señoras no seguian el movimiento! Sin embargo, entre las figurantes habia tambien algunas que se ausentaban; aquellas no desaparecian para beber, pero casi siempre volvian comiendo.

Habiéndose asegurado Ribié del motivo de estas ausencias, se habia dicho :

—Es preciso que yo ponga orden en esto... cierto que no son los primeros actores los que van á la taberna... pero, en fin, puesto que la sed es una necesidad á la que no se puede resistir, solo se trata de procurar á mis empleados el medio de satisfacerla sin que dejen el teatro.

El director halló este medio, y en el ensayo general de *La pata de cabra* todos los artistas vieron con sorpresa que dos mozos toneleros llevaban una pipa de vino al teatro; esta pipa fué colocada y puesta en un aparador, al fondo de la escena; tenia ya adoptada su canilla ó espita, que daba frente al público, á fin de que nadie pudiera deslizarse por detrás para beber sin ser visto; á los dos lados de la pipa se colocaron varios vasos.

Todos los figurantes y comparsas dieron gritos de admiracion; se aplaudió al director, se le dió la enhorabuena por su idea; Martainville se rió mucho, y fué el primero que dió vuelta á la canilla; despues de haber vaciado un vaso, exclamó:

— ¡Para ser vino de accesorio no es malo, á fé mia!

— Señores, dice el director; esta pipa está á vuestra disposicion; usad de ella, ¡pero no abuseis!

— Lo juramos, exclamó un jefe de comparsa, que en su vida habia dicho mas que estas dos palabras en las piezas donde habia hablado, y al que por esta razon solo se le llamaba ¡*Lo juramos!*

En cuanto á Turlure estaba persuadida de que la pipa de vino era uno de los juegos de la comedia de magia, y esperaba á cada instante que iba á salir de la pipa un diablo ó un amor.

El ensayo empieza: gracias al expediente empleado por el director, el primer acto marcha bien, muy bien, nadie se habia ido. Verdad es que iban con frecuencia á visitar la pipa, que los figurantes hacian cola durante las escenas en que no se les necesitaba; algunos actores no desdeñaban tampoco ir allí y refrescar, y el autor les daba el ejemplo, si bien Ribié les dice:

— Tú bebes con frecuencia, Martainville.

— Sí; ¿te incomoda acaso?

—No, pero temo solamente... si tuviéramos que hacer algun cambio en la pieza...

—¡Tranquilízate! encuentro la pieza muy bien como está! Tal vez sea efecto de tu vino. ¡Querido mio, si pudieras mañana emborrachar á tu público tendrías un éxito loco!...

—Hay que intentar ese ensayo para provincias. Vamos, hijos míos, he aquí un primer acto que ha salido perfectamente... pasemos al segundo.

El papel de Guzman lo desempeñaba Marty, que entonces empezaba su reputacion; un actor antiguo, llamado *Jenest*, hacia el del tutor; Dumenis estaba admirable en el papel de D. Simplicio, y por último, el de Leonor lo desempeñaba una actriz bastante linda, llamada *Picard*.

El segundo acto marchaba sin obstáculo, los juegos funcionaban bien. Solamente el señor ¡*Lo juramos!* encargado de guiar á los alguaciles que deben prender á Guzman, no ha salido á tiempo, porque estaba ocupado en la pipa, á la que corria apenas dejaba la escena. El director habia notado la conducta de su empleado, que parecia haberse prometido no dejar nada en el tonel; reprende á este severamente y le prohíbe que vuelva allí hasta que haya concluido el ensayo. La *parte* por *medio* responde: ¡*Lo juramos!* y sin embargo desaparece

tan pronto como puede dejar la escena , pero no se le vuelve á ver delante de la canilla.

El ensayo continúa ; sin embargo , á mitad del último acto , una decoracion , que no quiere desaparecer cuando es preciso , obliga á suspender el ensayo.

— ¡ Pardiez ! ahora es ocasion de ir á refrescar , dice Martainville , llevándose consigo hácia el lado de la pipa á D. Simplicio , que se dejaba llevar con mucho gusto.

Llegan ambos delante del barrilito de vino , dan vuelta á la canilla , pero no sale nada por ella.

— ¡ Cómo ! está ya vacío ! exclama Martainville ; es extraño , si hace poco corria muy bien !

La cosa no parece natural , y Ribié , que hacia algun tiempo no veia ya á *Lo juramos !* por entre bastidores , se inclina para mirar hácia el aparador , y ve entonces á su comparsa acurrucado detrás del tonel , en el que , por medio de un barrenillo , habia hecho un agujero mucho mas bajo que la canilla , recibiendo en un cántaro todo el vino que de él se escapaba.

— Hé aquí un juego que no seria el peor de la comedia , dice Martainville , riendo á carcajadas.

Ribié , furioso , quiere echar de su teatro á *Lo juramos !* pero el autor pide su perdon en gracia de su invento , y se le concede con la condicion de

que pusiera su cántaro, que estaba lleno, á disposicion de sus camaradas.

Despues vuelve á continuar el ensayo, que termina sin otro incidente. Sabido es el éxito que obtuvo despues la obra. *La Pata de Cabra* restableció los negocios de Ribié y llevó la multitud al teatro de la Alegría.

En cuanto al señor ¡*Lo juramos!* no sabemos cuál fué su destino, pero no nos inquietamos por ello, puesto que con el nombre que llevaba, en todas las revoluciones que se sucedieron en Francia desde esa época, un hombre que decia siempre: ¡*Lo juramos!* debia necesariamente adelantar en su camino.

## XVIII.

### UN VIAJE EN GUGÚ.

Una enfermedad, que sin ser grave habia debilitado mucho á Florentina, le impidió durante muchas semanas ir á abrazar á su hija. Recibia con frecuencia noticias suyas, anunciándole todas que la pequeña Honorina continuaba bien, y tan linda como amable; pero para una madre no hay de cierto mas que lo que ve.

Así, una noche que el señor conde de Germancey fué á ver cómo iba su querida protegida, Florentina le dijo llorando :

— ¡Yo no estaria ya enferma, señor, si pudiese abrazar á mi hija! ¡Seis semanas sin verla! esto es horriblemente largo; pensaba ir mañana á casa de la nodriza Chausseux, pero el médico acaba de prohibírmelo formalmente, diciendo que si salgo antes de ocho dias volveré á caer enferma, y entonces no responde ya de mí! Yo no me atrevo á desobedecerle, porque necesito conservarme para mi hija... Turlure me prometió ir á verla... pero acaba de torcerse un pié... Todo se reune para afligirme...

—Pues bien, dijo el conde; yo quiero consolaros... yo mismo quiero ir á asegurarme de la salud de mi ahijada, y espero que dareis fé á lo que os diga...

—¡Cómo!... señor... sería posible!... iriais á ver á mi hija!...

—¡Sí, mi querida amiga, hace mucho tiempo que yo tenia ese proyecto... las circunstancias me lo han impedido, porque por mi parte busco hace algun tiempo á dos personas que me interesan mucho... y acerca de las cuales no puedo obtener noticia alguna!

—¡Ah! señor! qué feliz me haceis! y qué contenta estoy! ¿Cuándo ireis á ver á mi hija?

—¡Mañana mismo... hace un tiempo magnifico, estamos en junio!... será para mí un encantador dia de campo!... Es probable que Merillac venga conmigo; ayer me propuso llevarme á Versailles... pero Versailles no tiene atractivo para mí, y en su lugar yo me le llevaré á Corbeil.

—No es precisamente en Corbeil, señor; es en una aldea que está antes, entre Corbeil y Champrosey... casi junto á la selva de Senart; en la Faisanderie, preguntad por el padre Chausseux, labrador...

—Tranquilizaos, ya la encontraremos... ¿supongo que habrá carruages que vayan allí?

— Sí, señor, en el Petit-Saint-Martin, en la Calle de San Martin hay carruages que van á Corbeil, y en el camino os dejan donde querais...

— Perfectamente. Mañana, mi querida Florentina, daré un beso á mi ahijada...

— ¿Y cuándo volveréis, señor?

— Como está algo lejos, si esos buenos aldeanos tienen un iecho que ofrecernos, puede que hagamos noche en su casa y no volvamos hasta el otro dia por la mañana.

— ¡Oh! sí, señor, quedaos á dormir allí, y con eso vereis mas tiempo á mi hija, y me direis si no la falta nada...

— Quedamos convenidos; hasta la vista, mi querida Florentina; pasado mañana os traeré buenas noticias de mi ahijada.

El señor de Germancey deja á Florentina. Sabe á donde ha de hallar á su amigo Merillac, y va á proponerle la partida de campo para el dia siguiente. El caballero acepta, y se citan para las nueve de la mañana en el Petit-Saint-Martin.

El sol del dia siguiente promete un tiempo magnífico, pero un dia de tanto calor como si se estuviera en agosto. Los dos amigos son exactos y llegan á las nueve al patio grande, de donde salian muchos carruages para los alrededores de Paris.

El conde se informa del carruage de Corbeil, y

le responden que ha salido á las ocho de la mañana.

— ¡Diablo!... olvidé preguntar la hora en que salían... qué enfadoso contratiempo!

— ¡Tenemos que dejarlo para otro día! dice Merillac...

— ¡Oh! no, porque he ofrecido á esa pobre madre traerla mañana noticias de su hija, y partiré hoy... aunque tuviera que ir á pié!

— Creo que son once leguas... ¡gracias! es algo largo!...

— Vamos á ver, señor hostelero, ¿no saldrá hoy otro carruage para Corbeil?

— No, señor, hoy no, pero saldrá uno para Draveil... de allí á Champrosey no hay mas que legua y media, y de Champrosey á Corbeil casi otro tanto...

— Muy bien; hé aquí nuestro plan; vamos en carruage á Draveil, y el resto del camino lo hacemos paseándonos... ¿qué os parece, Merillac?

— Todo lo que decidais me parecerá bien.

— Ya estamos arreglados; ¿cuándo sale vuestro carruage para Draveil?

— A las doce, señor...

— Muy tarde es... ¿no podriais salir antes?

— Imposible, caballero; hay cuatro asientos tomados, y los viajeros no vendrán hasta las doce.

—¿Cuántos asientos tiene el carruage?

—Seis, caballero... vosotros lo completáis.

—Seis, ¿y cuántos caballos?

—Uno solo... basta para seis personas y el cochero, y un conejo cuando se encuentra...

—¡Ah! comprendo... ¿vuestro carruage es un cucú?

—¡Oh! no, señor, es un carruage muy lindo!

Merillac se rie de antemano ante la idea de viajar en cucú. Nuestros dos amigos pagan sus asientos y entran en un café inmediato para matar el tiempo, jugando una partida de billar. Pero á las once y media vuelven al Petit-Saint-Martin.

—Si al menos tuviésemos alguna linda aldeana por compañera de viaje, dice el caballero entrando en la sala de espera, donde todavía no ha ido nadie.

—Veamos nuestro carruage...

El conde no se habia engañado; era un verdadero cucú el que iba á llevarlos, y el caballo, que ya estaba enganchado, era un verdadero penco, por lo escuálido y lo flaco...

—¿Es ese el caballo que debe llevarnos á Draveil?

—Sí, señor...

—Pero eso no va á llegar nunca... se va á quedar en el camino.

— ¡Oh! no hay cuidado, caballero, no conocéis á Jovial!... aunque no lo parece, una vez al trote no hay quien lo detenga.

— Lo cierto es que maldito si tiene el aire de trotar.

Nuestros amigos vuelven á la sala baja y encuentran en ella á una aldeana que tiene la estatura de un granadero, y junto á ella un hombrecillo de blusa, con gorro de algodón y además una gorra, comiéndose un pedazo de pan con queso, del que ofrece á cada instante á su compañera.

— ¿Quieres un pedacito, Chouchoute? dice el campesino poniendo un pan bajo la nariz de la inmensa aldeana.

Pero esta rechaza el pan, diciendo:

— No, porque no tengo hambre... ¡si tuviese hambre, te diria tengo hambre!... pero no tengo hambre!...

— ¡Haces mal! este queso es muy bueno!... tiene muy buen gusto!...

— ¡Si tratará el hombre de envenenarnos con su queso en todo el camino!... murmura Merillac mirando con ansiedad al hombre de la gorra.

Este, equivocando la causa de la insistencia con que el caballero le examina, le presenta su mollete de pan, diciéndole:

— ¡Si el señor desea tirarle uno ó dos bocados!... yo se lo ofrezco de corazón!

— Gracias, buen hombre, gracias; me sucede lo mismo que á la señora... no tengo hambre.

— ¡Es lástima!... si vierais qué bien sabe!

— ¡Oh! no lo acerqueis tanto á mí!... demasiado lo huelo!... ¿Vais á Draveil?

— Sí, señor, con mi mujer, que es esta, para servirlos...

— ¡Ah! la señora es vuestra mujer... la habeis escogido bien alta para vos...

— Eso es por comodidad... para coger vuestras cerezas me subo encima de ella...

— Eso es diferente.

— Sí, yo le sirvo de escalera á mi pequeño Cadet... ¿No es verdad, Cadet, que te has casado conmigo para que yo te sirva de escalera?

El señor Cadet, por toda respuesta, pone su mollete de pan debajo de la nariz de su mujer, diciéndola :

— Vamos, échale un diente... ¡verás que bien te sabe!

— ¡Si será testarudo!... pues bien, señor, así es en todo : no levanta mas arriba de mis rodillas y tengo que cederle en todo.

Esto diciendo, la señora Cadet abre una boca que

podria pasar muy bien por un horno, y da una dentellada al pan y al queso... en el que abre una brecha enorme : despues hace un movimiento de cabeza con aire satisfecho, diciendo :

— ¡Verdad es que está muy bueno... sabe á pescadilla !...

— ¡Y á otra cosa mas !...

Otra viajera entra en la sala ; es una señora campesina, de cuarenta á cincuenta años, que no habrá sido fea. Esta dama va vestida con esa coquetería campestre que cree que, para ser elegante, es preciso ir sobrecargada de adornos. Así es que lleva en la cabeza una cofia guarnecida con una corona de centellas, despues un sombrero de paja, y debajo del sombrero una corona de lirios, y luego además, encima del sombrero una corona de rosas : ¡total, tres coronas ! Mucho es para una persona sola.

Esta viajera concede un saludo de proteccion á los esposos Cadet, pero envia su mas graciosa sonrisa al conde y á su amigo ; despues va á sentarse en un banco, exclamando :

— ¡Temí haberme tardado... pero no ; no son las doce... por lo demas, es mi costumbre... siempre voy adelantada !...

— ¡Si nuestro caballo pudiera andar como esa dama, haria una cosa magnífica ! murmura Meri-

llac, que empieza á perder la esperanza de hacer una conquista en el camino.

— Ya estamos casi completos, dice la señora Cadet; ¡si no fuésemos mas que cinco... tendria yo mas sitio para poner mis piernas!

La llegada de un sexto personaje hace desvanecer la esperanza de la mujer colosal. Es un señor que entra en la sala, de dudoso porte, es decir, medio aldeano, medio ciudadano, paletó negro muy usado, pantalon idem, sombrero redondo que empieza á ponerse colorado, zapatos descalcañados y las manos sucias como el resto del traje.

— ¡Calle! es Crotté! exclama el señor Cadet al ver al recién venido. «Buenos dias, Crotté... ¿tambien estabas en Paris?... como no nos digiste que venias... ¡qué buena pieza eres!... te vienes de tapadillo...

El señor Crotté (1), que para justificar su nombre habia hallado el medio, aunque era guapo, de llenarse de fango hasta la rodilla, va á estrechar la mano del hombrecillo, diciendo:

— ¡Buenos dias, padre Cadet!... servidor vuestro, señora Cadet... ¡Ah! este encuentro es tan dichoso como grato!... ¡Pero qué veo! ¿no es esa la señora Tribouillot?... perdonad, bella señora, no os habia visto al entrar.

(1) *Crotté*, embarrado, lleno de fango, de lodo. (N. del T.).

La dama, que parece ofendida porque el señor Crotté no la habia saludado la primera, le responde con acritud :

— ¡Parece que hay dias en que sois miope, señor Crotté!

— No, bella dama, pero cuando se entra en una sala no se ve en el acto á todos *aquellos* y *aquellas* que están dentro.

Volviéndose entonces hácia el conde y su amigo, el señor Crotté les hace un profundo saludo, despues se restrega las manos y continúa :

— ¡He venido á Paris por una herencia... nada más... una herencia *consecuente!*

— ¡Siempre dices que vas á heredar, Crotté, y despues no heredas!

— ¡Oh! esta vez es de un tio!... creo que no se me puede escapar!...

— ¿No estás de ello seguro?... ha muerto tu tio realmente?...

— ¡Sí... pero hay de por medio una señorita que supone que es su hija... pero yo me opongo!

— ¿No quieres que tu tio haya tenido hijos?

— ¡No podía!... he sabido por su difunta esposa que no estaba perfeccionado para eso... por lo demás, es de familia... eso está en la sangre, es decir, positivamente en la sangre no... es...

— ¡Basta, señor Crotté, basta! exclama la se-

ñora Tribouillot. ¡Vais á entrar en detalles faltos de castidad!... Mis oídos repugnan ese lenguaje...

— ¡Toma! yo hubiera querido saber de qué procedía la imperfección de ese querido señor! dice la señora Cadet riendo.

La señora Tribouillot saca una caja de rapé, diciendo al mismo tiempo :

— ¡Dios mío!... hay aquí un olor... que no se puede soportar.

— Es verdad, dice Crotté; al entrar me ha dado en la nariz... es lo mismo que cuando me quito los zapatos.

— ¡No es nada!... será mi queso... es muy bueno!

— ¡Al coche, señores y señoras! al coche!

Al oír esta advertencia del cochero, ha habido en la sala un movimiento general. La señora Cadet y su marido se apresuran á correr hácia el carruaje, al que suben y se colocan en los sitios del fondo. La señora Tribouillot demuestra menos vivacidad; se arregla el peinado, luego el pañuelo, despues su vestido, y al mismo tiempo que se entrega á estos cuidados de su tocador, parece esperar que el conde ó su amigo le ofrezcan la mano para subir al cucú; pero como ni el uno ni el otro se mueven, se decide á irse sola.

Sin embargo, el señor Crotté está ya en el es-

tribo, desde donde mira al interior, diciendo:

— ¡Calle! el padre Cadet no se ha andado en cumplidos... se ha puesto en el fondo... cuando yo soy quien tiene el sitio del fondo...

— Y bien, todavía hay aquí uno... ¿quién te impide ponerte en él?...

— ¿Y la señora Tribouillot, qué diría si no tuviera el fondo? á fé que gritaría poco...

— Dejadla que grite... ¿no es verdad, Chouchoute?

— ¡Calláos, intrigante!

Durante esta discusión, la señora Tribouillot ha llegado delante del cucú y exclama:

— Vamos á ver, señor Crotté, ¿os colocais, sí, ó no?... en vez de permanecer en equilibrio sobre el estribo, ya veis que me estais impidiendo que suba...

— Dispensad, bella señora; la culpa la tiene el señor Cadet que se ha colocado en mi sitio, en el fondo... donde tengo interés en estar á vuestro lado... ¡vamos, papá Cadet, yo quiero mi sitio!...

— Se hace el calavera... porque cree que va á heredar... toma... ahí tienes tu puesto... pónte en él... yo voy á colocarme delante de Chouchoute, así podrá esta alargar sus rodillas...

El hombrecillo deja el fondo y se pone en la segunda banqueta. La señora Tribouillot sube, se

sienta en el fondo, y Crotté se precipita entre las dos damas, murmurando :

— Voy á encogerme tanto que no me vais á sentir.

— ¡Así lo espero , señor mio !

El conde y su amigo se colocan en la banqueta delantera al lado de Cadet, que tiene aun en su mano el pedazo de pan y queso ; pero el caballero se sienta á su lado murmurando :

— ¡No lo tendrás mucho tiempo ! yo te lo prometo !

En efecto, en el momento de partir el carruage, Merillac, fingiendo saludar á uno con su sombrero, envia al arroyo el pedazo de pan que el hombrecillo tenia fuera del cabriolé. El señor Cadet da un grito :

— ¡Mi pan , cochero !... mi pan , que se me ha caido !...

Pero el cochero , que ha castigado á Jovial, no quiere detenerle en el momento en que va á tomar el trote. Además, Merillac exclama :

— ¡Ah ! buen hombre , ¿acaso ibais á seguir comiendo de lo que ha caido en el arroyo ?...

— ¿Por qué no ?... enjugándolo...

— ¡Vamos, marido ! tiempo has tenido de engullírtelo desde esta mañana... ahora bien puedes descansar ; álzate un poco , que voy á estirar mis piernas !...

— ¡Ya estamos libres del queso! dice el caballero á su amigo. ¡Ahora no pido más que una cosa á la Providencia, y es que no nos envíe un conejo!

Pero los deseos de Merillac no se realizan, y en la esquina del bulevar, un señor, muy bajo de cuerpo y muy gordo, hace una seña al cochero, que se apresura á pararse, encantado de haber hallado su conejo (1).

Este último viajero, de edad madura, y cuya fisonomía es tan redonda como su abdómen, se sienta, y despues se vuelve para saludar á las personas que están en el interior del carruage. Entonces empiezan de nuevo los conocimientos.

— ¡Eh! es el señor doctor Brichet!

— ¡Ah! señora Tribouillot, celebro mucho este encuentro... ¿y qué tal va de salud?

— No estoy muy bien, señor Brichet; tengo dolores.

— ¡Ah!... ¿y en dónde?

— En todas partes... sobre todo debajo de los riñones.

— ¡Fricciones, señora! fricciones! no conozco otro remedio!

(1) Hallar su conejo, en lenguaje de los mayores de carruages, significa coger en el camino á algun viajero que, no teniendo asiento en el interior del carruage, se acomoda al lado del mayoral.

— ¡Eh! eh! si la señora quisiera, yo sí que la daría buenas fricciones!...

— ¡Señor Crotté, ya os he dicho que no me gustaban las bromas pesadas!...

— ¡Calle! está ahí Crotté... no le habia visto... como está metido entre las damas...

— Sí, señor doctor, soy yo...

— Señora Tribouillot, supongo que sabreis lo que le ha sucedido al pobre Cailleux...

— A Cailleux de Champrosey... no... no sé nada...

— Hace dos días, mientras estaba en el campo, ha sido robado... despojado completamente...

— ¡Ah! qué me estais diciendo!... ¿y qué le han robado?

— Lo que es á Cailleux no pueden haberle robado mucho... dice la mujer de colosal estatura; jamás ha tenido un sueldo... le conocemos bien...

— ¡Señora! dispensad; pero le han robado dos quesos que habia hecho él mismo, y su burra cuya leche vendia!...

— ¡Ah! si le han robado las burras, ya no estoy yo tranquila!

— Decididamente, nuestro país se ha vuelto muy peligroso, continúa la señora Tribouillot; en la selva de Senart hay una banda de ladrones, esto es cierto ..

— Hija mia , dice el padre Cadet , el otro dia pasamos por ella y no nos sucedió nada...

— ¿Y Magdalena la gorda?... la novia de Relupot , fué atacada... entró en su casa con la cara del revés.

— ¿Y qué fué lo que le cogieron?

— ¡No sé , nunca ha querido decirlo !...

Los dos amigos escuchaban sonriendo estas conversaciones ; sin embargo , el señor de Germancey dice al viajero que está delante de Merillaë :

— Caballero , segun parece , ¿conoceis muy bien este país?

— ¡Perfectamente , caballero ! hace veinte años que le habito , y mi hermana se ha criado en él !

— Cuando lleguemos á Champrosey , ¿estarémos aun lejos de la Faisanderie?

— No... á unos tres cuartos de legua... tomando por la selva , hay un sendero muy corto que abrevia mucho el camino... pero no os aconsejo que le tomeis...

— ¿Por qué?

— Ya lo habeis oido , caballero , la selva de Senart no es segura...

— ¡ Está infectada de ladrones ! dice Crotté.

— ¡ Oh ! dos hombres no temen nada.

— ¿ Vais bien armado al menos ?

— ¡No, á fé mia! confieso que no traigo conmigo ni el arma mas pequeña!

— Pues bien, yo he sido mas precavido que vos, amigo mio... y para cualquier evento me he echado esto en el bolsillo...

Al decir esto, Merillac saca de sus bolsillos un par de pistolas inglesas muy elegantes, pero que hacen dar gritos de terror á la señora Tribouillot, que se echa enteramente sobre Crotté, gritando:

— ¡Ah! caballero, tened cuidado! armas de fuego en un carruage... el menor bache es capaz de hacer que se disparen!... ¡Ah! á mí me va á dar algo!

— ¡Calmáos, señora! no hay peligro ninguno!... estas pistolas no están cargadas!...

— ¡Oh! no importa... al fin son pistolas... y tan cerca de una... Jesús, qué miedo tengo... caballero, yo os lo suplico, poped los cañones del otro lado...

— Eso es lo que he hecho, señora...

Pero entonces el señor Bricchet, que está sentado delante del caballero, parece muy inquieto y trata de garantir su espalda, murmurando:

— ¡Canario!... ahora me apuntan á mí los cañones!... no me parece mi sitio muy agradable... cochero, dejadme que cambie de sitio con vos...

— ¡No es posible, caballero! tengo que ir á la de-

recha para conducir á Jovial!... á no ser así, ya se habria desbocado...

—Caballero, ¿están cargadas vuestras pistolas?

—Seguramente, señor mio; si no, ¿de qué me servirían?... si se presentasen ladrones, supongo que no tendrían la complacencia de esperar á que yo cargara mis armas para atacarme.

—¡Si quisierais ponerlas debajo de vuestros piés!

—No, nó, exclama la señora Tribouillot; debajo de los piés no... dispararían á nuestras piernas... eso sería muy peligroso... bien están así...

—¡Os parecerá á vos, señora; pero á mí me parece muy poco grato saber que tengo los cañones de dos pistolas cargadas que amenazan mis... pantorrillas!... voy á hacer un viaje sumamente incómodo!

Y esto diciendo, el hombre á quien llamaban el doctor se lleva las manos á los riñones, despues las quita vivamente, luego se vuelve, se revuelve; en fin, no está un momento quieto. El caballero tiene al fin lástima de su estado, y le toma el brazo diciéndole:

—¿Parece que no vais sentado muy á gusto delante de mis pistolas?

— ¡Oh! no, señor... no os ocultaré que voy hecho un pato de sudor...

— Pues bien, ponéos en mi sitio y yo en el vuestro; de ese modo mis pistolas no amenazarán mas que al caballo, y si el miedo puede darle alas, no nos vendrá mal.

— ¡Ah! caballero, acepto con alegría... diré más, con gratitud... Cochero, parad un poco, que voy á cambiar de sitio con el señor.

El cochero detiene á Jovial, que no desea otra cosa. El cambio de sitio se lleva á efecto con gran satisfaccion de los campesinos.

Jovial ha vuelto á tomar su trote corto, con gran refuerzo de latigazos.

— ¿A qué hora llegais á Draveil? pregunta el señor de Germancey al cochero.

— ¡Toma! caballero, eso segun y conforme!... algunas veces á las dos y media, otras á las tres; segun lo permiten las piernas de Jovial!

— ¡Me parece que hoy no lo permiten mucho!

— Pararémos en Villeneuve-Saint-Georges, y allí tomará fuerzas... con una racion de avena.

— ¡Ajajá!... y yo tambien! dice Cadet.

— ¿Vais á tomar avena, padre Cadet?

— ¡Qué pillo es este Crotté!... tomaré un vaso de vino... compraré pan y queso...

— ¡Oh! no, murmura Merillac; basta de que-

so... si lo trae al carruage, le apunto mis pistolas!

Llegan al fin á Villeneuve-Saint-Georges, donde el cochero pretende que Jovial debe descansar un cuarto de hora, y pasa media hora larga antes que vuelvan á ponerse en camino; cuando dejan esta estacion son las tres. Poco les falta para llegar á Draveil, pero el calor es muy sofocante, y Jovial apenas marcha al trote corto; la temperatura ejerce su influencia en los campesinos, los esposos Cadet duermen hace mucho tiempo, la señora Tribouillot cierra los ojos, el doctor se permite un dulce sueño, y Crotté no deja de murmurar: ¡Ah! qué calor hace!

Los dos amigos iban hablando á media voz, no deseando de ningun modo turbar el reposo de sus vecinos, cuando de pronto se oye una violenta detonacion en el interior del cucú.

Todos los que dormian se despiertan sobresaltados:

— ¡Ha salido un tiro!... ¿Hay herido alguno? dice el doctor.

— ¡Si eso debia suceder!... ya estaba yo segura de que sucederia! exclama la señora Tribouillot.

— ¡Por fortuna los cañones iban apuntando al caballo! dice la señora Cadet.

— ¿No está herido el caballo, señor?

— Esta pregunta se dirigia á Merillac, que responde :

— ¿Por qué quereis que el caballo esté herido, señora?

— ¡Toma! porque se ha disparado una de vuestras pistolas, caballero!

— Dispensad, señora; pero el tiro no ha partido de ninguna de mis dos pistolas.

— Pues nosotros hemos oido el tiro perfectamente...

— Sí, dice Cadet; ¡la detonacion me ha despertado sobresaltado!...

— Cómo, caballero, ¿no habeis oido nada? dice á su vez el doctor.

— Dispensad, hemos oido perfectamente... un ruido algo fuerte... pero no era de mis pistolas... la prueba es que aquí las teneis, doctor... miradlas, todavía están cargadas.

— A fé mia, verdad es... ¿de dónde salió ese ruido?

— ¡Del fondo del carruage!...

— ¡Del fondo del carruage! exclama la señora Tribouillot, y ¿qué causa ha podido producirlo?

— ¡Creo adivinarlo! murmura el doctor sacando su caja de rapé y llenando su nariz de tabaco.

La señora Tribouillot se apresura á meter los

dedos en la caja y tomar tambien su polvo, exclamando :

— ¡Ah! qué horror! será posible! faltarnos así al respeto!... preciso es confesar que hay en el mundo personas muy incongruentes!...

Durante todo este diálogo, Crotté no ha dicho una palabra , pero ha ocultado la cara detrás de la espalda de la señora Cadet, y el hombrecillo exclama :

— ¡Cáspita!... nuestro asno suele algunas veces... pero no de esa fuerza!

En fin llegan á Draveil á las cuatro y media. El conde y su amigo se apresuran á dejar á sus compañeros de viaje y se ponen en camino para Champrosey. Pero el calor les obliga á hacer muchas paradas, y una vez en la aldea sienten la necesidad de tomar alguna cosa, no estando ciertos, como no lo están , de hallar provisiones en casa de la nodriza. Germancey es de opinion que harán bien en comer acto continuo.

Un especiero, que vende vino y salchichería, les ofrece chuletas, una tortilla y ensalada. Nuestros viajeros aceptan y se ponen á la mesa en una sala baja que da á un jardin. Acto continuo se disponen á restaurar el estómago ; pero las chuletas están duras, los huevos saben á paja, y la ensalada está aderezada con aceite rancio.

— Decididamente, dice Merillac, desconfiaré de hoy mas de los especieros hosteleros...

— ¡Amigo mio, os he obligado á hacer un viaje bien fastidioso, y debeis estar arrepentido de haberme acompañado!...

— Mi querido conde, siempre habrá sido una dicha para mí ser vuestro compañero de camino... Al contrario, este viaje me divierte mucho... Las personas del cucú me han hecho reir, y no merece la pena ponerse de mal humor por una mala comida. Cenaremos mejor en casa de vuestros aldeanos. Solo temo que antes de llegar nos coja la tempestad en el camino... el tiempo amenaza borrasca.

— Entonces apresurémonos... Señor especierofondista, dádnos la cuenta, que vamos á partir...

— ¡Cómo! los señores no comen ni la tortilla ni la ensalada!...

— Todo eso es demasiado malo... ¡Creo que os habeis engañado de aceite, y que habeis echado el de vuestros quinqués!

— ¡Ah! señores, aceite puro!

— Ya que nos habeis dado una mala comida, dádnos al menos buenas noticias. Tomando por la selva ¿llegaremos mas pronto á la aldea de la Faisanderie?

— ¡Seguramente!

—¿Y qué camino debemos seguir?

—El primer sendero á la izquierda, despues el segundo á la derecha... y en seguida vereis la casa.

—Gracias. Partamos, Merillac... porque el tiempo se va poniendo sombrío y las nubes se van amontonando.

## XIX.

### UNA CASA EN LA SELVA.

Media hora hacia que nuestros viajeros iban caminando, y no veían el término de su viaje.

—No vemos ni una casa en el camino real, ni siquiera un claro que nos sirva de punto de mira; ¡es singular! dice el conde parándose un momento; no creí que tendríamos que andar tanto en esta selva!

—¡Se me figura que el especiero-hostelero-choricero, para vengarse de que hemos despreciado su comida, nos ha indicado mal nuestro camino!

—¡Bien podría ser! Esta gente del campo se muere por hacer malas partidas á los habitantes de las ciudades.

—En fin, continuemos andando; y tal vez hallemos alguna habitacion.

—Si al menos encontrásemos á alguno, le preguntariamos acerca del camino... pero nadie... Esta selva está muy desierta.

—Querido amigo, el tiempo no convida á pa-  
sear por estos sitios... La tempestad va á estallar,  
y va anocheciendo...

— ¡Oh! no es posible... no son mas que las siete y media... Son las nubes las que hacen que oscurezca mas temprano... Vamos... continuemos el camino...

— Pero ese maldito especiero nos ha extraviado de seguro...

Los dos amigos vuelven á ponerse en marcha. Siguen una senda estrecha y llena de malezas, donde apenas penetra la luz. Al cabo de algun tiempo estalla la tempestad, retumba con fuerza el trueno, torrentes de lluvia hacen oír en el follaje un ruido sordo que va mojando mucho tiempo las ramas antes de llegar á tierra. Por último, el agua separa las hojas, y los viajeros se guarecen debajo del árbol mas corpulento que aperciben, pero en el que la lluvia no tarda en alcanzarlos.

— ¡Mal abrigo es un árbol cuando truena, dice Merillac, pero en una selva no se puede elegir!

— ¡No, mi pobre amigo! encomendémonos á la guarda de Dios! ¡Pero está visto que en este viaje os habia yo de hacer sufrir todas las molestias posibles!

— ¡Qué disparate! ¿no somos hombres? Además, ya sabeis que tengo un carácter alegre; lo tomo todo á risa.

— Es una felicidad, amigo mio; pero si esto continúa, nos vamos á calar hasta los huesos... y

lo peor es que la noche llega... no hemos hallado nuestro camino durante el día, y dudo que de noche tengamos más acierto.

— Es verdad, y á pesar de mi filosofía, pasar la noche recibiendo la lluvia debajo de estos árboles no es cosa muy seductora; creo que haríamos mejor en seguir andando.

— Sí, continuemos; ahora que vamos hechos una sopa, un poco de agua más ó menos no debe detenernos.

Los dos amigos se ponen en camino; pero esta vez se ven obligados á ir andando poco á poco, porque ya no se ve, y á cada instante tropiezan con los árboles ó las ramas que ha tronchado la tormenta y hecho caer á tierra.

De repente da un grito Merillac: Germancey se pára.

— ¿Habeis tropezado?

— No, amigo mio; pero creo que el cielo ha tenido piedad de nosotros... ¡Acabo de ver una luz!...

— ¡Una luz!... ¿En dónde?

— Mirad... venid por aquí... ahora mirad á vuestra izquierda.

— No veo nada...

— Las hojas os la ocultan sin duda... ¡Cáspita! ya no la veo yo tampoco! Sin embargo, estoy se-

guro de no haberme engañado!... Venid por aquí... Vamos hácia el lado por donde la he visto.

Los dos viajeros se dirigen á la izquierda. Cuando han andado unos cuarenta pasos, ambos dan un grito de alegría. La luz ha vuelto á aparecer; esta vez se distingue perfectamente. Van hácia ella cuidando de no dejar de mirarla.

—No os habiais engañado, Merillac. Esa luz nos promete un abrigo ó un guía.

—¡Cáspita! aun cuando fuese la casa del Ogro, como en el *Petit-Poucet*, declaro que me refugiare en ella con alegría... Debe ser una casa, porque no se mueve... no cambia de sitio...

—Probablemente será la cabaña de un leñador.

—Pues en este momento esa cabaña vale para nosotros tanto como un palacio... creo que nos acercamos... ¡Ah! mirad, á la luz de un relámpago acabo de ver una pared...

—Sí... es una casita... Tosamos un poco... tal vez nos oirán y saldrán á nuestro encuentro... porque á esta hora nuestra repentina presencia podria asustar á los habitantes de esa morada...

—Es verdad... van á tomarnos por ladrones.

Los dos amigos se ponen á toser, y casi en seguida se oyen pasos y una voz que grita :

—¿Eres tú, la Grenouille?

—¡Pardiez! vaya un nombre singular de aldeano! murmura Merillac, mientras el conde responde:

—No es la Grenouille, son dos viajeros extraviados en esta selva, donde los ha sorprendido la noche y la tempestad, y que pagarán el abrigo que se les quiera dar, ó un guía para ir hasta la aldea de la Faisanderie.

—¡Esperad!... esperad!... responde la misma voz. Voy á preguntar al amo si quiere recibiros.

—Parece que hay un amo, dice Merillac.

—Será probablemente el que hace trabajar á los l eñadores...

—¡Ni siquiera la mas insignificante voz de mujer!... ¡No tengo suerte!

Al cabo de un momento se oyen pasos pesados; un hombre jóven aun, vestido de aldeano, aparece con una linterna en la mano. A pesar de que su aspecto no tiene nada de agradable, saluda sin embargo á los viajeros, diciéndoles con voz ronca:

—¿No sois mas que dos?

—No... y sobran para el tiempo que hace...

—¿No traeis perros con vosotros?

—Ni el mas pequeño animal.

—Entonces seguidme... ¿debeis estar muy mojados?...

— Venimos hechos una sopa.

— Ya lo creo... no hace tiempo que digamos para pasear.

El hombre marcha delante con su linterna. Llegan á la casita, á la que precede un jardin cerrado por un vallado de tierra. Se atraviesa una especie de patio, y luego se entra en una sala, que no tiene otro pavimento que la tierra : una mesa, algunas sillas y un banco componen todo el mueblaje ; pero tiene una inmensa chimenea , en la que arde un buen fuego , que sirve para hacer asar un gran trozo de carne atado á una cuerda que pende del brasero.

Delante de la chimenea está sentado un hombre que parece cuidar el asado , al que da vueltas sin cesar. Este hombre , vestido con pantalon ancho de tela y un chaqueton de paño , tiene puesto un sombrero cuyos bordes son tan anchos como los de un carbonero , y como lo lleva muy echado hácia la frente , es difícil verle la cara ; lo poco que de él se ve anuncia que lleva toda la barba , que es muy negra.

Al entrar los viajeros permanece este hombre sentado ; se contenta con volverse un poco para examinarlos , diciendo con voz sorda :

— Entrad , señores , entrad... Dispensad si no me levanto ; pero hace quince dias que estoy con

calenturas... y ya no tengo fuerza en las piernas...

— Sentiríamos causáros la menor incomodidad, amigo; todo lo que pedimos es un abrigo.

— ¡Y algo de cenar, si se puede!... además, permiso para calentarnos á ese fuego magnífico... porque venimos calados hasta los huesos.

Mientras hablaba el señor de Germancey, el hombre sentado delante de la chimenea habia levantado poco á poco la cabeza para mirarle con el rabo del ojo; despues la habia vuelto á bajar vivamente y echado mas hácia su frente el borde de un gran sombrero. Despues continúa:

— Calentáos, secáos y descansad, señores; tambien podreis cenar; ya lo veis, el asado va á estar muy pronto listo; pero es preciso que esperemos el regreso de mis carboneros; traerán provisiones y vino, porque aquí no tenemos una gota.

— ¡Oh! muy bien, esperarémos; no tenemos prisa, porque pienso que tenemos que renunciar á la esperanza de ir esta noche á la aldea de la Faisanderie.

— ¡Oh! no os aconsejaré que lo intentéis... hay de aquí allí mas de una legua, los caminos están muy malos, y la tempestad no ha pasado todavía.

— ¿Podriamos dormir aquí esta noche?

— ¡Sí por cierto!... ¡Oh! tengo cama para vos-

otros, aunque no muy buena... tengo paja, tengo heno!

—¡Oh! entonces victoria! nos hemos salvado!... y bien, mi querido Germancey, ya veis que yo tenía razón en no inquietarme!...

—Creo, Merillac, que sois vos el que me presta buena sombra; si yo hubiera estado solo, no habría escapado tan bien.

Al oír pronunciar el nombre de Germancey, el hombre del sombrero grande no ha podido dominar un movimiento súbito, después se ha vuelto á echar el sombrero hácia los ojos.

Los dos amigos han tomado sillas y se instalan delante del fuego. El amo de la casa se echa hácia atrás, si bien el conde le dice:

—¡Quedáos, amigo! hay bastante sitio para los tres delante de esta inmensa chimenea! ¡Ah!... vivan estos hogares antiguos donde nuestros padres se calentaban cuanto querían!

—Sí, entre nuestros padres había cosas buenas... aunque se haya juzgado conveniente echar abajo todo lo que ellos hicieron.

—Vamos, Merillac, seamos justos; convengamos en que también había abusos...

—Abusos... ¡Esos los habrá siempre!... ¡Este fuego sienta bien... decididamente el fuego es una excelente cosa... en todo tiempo sabe

bien... concibo que haya tribus que lo adoren!...

—Siento no ver hoy á mi ahijada... pero mañana nos pondremos en camino muy temprano... Decid, amigo; ¿conoceis á los esposos Chausseux, en la aldea de la Faisanderie?

El hombre de la barba responde, fingiendo siempre la voz:

—No... no... nunca he estado en la Faisanderie:

—¿Pero no me habeis dicho que de aquí allá habia una legua?

—Sí... ¿no es verdad, Pedro?

Pedro era el hombre que habia salido al encuentro de los viajeros; estaba medio acostado en el banco que habia junto á la pared, y responde sin incomodarse:

— ¡Creo que sí! no estoy seguro!...

— ¡No importa! continúa el conde; mañana mismo veremos á la pobre Florentina! espera con tanta impaciencia noticias de su hija!... ¿Sufris, amigo?

El amo de la casucha no habia podido contener un movimiento nervioso al oír el nombre de Florentina, y murmura:

— No es nada... un estremecimiento... esto me sucede con frecuencia.

El caballero exclama:

—Y su seductor... el padre de su hija, ¿no ha oído hablar mas de él tu protegida?

—No... ¡oh! todo ha concluido; es probable que no lo vuelva á ver más... he tenido sospechas terribles acerca de ese hombre... que siempre evitaba mi presencia cuando yo iba á ver á Florentina.

—¿Qué sospechas?

—Figuráos, amigo mio, que regaló á su querida una sortija magnífica... Florentina me la enseñó un dia, y podeis juzgar de mi sorpresa al reconocer una sortija que yo mismo dí en otro tiempo á la señorita de Sauvigné... á mi querida Honorina...

—¡Es posible!

—No podia engañarme: hallé bajo el engaste la cifra de Honorina.

—¡Hé ahí una cosa extraña!

—Esa sortija fué robada á Honorina, y probablemente por ese miserable Severino...

—¡Ah! sí... Severino el nieto de Cartouche... que ha seguido tan bien el ejemplo de sus padres!...

Al llegar aquí, Pedro se incorpora bruscamente en su banco y se pone á toser con fuerza, mirando al hombre del sombrero grande; pero este le grita con ira:

— ¡ Quereis calláros , Pedro , y no aturdir á estos señores , tosiendo como lo haceis !

— ¡ Oh ! no nos importa de ningun modo ! dice el conde .

— Pero entonces , responde Merillac , el seductor de vuestra linda protegida podria ser muy bien ese Severino ...

— ¡ Lo he pensado un momento ... pero no , eso seria demasiado horrible ! ... esa sortija habrá corrido de mano en mano .

— Y los hijos de vuestro hermano , ese Víctor , esa María , ¿ no habeis descubierto nada ? no teneis noticia alguna acerca de ellos ?

— ¡ Ninguna ! he ido muchas veces á Vincennes como os he dicho , he preguntado á los hijos de la mujer Duchemin á quien confiaron esos niños ... ¡ ah ! ¿ qué es eso ? sufris , amigo ? os vuelve á dar el temblor ? Acercáos á la lumbre ...

— Gracias , gracias ... estoy bien ...

— Mi querido conde , creo que podeis ir perdiendo el cariño á vuestra sobrina y á vuestro sobrino ...

— Me consuelo de ello , porque he perdido mi fortuna ... pero si yo fuera rico todavía , ¡ seria para mí mucha pena ignorar la suerte de esos niños !

— Pero conoceis á su madre ...

— Sin duda, mi hermano me dijo su nombre en la carta en que me lo revelaba todo...

— Pues bien; ¿no habeis pensado alguna vez que esa dama habria podido ocuparse de sus dos hijos... cuidando de ellos?... en fin, que conoce su posicion?

— ¡No! amigo mio, jamás se me ha ocurrido eso, porque sé que esa persona es una egoista, que tiene el corazon seco, que no piensa mas que en sí, y nunca ha tenido entrañas de madre! Además, cuando se realizó el casamiento que contrajo despues de la muerte de su padre... ¡Preciso es haber perdido todo sentimiento de su dignidad... casarse con un Rigoulot!...

— ¡Rigoulot, decis!... ¡Cómo! seria esa dama quien...

— Se me ha escapado el nombre; pero, en fin, despues de todo sé que no sereis vos, amigo mio, quien descubrirá el secreto de esa dama!...

— ¡En cuanto á eso podeis estar tranquilo!... pero vamos... no vuelvo en mí de la sorpresa!... Con que era la señorita de Haute-Futaie... esa jóven tan rígida, tan estirada... delante de la cual no podia uno permitirse la menor broma... fué ella la que dió dos niños á vuestro hermano!... ¡Fíaos en los caracteres severos!... en las maneras frias... reservadas!... Pero, mi querido Ger-

mancey, figuráos que he vuelto á ver á esa dama, desde que se ha vuelto esposa del millonario Rigoulot; la he visto con su respetable marido en las *soirées* de mi querido amigo Roberval; creo, Dios me perdone, que se ha vuelto aun mas gazmoña, mas severa que en otro tiempo; sin duda espera, con los modales altaneros que ha tomado, hacer olvidar el tono comun de su marido! Al principio me dieron ganas de renovar con ella el conocimiento, encontrándola como la encontraba muchas veces en las reuniones; pero su aire de displicencia me quitó el deseo.

—Y bien, Merillac; ¿crééis aun que esa señora se haya inquietado por la suerte de los dos niños que tuvo de mi hermano?...

—¡Oh!... no... no... la mujer del millonario Rigoulot no debe ya guardar el menor recuerdo de las debilidades de la señorita de Haute-Futaie.

Mientras los dos amigos se entregaban á esta íntima conversacion, el hombre de la fiebre no se habia movido, y hasta habia cerrado los ojos como si estuviera durmiendo; pero el hombre tendido en el banco tenia los suyos muy abiertos y constantemente fijos en los dos extraños personajes.

—Creo que vuestro amo se ha dormido, dice el conde á media voz, volviéndose hácia el que los ha introducido en la casa.

— ¡Toma! es muy posible!... eso le sucede con frecuencia!

— ¿Hace mucho tiempo que tiene esos accesos de fiebre?

— Sí...

— ¿Tal vez no se cuida mucho?

— Sí, señor.

— ¿Vuestro amo es joven ó viejo?... su enorme sombrero impide ver sus facciones.

— Es... viejo...

— ¡Cáspita! exclama Merillac; vuestros camaradas tardan mucho en volver... yo tengo mucha hambre, porque en casa de ese bodegonero de Champrosey no pude comer nada...

— ¡Ah! tal vez han ido por el vino hasta Corbeil... está muy lejos... y despues la tormenta los ha retardado...

— A fé mia, dice el conde, ganas me dan de dormir mientras vienen, porque estoy horriblemente cansado. ¿Teneis aquí un tinglado con paja en la que se pueda uno echar? Eso me bastaria, porque no hay que despertar á vuestro amo...

— Sí, señor... á lo último del jardin... allí hay haces de heno...

— ¡Oh! allí estaré perfectamente... ¿venís conmigo, Merillac?

— Si lo permitis, me quedaré junto á este fuego,

porque no estoy seco del todo, y aquí me encuentro bien...

—Como queráis, amigo mio... ¿Por qué lado voy, buen hombre?

—Voy á enseñároslo... venid... ¡El jardin es estrecho, pero bastante largo!

Pedro vuelve á coger su linterna, el conde le sigue y entran en una especie de cercado muy mal conservado. Siguen una senda. Despues de haber andado cien pasos se pára Pedro, diciendo:

—Id todo derecho... hasta el fin... cien pasos más y estais allí...

—Gracias, amigo, no digais más, ya lo encontraré...

—Voy á cuidar el asado.

El hombre se vuelve con su linterna. La lluvia habia cesado, pero la tempestad continuaba. El conde da aun algunos pasos, despues ve un sitio cubierto de rastrojo, y ve en el suelo muchos haces de heno; reúne algunos y se tiende encima con sin igual placer. Va á ceder al sueño cuando se oye ruido; este ruido venia de la selva... andan, se acercan... de pronto se paran casi junto al conde, y una voz exclama:

—Parémonos aquí, camarada; el pequeño viene atrás, y es preciso esperarle, porque seria capaz de no encontrarnos...

—La Grenouille tiene razon... esperemos un poco... ¿pero será prudente que ese chiquillo conozca nuestro retiro?

—¿Crées que ese chico vaya á sospechar lo que somos... un estúpido como él? Además, hemos tenido que traérnoslo porque el vinatero no queria dejarnos las botellas al fiado... Pero no será este hombre quien nos venda; porque aunque tuviese sospechas acerca de nuestra profesion, gana dinero con nosotros, y es todo lo que quiere. Solamente que no fia, y nosotros no tenemos bastante dinero...

—La culpá es de Severino que no quiso darme más.

—¡Ah! como has comprado tantas cosas!

—Hay que regalarse... aquí se muere uno de fastidio... no hay casi nada que hacer... y es preciso distraerse; además, es el dinero de ese señor á quien dejamos limpio ayer...

—¡No era rico!... ocho francos y quince sueldos!... gracias!... vergüenza da ponerse en camino con tan poca cosa!...

—¡Maldito país!... ¡oh! no estaremos en él mucho tiempo!... nos iba mejor en el Mediodía con Schinderhanne!...

—¿Por qué se dejó prender?...

—¡Ah! porque al mas listo se la pegan!...

— ¡Por fortuna, Severino se escapó á tiempo!...

— ¡Ya ves, cuando uno lleva el nombre de nieto de Cartouche, no se deja pescar así como quiera!

El conde de Germancey no ha perdido palabra de esta conversacion; desde el principio ha comprendido con quién tenia que habérselas; pero cuando oye pronunciar el nombre de Severino; cuando no puede ya dudar de que el hombre sentado delante la chimenea es el miserable autor de todos sus males, un sudor frio corre por su frente, y se pregunta si al fin ha llegado el dia de la venganza ó si debe ser víctima de este hombre.

Los bandidos van á ser cinco, deben estar bien armados, y seria una locura esperar triunfar de ellos. Y el conde no tiene un arma. Todas estas ideas acuden en tropel á su imaginacion. Para salvarse, podria ahora alejarse poco á poco, saltar la cerca del jardín y perderse en la selva, donde esperaria que amaneciese. Pero al obrar así, dejaria á Merillac en manos de los bandidos, y el conde es incapaz de abandonar á su amigo.

Tambien podria huir con el caballero mientras los miserables esperan en la selva. Los que están en la casa no se atreverian á detenerlos, ignorando que sus compañeros están cerca de ellos. Esta esperanza es la única tabla de salvacion que se

ofrece al conde. Deja con mucho tiento su haz de heno, y marcha con precaucion por la senda para no alarmar á los ladrones. Llega al fin á la casa, entra en la sala baja... ¡Merillac ya no está!

El hombre del sombrero grande, y que ahora sabe que es Severino, se ha levantado y se pasea por la sala, murmurando:

— ¡Cuánto tardan esos haraganes!

Al ver al conde se detiene y exclama:

— ¡Calle! ¿no quereis dormir ya, caballero?

Germancey comprende que es preciso evitar sobre todo que los ladrones adivinen que ha descubierto lo que son. Afecta un aire tranquilo, respondiendo:

— ¡No, á fé mia! en ese jardin he sentido humedad, me he dicho que mi amigo tenia razon, y que mas valia permanecer secándose al fuego. Pero y él, ¿ha cambiado de opinion?... no le veo...

— Le he dicho que tenia allí... en esa pieza de al lado, una cama á su disposicion, y se ha decidido á echarse en ella hasta el momento de la cena... Si quereis hacer lo mismo, caballero... Allí no sentireis la humedad como en el jardin...

— No por cierto... ya se me han pasado las ganas de dormir... temo incomodáros; la lluvia ha cesado, y podriamos ponernos en camino.

— ¡Quereis callar!... ante todo no conoceis el

terreno, y os perderiais infaliblemente. Ahora mismo van á volver mis leñadores con provisiones... os respondo de que cenaremos bien... ¿Teneis, pues, alguna razon para partir tan precipitadamente?...

— Ninguna... el temor de incomodáros era la única.

— Al contrario, tendremos mucho gusto en tratáros bien.

— ¡En ese caso, no hablemos ya de partir!...

— ¡Bien dicho!... así se habla... Mi acceso de fiebre ha pasado... y tambien quiero gustar la cena.

Germancey hace todo lo posible para que su fisonomía no revele lo que siente, porque ya no ve medio de escapar á la suerte que los bandidos deben reservarle: en este momento se oyen fuera pasos y voces, y el hombre de la casa exclama:

— ¡Ah! ahí está nuestra gente!



## LOS LADRONES.

Tres hombres de rostros patibularios entran en la sala; entre ellos está el llamado la Grenouille, cuyo retrato no necesitamos hacer, porque ya le conocemos. Con ellos viene un chico de ocho á nueve años; trae un cesto con botellas; además, cada uno de estos hombres trae tambien provisiones.

Al ver al conde calentándose á la chimenea, los recién venidos se detienen sorprendidos, y preguntan con la vista á su jefe, que exclama:

— ¿Llegais vosotros, ó no? Se os está esperando con impaciencia... Justamente he recibido dos viajeros que van á cenar con nosotros y á los que quiero tratar como cuerpo de rey.

Estas palabras van acompañadas de guiños de ojos y señas que fácilmente comprenden los que acaban de llegar; la Grenouille exclama:

— ¡Ah! puesto que tenemos huéspedes... ¡Bravo! así nos divertiremos... entre tanto, mi amo, dádme un escudo de tres libras que he quedado á deber por el vino y el aguardiente... no teníamos

bastantes fondos... ahora me alegro de haber traído una buena cena... toda vez que tenemos gente.

Dan el dinero al chico, al que hacen beber un vaso de aguardiente, y despues lo ponen á la puerta con un puntapié por añadidura, diciéndole :

— ¡Ahora lárgate!... y piérdete si quieres!

— ¡Oh! no hay cuidado, responde el chico, á quien el aguardiente ha aturdido un poco... yo siempre me encuentro... veo claro por la noche!...

Á Germancey se le ha ocurrido un momento la idea de acercarse al muchacho y hablarle en voz baja para decirle : « ¡Ve á buscar á los gendarmes! » pero no tiene ocasion, porque al mismo tiempo que los ladrones ponen la mesa y los cubiertos no le pierden de vista, y además el chico parece incapaz de comprender esta comision : ha partido, y al ruido de los platos y los vasos, Merillac, que se ha despertado, vuelve á la sala donde está reunido todo el mundo, diciendo con su alegría habitual :

— ¡He oido un ruido de botellas y de vasos que me ha hecho pensar que ya no era ocasion de dormir!...

Los leñadores falsos saludan á Merillac con aire de temor ; este, al ver tanta gente reunida, dice :

— ¡Ah! no me habia engañado... ¿están aquí ya todos vuestros obreros?

— Sí, señor, y bien cargados de provisiones. ¡Oh! teneis una buena cena.

— Me alegro, porque tengo un apetito de todos los diablos... ¿y vos, Germancey?

— ¡Yo!... yo cenaré tambien con mucho gusto.

— ¡A mí es á quien se le ha ocurrido la idea de tomar esta ave, dice la Grenouille!

— Has hecho bien... ¡Oh! tú ya sabes lo que te haces, la Grenouille; ya conoces lo que es bueno.

Mientras los ladrones llenan la mesa de jamon, de aves fiambres, de salchichones, de vasos y de botellas, y Pedro ha ido á descolgar el asado que pone en un plato de barro, Merillac, que acaba de fijar sus miradas en la Grenouille, se inmuta de pronto, su frente se oscurece, luego se acerca al conde, que ha permanecido sentado delante de la chimenea, y aprovechándose de un momento en que los supuestos leñadores arreglan la mesa, mientras el amo de la casa ha ido á la pieza inmediata á buscar platos y cuchillos, le dice con rapidez y en voz baja:

— Querido amigo, acabo de hacer un descubrimiento nada grato... Ese hombre de la nariz rota, y á quien llaman la Grenouille, es un ladron;

le conozco perfectamente, él fué quien me robó mi reloj en el Ambigú-Cómico...

— Lo sé... todos esos hombres son unos miserables... su jefe es el nieto de Cartouche de quien os he hablado...

— ¡Cáspita!... á buena parte hemos venido á parar... y yo que no traigo mas que mis pistolas!... si tirase ahora mismo á dos de esos hombres!...

— No... seríamos perdidos... al contrario, es preciso disimular... y no dejar ver la menor sospecha...

— ¡Diablo! esto me ha quitado el apetito. Pero esos bribones no se quedarán riendo...

— Es preciso comer... y beber...

— Y dejarnos matar como moscas cuando nos crean dormidos...

— Esperad... se me ocurre una idea; si nos sale bien, puede salvarnos...

— ¡Oh! decid!... decid pronto!...

— Es preciso...

El regreso de Severino, que desde luego se dirige á los dos amigos, impide á Germancey decir una palabra más.

— Vamos, señores, todo está pronto... ¡á la mesa!... Dispensad si los platos son de barro y los tenedores de hierro; pero ¡qué diablos! esta no es una posada!

— ¡Es mucho mejor, porque le reciben á uno con buena voluntad!

Los dos amigos van á sentarse uno junto á otro; pero el amo de la casa se coloca en seguida entre ellos, y los otros hombres se ponen á los lados. Empiezan por el asado, que es un pedazo de solomillo delicioso.

— Diabla, señores, ¡qué bien os tratais! solomillo de vaca... lo mejor que hay en asado! dice el conde.

— Sí... estamos en buena armonía con el carnicero... porque de vez en cuando le regalamos alguna que otra liebre... ¡Ya comprendéis que cuando las encontramos en la selva no las dejaremos escapar!...

— Y teneis razón; es preciso que todo el mundo viva.

— Bebed, pues, señores.

— Con mucho gusto... no es malo este vinillo.

— ¡Yo soy *quien* lo ha escogido! dice la Grenouille vaciando un vaso; y soy inteligente!

— ¡Ataquemos este jamoncito!... ¿Sabeis, señores, que habeis estado muy imprudentes atravesando esta selva por la noche?... no os habian hablado de ladrones?

— Sí... pero no les tememos... ¿Qué nos habian de robar?... Yo tal vez no llega á veinte libras lo

que traigo conmigo... eso es una miseria... Creo que os sucede lo mismo, Merillac; ¿no es verdad?

—No, á fé mia... no traigo tanto...

Y el caballero, desocupando sus bolsillos, saca de ellos dos escudos de seis libras y dos piezas de treinta sueldos, diciendo :

— Hé aquí toda mi riqueza... por ahora.

— ¡Sí, por ahora! repite el conde con intencion. Pero cuando volvais de Corbeil, creo que sereis mas prudente, y no os arriesgareis así por la noche...

Merillac ha mirado á su amigo, ha comprendido al momento su idea, y responde :

— ¡Oh! no!... diablo... entonces será diferente!

Los ladrones se han mirado en silencio. Severino corta trozos de carne-fiambre, y murmura :

— No importa, señores, es imprudente viajar sin armas.

— Yo no las llevo, respondé Germancey; pero mi compañero trae un magnífico par de pistolas inglesas... Merillac, enseñad vuestras pistolas á estas buenas gentes, y además os deben incomodar en los bolsillos; creo que aquí bien podeis desembarazáros de ellas.

Merillac saca de sus bolsillos sus hermosas pistolas damasquinas, y venciendo la repugnancia que siente en deshacerse de ellas, las presenta á Se-

verino, que las toma, las examina y exclama:

— Sí, ¡pardiez! magníficas armas!... ¿Son inglesas?

— Sí, las he traído de Londres...

— ¡Veámoslas!

— ¡Veámoslas!

Los supuestos leñadores las van examinando uno á uno.

— ¡Son preciosas! dice la Grenouille; bien valen doscientas libras!

— ¡Oh! algo más!...

Las pistolas vuelven á manos de Severino, que vacila en devolverlas al conde; pero este le dice:

— Hacedme el gusto de colocarlas ahí encima de la chimenea, aquí no las necesitamos...

Esta muestra de confianza parece ser muy del gusto de los ladrones, que se miran de un modo significativo, y continúan comiendo y bebiendo.

— ¡Excelente ave! dice Merillac; no se sirve mejor en casa de Bancelin... Estoy cenando exquisitamente... y creo que en Corbeil no habria sido tan bien tratado.

— ¡Vais á Corbeil, caballero?

— Sí, y mientras vos me esperais al lado de vuestra ahijada, yo iré á cobrar mis fondos á casa del notario... ¡Cáspita! hé ahí una herencia que

me llega tan á propósito como pedrada en ojo de boticario... porque ya estaba en seco.

—¿Vais á heredar, caballero? pregunta Severino.

—¡Sí, en verdad!... treinta mil francos, que me han caido de las nubes... y digo esto, porque no los esperaba... es de un pariente viejo... á quien yo creia pobre... y que al morir me ha dejado esa suma! El notario de Corbeil me escribe que la tiene á mi disposicion... ¡Ah! pardiez! no la tendrá mucho tiempo; voy á apresurarme á desembarazarlo de ella, y vivan los placeres, las mujeres y el juego!... Germancey, ya sabeis que os pago un festin en casa del Gacque, cuando regresemos á Paris...

—Si... sí... ¡Oh! me uniré á vos, Merillac, para que demos buena cuenta de los escudos... Sin embargo, será preciso volverse juicioso... ¡todos los dias no se hereda!

—¡Bah! lo que es preciso es divertirse ante todo... la vida es tan corta!... vaya al diablo la prevision!

Severino parecia reflexionar, y todos los hombres que estaban á sus órdenes, con los ojos fijos en él, parecian procurar adivinar sus proyectos. En fin, desocupa su vaso y exclama:

—¡Treinta mil francos! ese es un buen pellizco, caballero!

— ¡Bah! es una miseria, comparado con lo que yo poseía en otro tiempo!

— ¡Una miseria!... ya me contentaría yo con una débil parte de ella para pagar el alquiler de esta barraca, cuyo propietario me amenaza todos los días con ponerme á la puerta, porque me he atrasado un año!...

— ¡De veras! ¿Y cuánto debéis por este año?

— ¡Oh! no mucho; pero para mí es una suma muy grande... ciento veinte libras... el año ha sido malo... y luego esta enfermedad... estas calenturas que he cogido... apenas he trabajado!...

— ¡Pardiez! puesto que la ocasion se presenta de hacer una buena accion, no quiero dejarla escapar... quiero probar á mi amigo Germancey que si gasto mi dinero haciendo locuras, no por eso dejo de emplearlo bien algunas veces...

— ¡Oh! nunca he dudado de vuestra generosidad, Merillac!

— ¿Cuál es vuestro designio, caballero? dice el hombre del sombrero grande dirigiendo alternativamente sus miradas sombrías y feroces á los dos amigos.

— Regaláros las ciento veinte libras que os faltan para pagar á vuestro propietario... Con las quince libras que traigo conmigo me seria difícil; pero cuando posea las treinta mil, hará tan poca

brecha en mi fortuna que no valdrá la pena.

— ¿De veras, caballero, tendreis esa bondad?

— Cuando yo prometo una cosa, la cumplo.

— ¡Oh! pero mañana... no pensareis ya en nosotros... ¿sin duda no volvereis á pasar por aquí?

— Esa era mi intencion; pero á fin de agradecer vuestra hospitalidad, bien puedo alargar un poco mas el camino... ¿no es cierto, Germancey?

— Sin duda, solo que necesitábamos estar seguros de hallar un carruage en Champrosey...

— ¡Oh! si no es mas que eso, yo me encargo de proporcionáros uno! exclama la Grenouille; y lo haré venir á esperáros aquí... ¿A qué hora pensais volver?

— Temprano, á eso de las dos de la tarde; á fin de llegar á Paris antes de la noche.

— Pues á las dos, ó antes, estará aquí el carruage. Conozco un amigo que tiene un cabriolé y no sentirá ganar un buen jornal.

— Podeis prometerle todo lo que os pida.

— ¡Famoso!... entonces bebamos! ¡A la salud de los treinta mil francos!

— Todos los ladrones se apresuran á imitar á la Grenouille y á levantar su vaso.

— Imbéciles, exclama Severino; á la salud de

este caballero es á lo que debemos beber... si es que piensa aun en mí.

— Desconfiado sois, amigo.

— ¡Ah! es que... ya veis... en el mundo hay tan pocos que cumplan su palabra!...

— Pues bien; para que tengais confianza en mí, para probaros que voy á volver, ¿qué diriais si yo os dejase mis pistolas?... ¡eh!... ¿supongo que valen mas de ciento veinte libras?...

— ¡Oh! de ese modo ya no me queda duda, caballero, y voy á beber á vuestra salud y á vuestra herencia!...

Severino llena su vaso, todos sus hombres le imitan. Germancey y Merillac se ven obligados á alternar con los bandidos; pero no hay que vacilar: era preciso quitarles todo motivo de desconfianza. Despues del vino, los ladrones acuden al aguardiente, del que beben con terrible avidez. Solo su jefe parece reservarse y querer conservar su razon. Envia á dormir con tono de autoridad á un rincón á dos de sus hombres, los cuales en su embriaguez empezaban á decir cosas que podian revelar su profesion.

— ¡Pero debe ser muy tarde! dice Germancey.

— Las doce y media, responde Severino despues de haber consultado un reloj, que solo saca á medias de su bolsillo, y cuya posesion pudiera pare-

cer extraña en un hombre que no tenia con que pagar su alquiler. Si quereis descansar un rato, señores, id á echáros en esa cama que hay ahí cerca, porque ahora amanece muy temprano, y probablemente no querreis ponéros tarde en camino.

— ¡Oh! no... ¿pero quién nos servirá de guía al salir de aquí?

— Pedro irá con vosotros, os enseñará una vereda que va á dar derecha fuera de la selva... esa vereda es poco conocida... pero hareis una señal en un árbol... en seguida aparecerá Corbeil ante vosotros...

— Muy bien... y á las dos nos volvereis á ver; pero tendreis para nosotros un carruage...

— No tengais cuidado... todo estará dispuesto... ¡Volved solamente á buscar vuestras pistolas... y todos quedaremos contentos!...

El conde y Merillac pasan á la piececita inmediata. Ardian en deseos de dejar la sociedad con que habian cenado. Se echan en la cama, pero no para dormir; el sueño no podia asomarse á sus párpados en el horrible tugurio donde se habian refugiado.

— ¡Nuestra estratagema ha salido bien! murmura Merillac al oido de su amigo.

— ¡Así lo espero!... despues de todo es natural que con el cebo de poseer las treinta mil libras, no

nos maten esos hombres para apoderarse de lo poco que tenemos...

— Con todo, si nos salvamos, bien podemos decir que hemos escapado en una tabla...

— ¡Chist!... no hablemos y finjamos dormir!

En efecto, era imprudente hablar, porque el descendiente de Cartouche iba á cada instante á apoyar su oído contra la puerta, que no estaba cerrada, sino enternada. Persuadido de que ambos viajeros duermen, va á reunirse con la Grenouille y Pedro, que estaban al otro extremo de la sala, de modo que no se les pueda oír desde el cuartito de al lado.

— ¡Vamos, pues, á dejar partir á esos dos hombres? dice el llamado Pedro con voz sorda.

— ¡Qué animal eres! dice la Grenouille; ¿acaso no comprendes que treinta mil libras valen más que cinco ó seis escudos que llevan en el bolsillo?...

— ¡Pero quién nos asegura que no traen consigo más que eso?

— Tranquilizáos, muchachos, dice Severino; conozco á esos dos hombres, no nos han mentido acerca del estado de su bolsa... y de su fortuna... son ex-nobles, pero no tienen un sueldo... ¡Oh! á uno de ellos especialmente ya le habria yo ajustado su cuenta de seguida... porque hace mucho tiempo

que se la he jurado... pero el interés general es antes que todos mis sentimientos particulares... ¿Qué arriesgamos?... no nos deja sus pistolas en depósito? Que esos dos hombres se acerquen mañana á esta casa, y todo lo que poseen será nuestro...

—Pero ¿y si no vinieran solos?... si viniese con ellos gente, otros viajeros?

—¡Cuidado si está pesado con sus temores este Pedro! dice la Grenouille; pues, hijo mio, si siempre has de ser así, en tu vida adelantarás nada!

—Yo no soy cobarde, sino desconfiado; ¡eso es todo!

—¡Pierde cuidado!... yo tomaré mis precauciones... Si esos dos hombres volvieran con gente, empezaré por descargar sobre ellos estas dos lindas pistolas... que están cargadas... las he examinado... y cada uno de vosotros tendrá su fusil, sus armas... De este modo la cosa irá sola... respondo de ello!...

—¡Puesto que Severino responde de todo, voy á dormir tranquilo!... dice la Grenouille, echándose al colete un vaso de aguardiente.

—Sí, dormid un poco... yo me quedo en vela... y despertaré á Pedro tan pronto como sea de día. Es inútil que el conde me vuelva á ver mañana por la mañana... casi no puede conocerme; pero

á pesar de todo evitaré sus miradas hasta el momento de obrar.

La noche parece demasiado larga al conde y á su amigo. Al fin despunta el dia; un tiempo grato y sereno, un cielo magnífico ha sucedido á la tormenta de la noche anterior. Merillac finge despertarse y se restrega los ojos, exclamando :

— ¡Pardiez ! creo que ya es de dia... Sí... y hace un tiempo delicioso, según lo que puedo ver desde aquí... vamos, mi querido Germancey, despertáos y pongámonos en camino; en verdad que ardo en deseos de llegar á Corbeil; y si mi notario está durmiendo aun, haré tal ruido en su puerta, que se despertará mas que de prisa.

— Teneis razon, Merillac... es preciso ponernos en camino... el sol parece que quiere aparecer á través de esa cúpula de verdura... no finge, se muestra tal cual es... Ya estoy listo... Cuando se acuesta uno vestido, pronto se pone de pié.

Los dos amigos salen de la especie de pocilga donde han pasado la noche. En la sala grande no hallan mas que á Pedro, que los espera y se esfuerza en tomar un aire agradable, diciéndoles :

— ¡Hola ! ¿os habeis despertado, señores?... habeis dormido bien ?

— ¡Muy bien !... yo siempre duermo bien des-

pues de una cena excelente... ¿Pero á dónde está vuestro amo?

— ¡Oh! está trabajando ya en la selva con los camaradas... cuando queráis partirémos, señores...

— Nosotros estamos prontos... ¿no es cierto, Germancey?...

— Sí, sí, partamos.

Y salen de la cabaña: á medida que se alejan de ella, el conde y Merillac respiran con mas facilidad; porque á pesar de la esperanza que fundaban en su estratagemá, se sentian muy oprimidos en medio de aquellos hombres, que sabian eran bandidos.

El que les sirve de guía les ha hecho pasar al principio por entre malezas y espesuras. Pronto desembocan en una vereda estrecha, pero bien trazada: allí el follaje es tan espeso, que hasta en los dias mas claros, la luz está interceptada, y algunas partes del camino se hallan siempre envueltas en la oscuridad.

Pero Pedro camina de prisa, aunque prestando el oido al menor rumor, y algunas veces parándose de pronto para escuchar. Así van andando durante media hora y sin encontrar á nadie; pronto se ensancha el camino, y al fin llegan al extremo de la selva; entonces el supuesto leñador se pára, diciendo:

— Yo no paso de aquí... hallareis á Corbeil delante de vosotros, señores : ¿reconocereis esta vereda para volver?

— Sí, aquí hay un árbol caído que me impedirá que me engañe... y allí en frente un álamo blanco aislado, que nos servirá de guía.

— ¡Hasta luego, señores !

El ladrón ha desaparecido por la selva...

— En fin, ya estamos libres de la compañía de ese hombre, exclama Merillac; ¡ah! mi querido Germancey, démonos las manos... bueno es respirar sin temor despues de la noche que hemos pasado...

— Sí, amigo mio; ¡lo cierto es que no hemos librado de mala!

— En cuanto á mis pistolas, ¡se las abandono con sumo gusto, feliz con haber escapado á tan poca costa!

— ¿Qué decís, caballero? ¡pues yo espero que volvereis á entrar en posesion de vuestras armas!...

— ¡Cómo! ¿acaso pensais volver á casa de los ladrones? sabeis que me parece eso muy imprudente?...

— Mi querido Merillac, al fin he hallado al hombre que buscaba hacia tanto tiempo, al miserable que ha hecho la desgracia de toda mi vida,

que ha causado la muerte de la mujer que yo adoraba; y ¿créis que dejaría escapar esta ocasión de entregarle á la justicia, y de hacerle sufrir el castigo que merecen sus crímenes? ¡Oh! aun cuando me cercaran los mayores peligros, todos los arrostraría por hacer prender á Severino... Sin embargo, comprendo, Merillac, que no tengais los mismos motivos que yo para desear que se apoderen de esos miserables... y nada os obliga á acompañarme á esa expedición...

— ¡Pardiez! conde, ¿sabeis que debería ofenderme de lo que acabais de decirme?... Hay algunos peligros que arriesgar, y creéis que os dejaría yo en este momento... ¿Acaso acostumbraban á conducirse así los mosqueteros del rey?

— Perdonad, amigo mio, perdonad... sí, he hecho mal en suponer que os negaríais á participar de mis peligros... pero lo que verdaderamente me es muy penoso, es pensar que siempre os llevo donde hay riesgos que correr... Sin embargo, estad bien persuadido de que tomaré todas las precauciones posibles... quiero que cojan á los ladrones... á ese infame Severino sobre todo, ¡pero no quiero ser cogido por ellos!

— En cuanto á mí, confieso que no me pesaría hacer que le echasen mano al hombre de la nariz rota... que fué causa de que se me rompiera

el reloj, y que desde entonces anda mal... Veamos, ¿cuál es vuestro plan, Germancey?

— Ir á avisar á la gendarmería de Corbeil... Pero ya vemos desde aquí cabañas y aldeanos; tal vez estamos en la Faisanderie... ante todo quisiera ver á mi ahijada... Vamos... voy á informarme de esa jóven que viene allí... ¡Eh!... señorita, ¿sabéis por casualidad dónde vive el padre Chaussoux?...

— ¿Pues no lo he de saber... si es mi tío?... ¡Sería chistoso que yo no supiera dónde vive!...

— Perdonad, ¡ignorábamos vuestro parentesco!...

— Mirad... allí abajo á la izquierda... aquella casita que tiene una parra... desde aquí se ve... mi tia está á la puerta.

Los dos amigos se ponen en marcha; al cabo de algunos minutos llegan á la casita que se les ha indicado. Germancey conoce perfectamente á la nodriza, aunque no la ha visto desde el dia del bautismo, y la aldeana por su parte lo examina un momento, y luego exclama:

— ¡Calle! no me engaño!... el señor es el padrino de nuestra chiquitina... ¡Oh!... sí... sí... no me engaño!... es el padrino... ¡Eh! Chaussoux!... Germana!... Catalina!... aquí está el padrino de Honorina!... voy á despertarla... qué contenta se

va á poner al ver á su padrino!... vaya una sorpresa!... ¡Pero entrad, señores!... Refrescareis... ¡Eh! marido!... ¡eh! Chausseux!... ven á ver al padrino de Honorina!

El conde no ha tenido aun tiempo para contestar una palabra, puesto que la nodriza Chausseux tiene la costumbre de hablárselo todo. Entra en la casa con Merillac: un aldeano muy gordo, que es tan mudo como habladora su mujer, llega, saluda, intenta decir alguna cosa; pero no pudiendo conseguirlo, se apresura á poner en una mesa vasos y vino.

—Y la mamá, ¿cómo está la mamá? exclama la Chausseux; nos ha escrito que estaba enferma... por eso no la hemos visto hace algun tiempo... supongo que estará mejor... Chausseux, echa de beber á estos señores... ahí te quedas como nuestro burro... Es el mejor vino que tenemos... no hay otro en casa... por lo demás, ogaño ha sido bueno. A vuestra salud, señor padrino... á la de vuestro amigo y conocido.

Merillac se ha bebido el vaso de vino, muy malo por mas señas, haciendo un gesto; pero exclama:

—Este vino es mucho peor que el de anoche... pero eso no impide que lo beba con mucho mas placer.

Y el conde, aprovechándose del momento en que la nodriza desocupa su vaso, dice :

— Quisiera ver á mi ahijada ; estoy deseando dar un abrazo á esa querida niña...

— Ahora la vereis, caballero ; Germana, nuestra hija mayor, ha ido á despertarla y á vestirla. ¡ Caramba ! ¿ sabéis que habeis llegado muy temprano ? ... á dónde habeis dormido ?

— En la selva... en una guarida de ladrones...

— ¡ Entre ladrones ! ... es verdad que de algun tiempo á esta parte suceden mil fracasos á los viajeros ! ... ¿ y qué habeis hecho para libráros de sus garras ?

— Gracias á una estratagema que nos ha salido bien... pero tranquilizáos, madre Chausseux ; vamos á buscar la gendarmería de Corbeil, y os librarémos de esos peligrosos vecinos.

— ¡ Ah ! con eso nos hareis un gran servicio.

La llegada de una niña de tres años y medio pone fin á esta conversacion. La pequeña Honorina viene corriendo, saltando y riendo, cuando de pronto se pára como avergonzada al ver á los dos señores que están en casa de la nodriza. Germancey se apresura á cogerla en sus brazos, y la da una caja de almendras que ha llevado para ella, diciéndola :

— ¿ Me permites que te dé un beso ?

— ¡Calle! si lo permite! exclama la Chausseux; pues ya lo creo que os lo permite... Honorina, este caballero es tu padrino... no le conoces... pero es tu padrino... Chausseux, echa de beber.

La niña se deja besar, y despues mira á su alrededor, diciendo:

— Y mamá, ¿no ha venido mamá?

— Mi querida niña, no puede venir aun, ha estado enferma... pero va mejor, y antes de poco vendrá á veros... Mirad, Merillac, ¡qué linda es!... qué facciones tan finas, tan delicadas! qué ojos tan bellos!... ¿No es verdad que es todo el retrato de su madre?

— Sí, á fé mia... la semejanza es ya notable...

— ¡Pobre niña! plegue á Dios que sea feliz!

El conde no se cansaba de admirar y acariciar á su ahijada; la niña se dejaba hacer mimos, al propio tiempo que se comia los dulces que la habian llevado; el padre Chausseux bebia solo, y su mujer exclamaba:

— ¡En verdad que para una niña guapa se puede decir que no la falta nada!... ya veis cómo está!... qué blanca y sonrosada!... No tiene miembros enormes que digamos, es verdad; pero es fuerte... y bien formada... ¡y malicia! ella sola tiene mas que tres Chausseux!... Espero, señor padrino, que estareis orgulloso de vuestra ahijada.

— Sí, señora Chausseux; no tengo mas que elogios para vos; habeis cuidado bien á esta niña, y no dejaré de decir á su madre que su hija está aquí perfectamente, y que hará bien en dejárola algun tiempo.

— ¡Oh! sí, señor; yo quisiera tenerla siempre... ¡tendré una pena cuando sea preciso devolvérsela!... ¿Almuerzan con nosotros estos señores?...

— No, un deber importante nos llama ahora á Corbeil; se trata de librar á la sociedad de muchos miserables que hace bastante tiempo han escapado á la justicia...

— ¡Ah! ¿vais á hacer que cojan á los ladrones?

— Al menos vamos á intentarlo... ¿Estamos lejos de Corbeil?

— No, señor, á una legua corta nada más. Chausseux os enseñará el camino.

— Con mucho gusto... Adios, chiquitina... deja que te dé un beso... ¡Ah! voy viendo que te quiero ya como un padre! y puesto que el tuyo te abandona, yo juro hacer las veces de tal!

La pequeña Honorina se deja besar. El conde le hace un regalo á la nodriza, y luego los dos amigos se ponen en camino, acompañados del padre Chausseux, que sonríe y mueve la cabeza mirándolos; pero no puede decir otra cosa que: ¡el padrino! ¡eh! ¡eh! el padrino!...

Llegan á Corbeil, y Chausseux se vuelve repitiendo: ¡ Eh! ¡ eh!... el padrino!...

Los viajeros preguntan por el puesto de la gendarmería, se dirigen á él y denuncian al jefe de la fuerza á los miserables que ocupan la casa de la selva.

—Ya suponíamos que eran ladrones, dice el cabo, pero no habíamos podido cogerlos aun en flagrante delito.

—Podeis prenderlos sin temor de equivocáros: entre esos hombres hay un miserable, cuyas señas deben habéros dado ya, que se llama Severino y que es nieto de Cartouche.

—¡ El pequeño Cartouche!... estará entre esos hombres de la selva!... ¿Estais seguro de ello, caballero?

—Estoy perfectamente seguro; él es quien se titula jefe ó amo de los leñadores.

—¡ Oh! pero entonces esa seria una captura muy importante! mucho tiempo hace que la policía busca á ese hombre... ha cometido una porcion de robos y de crímenes. Pero es un perillan muy sagaz; cambia de rostro, de edad, y se transforma tan bien que nunca se le puede conocer.

—Pues bien; yo os respondo de hacéroslo conocer... yo os guiaré, porque de él es de quien ante todo es preciso apoderarse.

— ¿Pensais venir con nosotros, caballero, para prender á los bandidos?

— Sí, en verdad; mi amigo y yo os serviremos de guía.

— No os oculto, señores, que el asunto es peligroso... esas gentes, y sobre todo el pequeño Cartouche, no se dejarán capturar sin hacer una defensa vigorosa.

— El peligro no nos asusta, cabo; somos militares antiguos.

— ¡Oh! ya lo veo, señores; pero con todo será preciso obrar de modo que salgamos sanos y salvos... Yo y mis hombres iríamos ahora mismo á cercar su madriguera; pero nos verían ir, y es probable que no hallásemos dentro á nadie.

— No, no es de ese modo como hay que obrar. Ayer, durante la tormenta, pedimos hospitalidad sin saber dónde nos metíamos... los ladrones nos recibieron muy bien; estábamos, pues, tan confiados, cuando la casualidad me permitió oír una conversacion, por la que supe la verdadera profesion de aquellos hombres. Dos que éramos, contra cinco que eran ellos bien armados, estábamos perdidos; así es que recurrimos á una estratagemá que nos salió perfectamente. Mi amigo dijo que iba á cobrar treinta mil francos á casa del notario de Corbeil; ya comprendéis que el deseo de

apoderarse de esta cantidad cambió en seguida los designios de nuestros ladrones. Fingiendo Merillac quedar agradecido á la buena acogida que nos hicieron y á la excelente cena con que nos regalaron, prometió volver para recompensar generosamente á nuestro patron...

—Y para inspirar completa confianza á nuestros ladrones, les dejé un magnífico par de pistolas inglesas, en las que está grabado mi nombre. —

—Muy bien, señores; entonces os esperan esos miserables...

—Sí, hasta nos aseguraron que tendrian un carruaje á nuestras órdenes. Nosotros les advertimos que volveriamos á pasar por la selva á eso de las dos de la tarde.

—Muy bien, tenemos tiempo de sobra; tres de mis hombres se disfrazarán con blusas, fingiéndose aldeanos, se internarán en la selva, pero cada uno por un camino distinto; tratarán de evitar que los vean, y á la hora convenida se hallarán cerca de la casa.

—Eso es... en seguida yo y Merillac nos adelantaremos poco á poco hácia la guarida de los bandidos.

—Vos un poco antes, caballero, y como vuestro amigo es el que ha quedado en llevar esa cantidad tan crecida, no harán nada hasta que no esté

cerca de ellos... ireis bien armado, y pronto á hacer fuego al primer movimiento de ataque de los ladrones...

— Muy bien; pero á quien atacarán primero para despojarlo será á Merillac...

— Esperad, caballero, esperad; el señor puede haber recibido parte de esa cantidad en escudos, y como seria muy pesado que los llevara encima, ha ajustado un hombre para que cargue con sus sacos...

— Excelente idea, ese hombre...

— Seré yo, señores, y bien disfrazado, os lo juro; en seguida dos ó tres de mis hombres nos seguirán de lejos; de este modo creo que podremos hacernos dueños de esos bandidos sin que nos suceda nada.

— Ese plan está muy bien trazado; vamos á almorzar y á descansar un rato, y en seguida volveremos aquí...

— Estad aquí á la una, señores, y todo se hará y se dispondrá como os he dicho.

— ¿Y nos prestareis armas?

— Daré á cada uno un par de pistolas excelentes, que estoy seguro no han de marrar.

— Convenido; á la una estaremos aquí.

Los dos amigos toman las señas de la mejor posada del país, hacen que les den de almorzar, y

esta vez comen con buen apetito. El plan del cabo les parece bien concebido; la idea de hacerse acompañar de un hombre que finja ir abrumado con el peso de un saco de dinero hace reír mucho á Merillac, que está persuadido de que á lo primero á que se arrojarán los ladrones será á aquel saco.

El conde se considera feliz ante la idea de entregar al fin á la justicia al miserable que es causa principal de todas sus desgracias, y que ha hecho conducir al suplicio á la mujer que adoraba. Vengar á su querida Honorina era la idea de toda su vida y el mas ardiente de sus deseos. El instante en que vemos realizar nuestro deseo mas querido en la vida, debe ser muy solemne. Sin embargo, al recuerdo de la mujer que habia amado se mezclaba con frecuencia el de aquella pobre niña que acababa de abrazar, de aquella niña á la que habia prometido servir de padre, y, sin que comprendiera la causa, mezclábase á todo esto la imágen de Severino, y arrojaba como una nube sombría entre la pequeña Honorina y la Honorina de otro tiempo.

El tiempo marchaba muy lentamente para los deseos del conde y de Merillac. A la una menos cuarto llegan al puesto de la gendarmería; el cabo está disfrazado de modo que nadie le conoce, y se echa á la espalda un saco lleno en parte de hierro viejo. Germancey y Merillac se proveen de un par

de pistolas cada uno, y se ponen en camino por la selva, seguidos algo lejos de tres gendarmes, disfrazados tambien de aldeanos.

Se dirigen hácia la vereda que los dos viajeros habian seguido por la mañana. El álamo blanco aislado, el árbol caído les sirven de contraseña, sin lo cual no habrian atinado. Apenas ha entrado el conde en la senda, quiere adelantarse unos ochenta pasos al menos, presumiendo que los ladrones pueden haber enviado gente para explorar, á fin de asegurarse de su regreso.

Merillac se detiene pues, así como su compañero, que parece va rendido con el peso de un saco, y deja que su amigo vaya delante; pero tiene buen cuidado de prevenir sus pistolas y estar pronto á todo acontecimiento; despues, cuando ve que la distancia es bastante conveniente, se vuelve á poner en camino.

Así van andando por la vereda durante veinte minutos sin encontrar á nadie. Al cabo de este tiempo, el conde ve á un hombre en observacion: conoce á Pedro, y veinte pasos mas lejos ve á Severino y el resto de los bandidos.

El conde se pone á gritar bastante alto para que le oigan por ambas partes:

— ¡Aquí estamos... no os impacientéis, patron... mi amigo me sigue... no viene lejos!...

—¿Pero vuestro amigo no viene solo?... dice Pedro saliendo del sitio en que estaba oculto.

—No, ha sido preciso que tomase un hombre para traer su dinero; le han dado quince mil francos en escudos... el aldeano que los trae viene rendido con el saco...

—¡Pues bien, id á ayudar vosotros á ese hombre... id á desembarazarle de su saco! grita Severino haciendo señas á sus hombres para que vayan donde está Merillac, mientras va derecho hácia el conde, del que está aun bastante lejos.

Deseosos los ladrones de apoderarse del saco de escudos y de despojar á Merillac de la suma de que le creen portador, echan á correr hácia adelante. Cuando no están mas que á seis pasos de aquellos á quienes quieren reunirse, el supuesto aldeano se incorpora, echa á un lado su saco y apunta á los ladrones; Merillac por su parte ha hecho otro tanto, así que los cuatro hombres que iban á arrojar sobre ellos son recibidos á pistoletazos.

Al oír Severino el ruido de las armas de fuego y los gritos de sus camaradas, lanza un juramento terrible y corre hácia el conde con un puñal en la mano, diciendo:

—¡Ah! traidor!... nos has vendido! pero no te escaparás esta vez!...

—¡Eso lo veremos! responde Germancey des-

cargando un pistoletazo sobre el miserable. Pero el ladrón ha esquivado el golpe, echándose á un lado: se precipita sobre el conde y le da una puñalada que le alcanza en el brazo, entablándose entre ambos una lucha: Germancey, menos ágil, menos jóven que su adversario, va á sucumbir y á recibir un golpe mortal, cuando tres gendarmes, que salen de diferentes matorrales de la selva, se arrojan sobre Severino, lo desarman, se apoderan de él y lo atan sólidamente; al supuesto leñador se le cae al luchar la peluca que casi le ocultaba los ojos; su sombrero grande tambien se le habia caído, y entonces se puede ver enteramente el rostro de este hombre jóven aun, y que seria guapo si en cada una de sus facciones no se revelasen todas las malas pasiones; sobre todo en aquel momento en que, exaltado por el furor, sus ojos parecen lanzar chispas.

El llamado Pedro habia caído muerto con la descarga de las pistolas de Merillac; uno de los ladrones habia echado á huir, pero la Grenouille y otro bandido habian caído en poder de los gendarmes.

— Estais herido, amigo mio, dice Merillac acercándose al conde.

— No es nada... en el brazo... poca cosa... y á pesar de ese miserable, de buena he vuelto á escapar...

Severino está furioso, vomita las mas horribles imprecaciones, mientras la Grenouille toma el asunto á risa y se contenta con decir :

— ¡No ha estado mal jugada!... ¡ah! preciso es convenir en que os habeis conducido hábilmente... hemos caido en el garlito... Pedro solo era el que desconfiaba... y á él le ha tocado la china... parece qué presentia el golpe.

De pronto se vuelve Severino hácia el señor de Germancey, diciéndole con ironía :

— ¡Gracias! señor de Germancey, gracias por haberme hecho prender!... ¡ah! podeis felicitáros... habeis hecho una buena obra... Sabeis que habeis hecho prender... al padre de vuestra ahijada... de esa niña que quereis tanto... y á la que habeis ido á abrazar á casa de su nodriza... sí, ¡yo soy vuestro compadre!... Direis á Florentina que, gracias á vos, su querido Francisco va á ir á presidio... eso la alegrará... os lo agradecerá... pero no es esto todo... ese hijo de vuestro hermano que buscáis... María y Víctor, yo los he encontrado... sé á dónde están... Gracias á vos, he sabido anoche que su madre es la señora Rigoulot, antes la señorita Hauteputaie... es un descubrimiento que podrá servirme un día, porque ya comprenderéis que no quiero morir de viejo en presidio... ¡Vamos, gendarmes, llevadme, marche-

mos, nada mas tengo que decir á mi compadre!...

El conde ha permanecido aterrado con todo lo que acaba de oír; no ha tenido fuerzas para pronunciar una sola palabra; sin embargo, cuando los gendarmes se disponen á llevarse á los ladrones, corre hácia Severino y le grita:

—Si no habeis mentido, decidme por favor qué ha sido de los hijos de mi hermano... decidme dónde podré hallarlos, y os prometo cuidar de esa pobre niña, cuya madre habeis abandonado... la hija de Florentina.

—¿Y á mí qué me importa la hija de Florentina?... Hasta la vista, compadre, me habeis hecho prender... hacedme soltar, y os diré dónde están vuestro sobrino y vuesta sobrina...

Los gendarmes se llevan á sus prisioneros, despues de haber tenido buen cuidado de atarlos bien. Merillac sujeta con su pañuelo la herida del conde, le pone el brazo en cabestrillo, y al mismo tiempo le dice:

—¿Vais acaso á dar fé á las invenciones de ese miserable?... No las creais, amigo mio... os ha dicho todo eso para tratar de vengarse de vos...

—Plegue á Dios que tengais razon; porque si no hubiera mentido seria una cosa horrible.

Los dos amigos llegan con ayuda de un gendar-

me al despacho de carruajes de Corbeil, y toman asiento en el que sale para Paris.

De regreso á Paris, apenas se ocupa el conde en vendar su herida, que es ligera, va á casa de Florentina, que ya estaba inquieta por no verle volver y que al ver su brazo en cabestrillo, exclama:

— Estais herido, señor, ¿os ha sucedido algun accidente?

— Esto no es nada, hija mia, una historia de ladrones que mas adelante os contaré. Hablemos de vuestra hija.

— ¿La habeis visto, señor? está buena?

— Sí, la he visto y la he dado muchos besos, porque está lindísima... su salud es excelente... y creo que las personas en cuya casa está, la cuidan mucho y la quieren en extremo.

— ¡Oh! sí, la quieren mucho... ¿quién podria no quererla?... está muy hermosa, ¿no es cierto, señor?

— Encantadora... por lo demás, es todo vuestro retrato.

— ¿Lo crééis así, señor?

— ¡Es cosa sorprendente! y Merillac es de esta opinion.

— ¿Y qué os ha dicho mi Honorina?

— Me ha preguntado por su madre, á la que sentia mucho no ver con nosotros.

— ¡Hija querida!... ¡oh! pronto iré á verla... á abrazarla... luego, al fin del verano, me la traeré conmigo... ya no me separaré de ella más... y quién sabe... cuando sepa que su hija es tan linda... tal vez su padre vuelva á vernos... tal vez nos ame entonces...

El conde nada responde, pero vuelve la cabeza; porque cuando piensa quién es el amante de Florentina, padre de la pequeña Honorina, no puede menos de preveer para la jóven madre y su hija un porvenir bien sombrío. Pero se promete ocultar siempre á su protegida que su amante Francisco no es otro que el miserable Severino, y que este hombre está ahora en manos de la justicia.

La causa formada á los ladrones no es larga: el nieto de Cartouche y sus cómplices son condenados á trabajos forzados toda su vida.

Merillac lleva á su amigo el periódico que contiene esta sentencia, diciéndole :

— Ya estás libre por siempre de ese miserable, que se atrevia á desafiarte.

— ¡Libre!... no hay que fiarse... las gentes como él siempre se escapan de presidio!... ese Severino bien merecía la muerte!

— ¡Siempre habrá hallado circunstancias atenuantes!...

— ¡ En fin! Dios quiera que no oigamos hablar mas de él!...

Pero algunos años despues, á fines de 1843, se leia en un periódico :

« Se han evadido del presidio de Tolon dos condenados; desgraciadamente son dos hombres á cual mas peligrosos; uno de ellos es el llamado la Grenouille, y el otro el famoso ladron conocido con el nombre de Severino, y que, segun se dice, es nieta de Cartouche; la filiacion de estos dos hombres ha sido enviada á todas partes; pero hasta ahora todas las pesquisas han sido infructuosas. »

FIN DE LOS HIJOS DEL BULEVAR.

~~~~~  
VÉASE PARA LA CONTINUACION:

EL NIETO DE CARTOUCHE.
~~~~~

# ÍNDICE.

|                                                                               |     |
|-------------------------------------------------------------------------------|-----|
| I.—El bulevar del temple en 1800. . . . .                                     | 5   |
| II.—Las tres vendedoras. . . . .                                              | 9   |
| III.—El desconocido. . . . .                                                  | 18  |
| IV.—El caballero de San Luis. . . . .                                         | 31  |
| V.—Los hijos del amor. . . . .                                                | 43  |
| VI.—El caballero de Merillac. . . . .                                         | 57  |
| VII.—Primera representacion del hombre de las tres<br>caras. . . . .          | 68  |
| VIII.—Un increíble. . . . .                                                   | 83  |
| IX.—La familia Roberval. . . . .                                              | 101 |
| X.—Confidencia mal recibida. . . . .                                          | 122 |
| XI.—Consecuencias naturales. . . . .                                          | 140 |
| XII.—Nueva apertura del teatro de la puerta de San<br>Martin en 1802. . . . . | 151 |
| XIII.—Lo que contenia la carta del hermano del señor<br>de Germancey. . . . . | 166 |
| XIV.—La Hermana de Victor. . . . .                                            | 179 |
| XV.—Un amigo verdadero. . . . .                                               | 198 |
| XVI.—El Bautismo.—La sortija. . . . .                                         | 206 |
| XVII.—Ensayo general de la pata de cabra en 1806. . . . .                     | 221 |
| XVIII.—Un viaje en cucú. . . . .                                              | 232 |
| XIX.—Una casa en la selva. . . . .                                            | 256 |
| XX.—Los ladrones. . . . .                                                     | 275 |

FIN DEL ÍNDICE.

LIBRERÍA DE CARLOS BAILLY-BAILLIERE.  
Plaza del Principe Don Alfonso, 8.

---

UNA  
MUJER CON TRES CARAS

Por CH. PAUL DE KOCK

Novela traducida por D. CÁRLOS FRONTAURA

Madrid, 1865. Dos tomos en 12.º, 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

EL ASNO DEL SEÑOR MARTIN

Por CH. PAUL DE KOCK.

Linda novela traducida por D. Manuel García Gonzalez. Madrid, 1862. Un tomo en 12.º, acompañado de una hermosa lámina grabada en acero. Precio: 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

LA FAMILIA BRAILLARD

Por CH. PAUL DE KOCK.

Novela traducida por D. Antonio Rotondo. Madrid, 1864. Dos tomos en 12.º, 24 rs. en Madrid y 28 en prov., franco de porte.

TAQUINET EL JOROBADO

Por CH. PAUL DE KOCK

NOVELA TRADUCIDA POR D. MARIANO DE REMENTERIA HIJO.

Madrid, 1865. Un tomo en 12.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

LA JÓVEN DE LAS TRES ENAGUAS

Por CH. PAUL DE KOCK.

Novela traducida al castellano por D. Manuel García Gonzalez; ilustrada con una preciosa lámina grabada en acero. Madrid, 1865. Un tomo en 12.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

# UN RACIMO DE GROSELLA

Por CH. PAUL DE KOCK

Novela traducida por D. MANUEL GARCÍA GONZALEZ.

*Ilustrada con una lámina grabada en acero.*

Madrid, 1865. Un tomo en 12.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

# LOS FILIBUSTEROS

Por GUSTAVO AIMARD.

Novela traducida por Saenz de Urraca. Madrid, 1865. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias (franco de porte), y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

# LOS TIRADORES INDÍGENAS

Por GUSTAVO AIMARD.

Novela traducida por Saenz de Urraca. Madrid, 1863. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias (franco de porte), y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

# LOS MERODEADORES DE FRONTERAS

Por GUSTAVO AIMARD.

Novela traducida por Saenz de Urraca. *Segunda edicion.* Madrid, 1863. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias (franco de porte), y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

# CORAZON LEAL

Por GUSTAVO AIMARD.

Novela traducida por Saenz de Urraca. Madrid, 1865. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias (franco de porte), y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

# LA LEY DE LYNCH

Por GUSTAVO AIMARD.

Novela traducida por Saenz de Urraca. *Tercera edicion.* Madrid, 1863. Un tomo en 8.º, 14 rs. en Madrid y provincias (franco de porte), y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

LOS

## TRAMPEROS DEL ARKANSAS

—EL REY DE LAS TINIEBLAS,—VALENTIN Y CURUMILLA,—  
Y LOS PIRATAS DE LAS PRADERAS

Novelas escritas en francés por GUSTAVO AIMARD.

Y traducidas por Saenz de Urraca, se han dado á luz en el periódico *La Lectura para todos*, el cual contiene además otras muchas excelentes é interesantes novelas; tanto que esta hermosa coleccion puede considerarse como el *Almacen* de las novelas mas escogidas de la época. Consta de tres tomos con láminas. Precio de cada uno, 38 rs. en Madrid, y 48, franco de porte, por el correo.

## UN ODIO Á BORDO

Por LANDELLE.

Novela traducida al castellano por D. Felipe Carrasco de Molina. Madrid, 1862. Un tomo en 8.º Precio: 14 rs. en Madrid y provincias, franco de porte, y solo diez reales para todos los que han sido suscritores en Madrid al periódico *La Lectura para todos*, y 12 para los de provincias.

LAS

## NOCHES DE LA MAISON DORÉE.

Por PONSON DU TERRAIL

Novela traducida

Por D. FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

Madrid, 1865. Un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

# EL PAGE DEL DUQUE DE ORLEANS.

Historia del siglo de Luis XIV

ESCRITA EN FRANCÉS POR PONSON DU TERRAIL

*Traducida*

POR D. J. F. SAENZ DE URRACA.

— Nueva edicion. —

Madrid, 1865. Tres tomos en 4.º, en un volúmen, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

## LOS DRAMAS DE PARIS

POR PONSON DU TERRAIL.

Primer episodio: Los Dos Hermanos.—2.º: El Club de los Exploradores.—3.º: Las Hazañas de Rocambole.—4.º: El Desquite de Baccarat. Madrid, 1863. Tres tomos en 12.º Precio: 56 rs., franco de porte, para toda España.

LA CASA DEL BAÑERO. Novela escrita en francés por D. Augusto Maquet; traducida al castellano por D. J. F. Saenz de Urraca. 1864. Un tomo en folio, ilustrado con magníficos grabados en madera intercalados en el texto, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

LOS PIRATAS DEL MISSISSIPI. Novela escrita por Gers-taecker; traducida y arreglada del alemán por la Redaccion de la *Gaceta militar*. Nueva edicion. Madrid, 1865. Un tomo en 4.º, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

QUINTIN DURWARD, ó el Escocés en la corte de Luis XI, por Walter Scott; traduccion hecha en vista de la edicion inglesa. Nueva edicion. Madrid, 1865. Un tomo en 4.º, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

EL OFICIAL AVENTURERO. Episodio de las guerras de Montrose, por Walter Scott; traducida del inglés por la Redaccion de la *Gaceta militar*. Nueva edicion. Madrid, 1865. Un tomo en 4.º, 10 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

MEMORIAL DE SANTA ELENA, dictado por Napoleon en esta isla al general Bertrand, al conde de las Casas y á M. Manuel de las Casas; traducido y aumentado con notas y artículos por D. Pedro de Arjona y Alvarez. — Campañas de Napoleon. — Nueva edicion. Madrid, 1865. Un tomo en 4.º, 20 rs. en Madrid y provincias, franco de porte.

# MEMORIA SOBRE LA VIDA

POLÍTICA Y LITERARIA

de

## D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

POR LUIS AUGUSTO REBELLO DA SILVA.

Madrid, 1864. Un tomo en 8.º, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

Esta *Biografía*, de uno de los personajes mas eminentes de España, ha tenido la alta honra de merecer la aprobacion del *Real Consejo de Instruccion pública*, considerándola digna de ser leida por todos los españoles, y proponiendo su entrada en la Peninsula, pues se ha impreso en castellano en Lisboa: creemos esto suficiente elogio para dar á comprender la importancia de este libro.

ESPIRITU DE LA POESÍA y de las bellas artes, ó Teoria de la belleza, por Tisandier. Traducido del francés. Madrid. Un tomo, 30 rs. en Madrid y 34 en provincias, franco de porte.

## LECTURAS AMENAS

SACADAS DE VARIOS AUTORES EXTRANJEROS

POR OCHOA.

Un tomo en 12.º, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

Para dar una idea de esta obrita ponemos á continuacion el índice de materias.

Advertencia del editor. — I. Cartas de madama Sevigné al marqués de Pomponne, á M. de Coulanges y á madama de Grignan. — II. M. Poujoulat. Asedio y ruina de Jerusalem por los Romanos. Las herejias de los primeros tiempos. Restablecimiento de la Ciudad Santa. (Año de J. C. 70 al 136). — III. Amadeo Thierry. Retrato de Atila. La batalla de los campos Cataláunicos. Muerte de Atila. — IV. H. de Balzac ¡Yadeste! — V. Ana Maria. Una hermana de los Angeles Santa Dorotea. — VI. A. de Lamartine. Despedida. A la Academia de Marsella. A una fuente. Versos escritos en Balbek. 29 de marzo de 1833. Getsemani. La muerte de Julia. A una jóven árabe. A M. Montherot, cuñado del autor. — VII. Octavio Feuillet. Alicia, leyenda alemana. — VIII. Washington Irving. Aventura de un estudiante aleman. — IX. Pouschkin. El turbión de nieve (novela rusa).

# LECTURAS MORALES

SACADAS DE VARIOS AUTORES FRANCESES

POR OCHOA.

Un tomo en 12.<sup>o</sup>, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

Índice de esta obrita.

I. Moisés.—II. San Gerónimo, su vida, sus obras.—III. Bossuet. Historia de su vida. Obras de Bossuet.—IV. La muerte de Eva. Escena bíblica.—V. El domingo. El sábado de los judíos: su origen. Institución del domingo.—Obligación de santificar el domingo. Motivos que obligan á santificar el domingo y modo de santificarle. Promesas hechas á los que observan la ley del domingo. El trabajo del domingo no enriquece. Excelencia y utilidad del domingo. Pintura poética del domingo. Continuación.—VI. La expiación.—VII. El bardo irlandés.—VIII. Recuerdos de la gran Cartuja.—IX. El filósofo y el cura.—X. Estela ó peligros de la lectura de las novelas.—XI. El mendigo.—XII. La imagen de la Virgen.

ANTOLOGIA ESPAÑOLA.—*Coleccion de piezas escogidas*, sacadas del teatro antiguo, por Ochoa. Madrid. Un bonito tomo de unas 392 páginas. Precio: 20 reales en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

ANTOLOGIA ESPAÑOLA.—*Coleccion de piezas escogidas*, sacadas del teatro moderno, por Ochoa. Madrid. Un bonito tomo de unas 556 páginas. Precio 20 reales en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

ANTOLOGIA ESPAÑOLA.—*Coleccion de trozos escogidos* de los mejores hablistas en prosa y verso, desde el siglo xv hasta nuestros días, por Ochoa. Madrid. Un bonito tomo de unas 900 páginas. Precio: 20 rs. en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

PARIS, LONDRES Y MADRID (ó sea Guia para todos los que visitan estas grandes capitales), por Ochoa. Madrid, 1861. Un bonito tomo en 8.<sup>o</sup> de unas 600 páginas, con cuatro bellas láminas grabadas en acero, 20 rs. en Madrid y 24 en provincias, franco de porte.

PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES, ó Coleccion de los mas viejos y mas populares romances castellanos, publicada con una introduccion y notas, por D. Fernando José Wolf y D. Conrado Hofmann. Berlin, 1856. 2 tomos 80 rs.

GRANADA, poema oriental de D. José Zorrilla. Paris, 1852. Dos tomos en 8.<sup>o</sup>, 64 rs.

LA ALHAMBRA. Planos, elevaciones y secciones de la Alhambra, con minuciosos detalles de esta hermosa muestra de

arquitectura morisca, ilustrados con 100 magníficas láminas grabadas en acero, 67 de las cuales se hallan iluminadas con la mayor perfección en oro y colores, y sacadas todas de dibujos hechos en el sitio por Jules Goury y Owen Jones, con una traducción completa de la inscripción árabe y una noticia histórica de los reyes de Granada, por P. de Gayangos. Londres, 1842. 2 tomos en folio mayor encuadernados. (El texto está en francés é inglés). Precio: 3200 rs.

Obra muy rica y magnífica. Costó al artista Owen Jones años de trabajo, y J. Goury perdió la vida estando ocupado en la obra La Corte de la Alhambra, en el Palacio de cristal de Sydenham, fué decorada bajo la dirección de Owen Jones.

**NOTA.** Se concederá alguna facilidad á todo el que desee comprar esta magnífica y única obra en su género y clase, y no quiera desembolsar de una vez su importe.

**ESPAÑA ARTÍSTICA y monumental.** Vistas y descripciones de los sitios y monumentos artísticos mas notables de España con dibujos y noticias sobre los usos, las armas y costumbres de todas las épocas que mas pueden interesar la historia del arte, por una Sociedad de artistas, literatos y capitalistas españoles; dirigida, en la parte artística, por D. Genaro Perez de Villa-Amil, y en la literaria, por D. Patricio de la Escosura: las láminas litografiadas por Adam, Arnout, Asselineau, Bachelier, etc., etc. Tres tomos en folio mayor, con 144 láminas de una esmerada ejecucion. Precio: 2000 rs.

**NOTA.** Se concederá alguna facilidad á todo el que desee comprar esta magnífica y única obra en su género y clase, y no quiera desembolsar de una vez su importe.

**MASQUES ET VISAGES,** por Gavarni. Paris. Un tomo en 8.º, ilustrado con 444 figuras de Gavarni, 20 rs. en Madrid y 22 en provincias, franco de porte.

El libro que anunciamos es, sin exageracion, uno de los mas espirituales: las láminas, con su epigrafe, debidas al lápiz de GAVARNI, no pueden por menos de recrear el espíritu y dejar una sonrisa en los labios. Bástanos ahora indicar los capítulos que abraza. 1.º Les Partageuses, avec 40 figures; 2.º Les Lorettes vieilles, avec 18 figures; 3.º La Vie de jeune homme, avec 23 figures; 4.º Le carnaval, avec 28 figures; 5.º Fourberies de femmes, avec 34 figures; 6.º Les Maris me font toujours rire, avec 38 figures; 7.º Les Enfants terribles avec 23 figures; 8.º Les Parents terribles, avec 16 figures; 9.º Comedie bourgeoise, avec 13 figures; 10.º Les Invalides du sentiment, avec 6 figures; 11.º La Fotle du logis, avec 33 figures; 12.º L'argent, avec 19 figures; 13.º Histoire de Politiquer, avec 21 figures; 14.º Philosophes, avec 19 figures; 15.º Propos de Thomas Vireloque, avec 18 figures; 16.º Les Petits mordent,

avec 18 figures; 17.º Populaire, avec 17 figures; 18 Bohèmes, avec 15 figures; 19.º Les Anglais chez eux, avec 6 figures; 20.º La Boîte aux lettres, avec 14 figures; 21.º Balivernes parisiennes, avec 25 figures.

## MANUAL POPULAR DE GIMNASIA DE SALA

MÉDICA É HIGIÉNICA

Ó Representacion y descripcion de los movimientos gimnásticos que, no exigiendo ningun aparato para su ejecucion, pueden practicarse en todas partes y por toda clase de personas de uno y otro sexo; seguido de sus aplicaciones á diversas enfermedades, por D. G. M. Schreiber; vertido del aleman por H. Van Oordt; traducido al castellano y considerablemente aumentado por D. E. S. O.; acompañado de 45 figuras intercaladas en el texto. *Cuarta edicion.* Madrid, 1864. Un tomo en 12.º, 10 rs. en Madrid y 12 en prov., franco de porte.

TRATADO PRACTICO DE FOTOGRAFÍA, ó sea Quimica fotogrífica, que contiene: Los elementos de Quimica explicados por medio de ejemplos aplicados á la fotografia.—Los procedimientos sobre cristal (colodion húmedo, seco ó albuminado), sobre papel y sobre placa.—El modo de preparar por sí mismo, ensayar y emplear todos los reactivos y de utilizar los residuos, por Barreswil y Davanne; traducido al castellano y aumentado con los procedimientos conocidos hasta el dia, por D. Benito de Cereceda. Madrid, 1864. Dos tomos en 8.º, con 93 magníficos grabados en madera intercalados en el texto, 40 rs. en Madrid y 46 en provincias, franco de porte.

ANUARIO DE LOS PROGRESOS TECNOLÓGICOS de la industria y de la agricultura. Resúmen de los adelantos de las ciencias aplicadas; descripcion de las construcciones, inventos y procedimientos industriales que han surgido en el año de 1864, por D. José Canalejas y Casas. *Año cuarto*, para 1865. Madrid, 1865. Un tomo en 8.º, ilustrado con muchos grabados en madera intercalados en el texto. Precio: 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

LA CONTABILIDAD LEGAL: *Teneduria de libros*, por Gallur y Sala. Obra recomendada por la Sociedad económica de amigos del país. Un tomo en 4.º prolongado, de esmeradísima y lujosa impresion.—Contiene la teoria y práctica de la partida doble, sujeta á los preceptos del Código de Comercio. Precio: 24 rs. en Madrid y 28 en provincias, franco de porte.

# LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS

Que tiene la alta honra de contar como primera suscritora á S. M. la Reina  
(Q. D. G.)

De la conveniencia de esta publicacion las **Señoras son los mejores jueces**, y á su fallo apela la Empresa; porque á la amenidad de su lectura se agrega la utilidad que proporcionan los modelos de toda clase de labores propias de una señorita; lo que unido á las colecciones de **patrones** (tamaño natural) que mensualmente reparte, y á los **inimitables figurines iluminados** que cada domingo distribuye, hacen que este periódico sea el único de su clase que se ha sobrepuerto á los extranjeros.

Para probar lo que adelantamos nos basta indicar lo que contiene cada número de este inimitable periódico.

## MEDIOS DE PUBLICACION.

*La Moda elegante ilustrada* sale todos los domingos en Cádiz, y se reparte los martes en Madrid.

Cada número contiene :

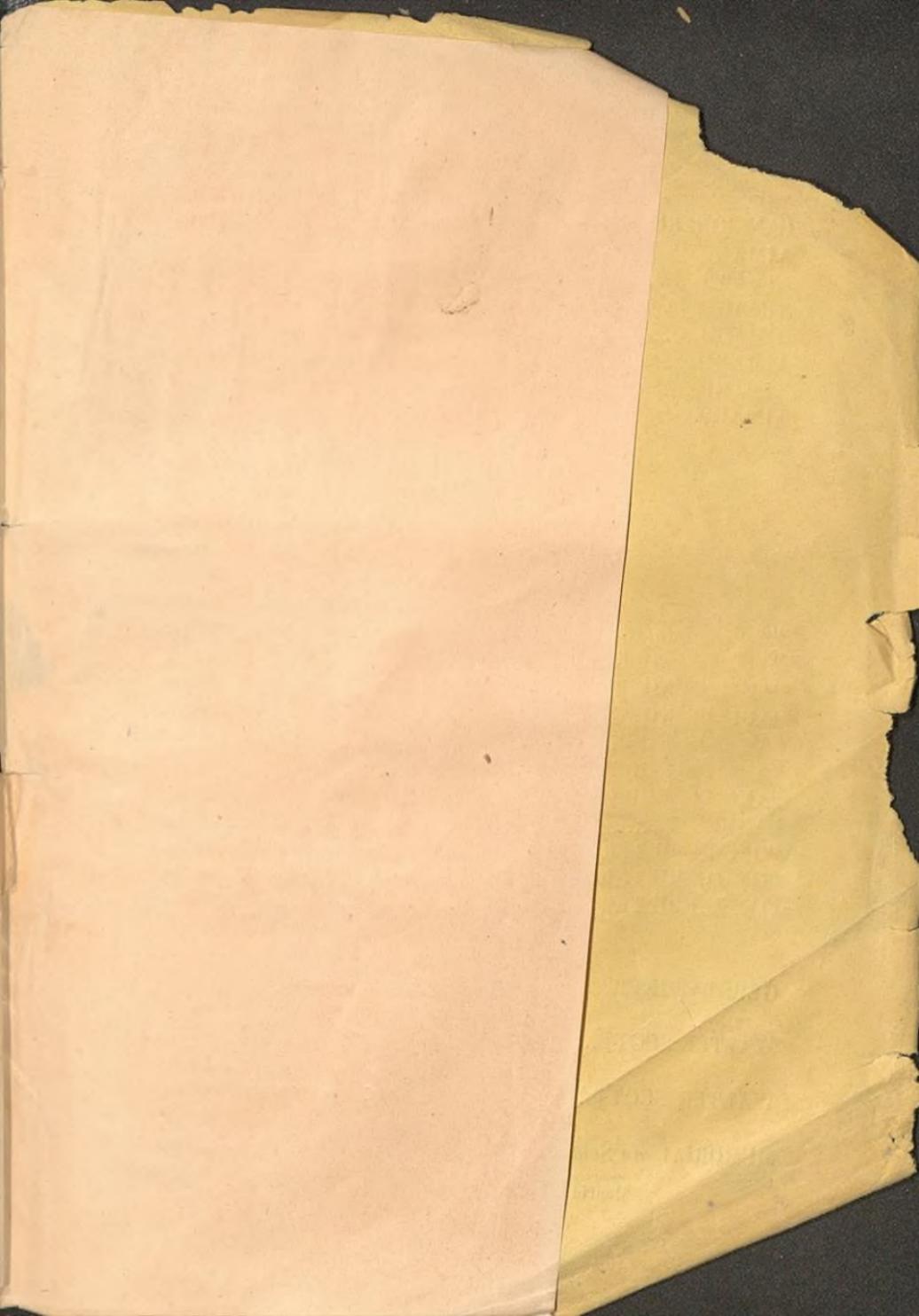
- 1.º Ocho páginas de texto en folio mayor, esmerada impresion y papel del mejor.
- 2.º Unos ocho grabados intercalados en el texto que representan los mas modernos **peinados**, **sombreros** y demás **adornos de la cabeza**. — *Bordados, cañamazos*, etc.
- 3.º Problemas de Algebra.
- 4.º Un figurin de señora ó niños, iluminado con un lujo superior á todo lo conocido hasta el dia.
- 5.º Un Patron, tamaño natural, ó tapiceria en colores, del mejor gusto.
- 6.º Piezas de música escogida, etc., etc.

Los precios son sumamente económicos si se tiene en cuenta lo que contiene cada número; pues parece fabuloso que este cueste á la Suscritora menos de *cuatro reales*.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

|                                            |        |
|--------------------------------------------|--------|
| Por tres meses, llevado á domicilio. . . . | 45 rs. |
| Por seis meses, id. id. . . . .            | 80     |
| Por un año, id. id. . . . .                | 160    |

Madrid : 4865.—Imp. de Bailly-Bailliere.



LIBRERÍA DE CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE.

|                     |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |        |
|---------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------|
| CANCIONERO popular. | Dos tomos en 12.º,                                                                                                                                                                                                                                                                                                             | 28 rs. |
| AIMARD.....         | <i>Los Tiradores indígenas.</i> Un t.,                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 14 rs. |
| AIMARD.....         | <i>Los Merodeadores de fronteras.</i>                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 14 rs. |
| AIMARD.....         | <i>Corazon Leal.</i> Un tomo,                                                                                                                                                                                                                                                                                                  | 14 rs. |
| AIMARD.....         | <i>La Ley de Lynch.</i> Un tomo,                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 14 rs. |
| AIMARD.....         | <i>Los Filibusteros.</i> Un tomo,                                                                                                                                                                                                                                                                                              | 14 rs. |
| AIMARD.....         | <i>La Fiebre de oro.</i> (En preparacion).                                                                                                                                                                                                                                                                                     |        |
| AIMARD.....         | <i>Los Tramperos del Arkansas. — El Rey de las Tinieblas, — Valentin y Curumilla, — y Los Piratas de las praderas,</i> novelas escritas tambien por Aimard, se han dado á luz en el periódico <i>La Lectura para todos.</i> Consta de tres tomos con láminas. Precio de cada uno, 38 rs. en Madrid y 48 en provincias, franco. |        |
| PAUL DE KOCK.....   | <i>La familia Brailiard.</i> 2 tomos,                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 24 rs. |
| PAUL DE KOCK.....   | <i>La Joven de las tres enaguas.</i>                                                                                                                                                                                                                                                                                           | 12 rs. |
| PAUL DE KOCK.....   | <i>El Asno del señor Martin.</i> Un t.                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 12 rs. |
| PAUL DE KOCK.....   | <i>Una Mujer con tres caras.</i> 2 t.                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 24 rs. |
| PAUL DE KOCK.....   | <i>Un Racimo de grosella.</i> Un tomo,                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 12 rs. |
| PAUL DE KOCK.....   | <i>Taquinet el Jorobado.</i> Un tomo,                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 12 rs. |
| PAUL DE KOCK.....   | <i>Los Hijos del Bulevar.</i> Un tomo,                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 12 rs. |
| LANDELLE.....       | <i>Un Odio á bordo.</i> Un tomo,                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 14 rs. |
| PONSON DU TERRAIL.  | <i>Las Noches de la Maison dorée.</i>                                                                                                                                                                                                                                                                                          | 10 rs. |
| PONSON DU TERRAIL.  | <i>Los dramas de Paris.</i> 8 tomos,                                                                                                                                                                                                                                                                                           | 56 rs. |
| PONSON DU TERRAIL.  | <i>El Paje del Duque de Orleans.</i> Nueva edicion. Tres tomos en 4.º, en un volumen.                                                                                                                                                                                                                                          | 10 rs. |
| GERSTAECKER.....    | <i>Los Piratas del Missisipi.</i> Nueva edicion. Un tomo en 4.º,                                                                                                                                                                                                                                                               | 10 rs. |
| WALTER SCOTT.....   | <i>Quintin Durward.</i> Nueva edicion. Un tomo en 4.º,                                                                                                                                                                                                                                                                         | 10 rs. |
| WALTER SCOTT.....   | <i>El Oficial aventurero.</i> Nueva edicion. Un tomo en 4.º,                                                                                                                                                                                                                                                                   | 10 rs. |
| .....               | <i>de Santa Elena.</i> Un tomo en 8.º,                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 20 rs. |